

A red leather Chesterfield-style sofa is positioned in the center of a room. The room has a concrete wall with a rough, textured appearance and a wooden floor with wide planks. The sofa is facing forward, and the overall scene is lit with dramatic, low-key lighting.

La Terapia

Dara Meier

D.J.57

LA TERAPIA

Dara Meier

Título: La Terapia Autor: Dara Meier

© Todos los derechos reservados

Prohibida toda reproducción total o parcial sin el consentimiento expreso de la autora. Asimismo, no se permite su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra, aunque ficticios, están inspirados en hechos y sucesos reales. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

ÍNDICE

[Nota de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Cita](#)

[Sesión Uno](#)

[La salida](#)

[Inicio de terapia](#)

[El encierro](#)

[Día Uno](#)

[Día Dos](#)

[Día Tres](#)

[Confesiones](#)

[Libres](#)

[Añoranza](#)

[Ayúdame](#)

[La sesión](#)

[Epílogo](#)

Nota de la autora

La terapia planteada en esta obra es pura invención. Que yo sepa no existe ni ha existido algo igual o similar a lo que he planteado. Llana y simplemente me he limitado a crear una situación donde encuadrar la historia que quería contar.

Siento profundo respeto por la Psicología, por todos los/las profesionales que la ejercen y por todas las personas que en algún momento de su vida necesitan de dichos/as profesionales, por tanto, espero que nadie se sienta ofendido/a por la licencia literaria que me he tomado. Si es así, no puedo más que ofrecer mis más sinceras disculpas.

Con cariño,
Dara Meier

PRÓLOGO

Sirenas de policías, ambulancias, curiosos arremolinados intentando enterarse de lo sucedido... La lluvia corre libremente por mi cara, por mi ropa. Permanezco de pie en mitad del callejón casi ajena a todo lo que me rodea. A todo menos a ella.

A mis pies yace un hombre quejándose como un crío, lloriqueando como si no supiera lo que es el dolor verdadero. Arrodillada a su lado una mujer me mira con los ojos bien abiertos, con un reguero de lágrimas bañando sus mejillas enrojecidas. Un hilo de sangre desciende desde la comisura de su boca, a juego con el que bordea su ojo naciendo desde la brecha de una de las cejas.

Sin embargo, mi vista permanece fija en ella. Unos metros más allá, bajo una balconada y medio resguardada del inclemente tiempo, una niña de no más de ocho años me mira casi con la misma intensidad que yo a ella.

Permanecemos ajenas a toda la locura que nos rodea, casi como si estuviéramos en una burbuja aisladas de todo lo que nos rodea. *Lo siento, pequeña. Lo siento.*

Pasado, presente y futuro conforman lo que somos. Lo bueno, y lo malo. Como el ying y yang. Nadie puede renegar de su pasado, porque siempre estará ahí, grabado a fuego en nuestro inconsciente.

“La vida como tal no es complicada. Somos nosotros, los humanos, quienes nos empeñamos como idiotas en complicarla. La nuestra y la de quienes nos rodean.”

“Existen tantas verdades como protagonistas tenga una historia. Solo la suma de todas esas verdades relativas pueden conformar lo que entendemos como verdad absoluta.”

Dara Meier

SESIÓN UNO

—Hola, buenas tardes. Tengo cita con el doctor Domínguez a las cinco.

—Su nombre, por favor.

—Marena García.

—Perfecto. Si me acompaña el doctor se reunirá enseguida con usted. Por favor.

Sigo a la recepcionista a lo largo del pasillo. Con disimulo voy frotando la palma de las manos en los pantalones, en un inútil intento de eliminar la húmeda muestra de mi inquietud.

Después de girar hacia la izquierda llegamos a una puerta de madera ricamente tallada. Por un instante toda sensación de nerviosismo desaparece al contemplar semejante obra de arte. De estilo arabesco, la madera muestra diferentes escenas de lo que debía ser el día a día en la época en que judíos, cristianos y musulmanes convivían en la misma tierra.

—Por aquí, por favor —pide abriendo la puerta.

Contrariamente a lo que esperaba, es un sitio... acogedor. En vez de una fría consulta es casi como si estuviera en cualquier sala de estar. Una muy bien decorada, pero sala de estar al fin y al cabo. Un mullido sofá chester en tonos burdeos llama la atención de inmediato. Frente a él un par de butacas a juego parecen colocadas de tal forma que es casi como si se retaran. Una moderna y elegante chimenea de gas encendida, alfombras mullidas y sobrias, maderas cálidas... Caray. Me dan ganas de contratarlo como decorador en lugar de como loquero. *Claro que tampoco es que le haya contratado como loquero...*, pienso con cierta acidez.

—El doctor vendrá enseguida. Puede tomar asiento si lo desea. ¿Quiere tomar algo? —pregunta con amabilidad pero guardando las distancias.

—Oh, estoy bien, gracias —agradezco despidiéndola.

Me dedico a pasear por la estancia, curioseando cosas por aquí y por allá. El mural del fondo, la decoración sobre la chimenea, mullir los cojines de una de las butacas... Cualquier cosa con tal de no sentarme.

De vez en cuando ojeo el reloj. Genial. Cuanto más tarde en venir quien sea que se encargará de esto, menos tiempo tendré que soportar esta tortura. Voy sacudiendo el cojín de la butaca por quinta vez cuando un carraspeo me sobresalta de tal forma que me hace soltar un grito patético.

—¡Ay! —exclamo saltando sobre mí misma.

—¿Ya está a tu gusto? —pregunta con cierta sorna una voz masculina.

Giro de inmediato hacia el origen de esa voz. Apoyado en la puerta ya cerrada, una figura grande y firme me observa. Con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas también cruzadas a la altura de los tobillos, me mira con intensidad, casi estudiándome.

Va vestido con pantalón oscuro y un fino jersey gris que se amolda perfectamente a su cuerpo. Salta a la vista que no se trata de un hombre que se machaque en el gimnasio, y ni falta que le hace. Apostaría lo que fuera a que ese físico es fruto de pura genética y trabajo manual.

Trago intentando recobrar la compostura después de la impresión sufrida, procurando que mi nerviosismo no se refleje en mis movimientos.

—Ahora sí —digo contestando a su pregunta—. ¿Eres el doctor Domínguez? Llegas tarde —recrimino.

—Ni soy el doctor Domínguez ni llego tarde —responde mientras se yergue.

Con suma calma observo que comienza a acercarse, y por un instante me viene a la mente un reportaje sobre los hábitos de caza de las panteras. *Lástima que no tengo dardos tranquilizantes a mano...*

—¿Entonces quién eres? —pregunto desconfiada.

—Me temo que tu pareja.

Como si fuera el dueño del mundo toma asiento en el sofá, y es curioso que lo que antes me parecía un mueble enorme ahora casi me parece de juguete.

—Mi pareja. Ya... —digo meditando—. Oiga... Me parece que se ha confundido de terapia o de hora. Una de dos.

—Encanto, no me equivoco de hora ni de terapia.

Empezamos bien... El ensimismamiento se me ha pasado de un plumazo, dando paso a mi carácter habitual casi de inmediato. *Encanto le voy a dar...*

Justo cuando iba a darle la respuesta que se merecía, un hombrecillo con más pinta de duende irlandés que de otra cosa entra en tromba en el despacho. Yo no soy alta precisamente, apenas uno sesenta y cinco, pero este hombre me llega al hombro y eso siendo generosa. Algo rechoncho, con barba gris y vestido en tonos verdosos, no puedo evitar compararlo con un leprechaun irlandés.

Quedo atontada al ver sus movimientos erráticos por toda la estancia. Parece ir buscando algo mientras que, a su vez, no deja de hablar consigo mismo.

—¡Oh!;Aquí estaba! —exclama exultante de alegría mientras recoge algo de detrás de una maceta y se levanta tan ilusionado como un crío.

En ese preciso momento parece percatarse de que no está solo. Un tono ligeramente rojizo se adueña de sus mejillas, dándole aún más si cabe la apariencia de duendecillo travieso. No puedo evitar que una sonrisa cruce mi cara. Este hombre inspira ternura a raudales.

—Oh. Me parece que... Uy, son mis visitas, ¿cierto? Bien... Enseguida... ¡Ya vuelvo! —divaga mientras sale casi corriendo.

¿Y ésta es la persona que debe asegurarse de mi bienestar mental? ¡Pero si quien hace toda la pinta de necesitar un psicólogo es él!

Ya casi dándome por vencida ante el panorama tan surrealista vivido en apenas unos minutos, me dejo caer sin ninguna delicadeza en la parte que queda libre del sofá. Por un instante dudé en hacerlo en una de las butacas, pero enseguida me dí cuenta de que era preferible hacerlo aquí y evitar tener que cruzar la vista con *don encanto*. *Madre mía, de aquí voy a salir peor de lo que vengo...*

Unos minutos más tarde el leprechaun reaparece de nuevo, aparentemente más centrado. Apparentemente. Después de dar veinte vueltas para coger un cuaderno, un bolígrafo y las gafas, ¡al fin! toma asiento en una de las butacas. Don encanto se limita a observarle con las manos cruzadas en su regazo, casi como si estuviera estudiando al duendecillo. Yo por mi parte admito que hago lo mismo pero con algo más de disimulo. O eso espero...

—Bien. Bueno... ¿Quién empieza? —pregunta para mi desconcierto y desespero. *Dios, qué locura...*

—¿Quién empieza a qué? —pregunto.

—Creo que quiere que nos presentemos como en una de esas terapias de grupo, ya sabes. ¿Me equivoco? —aclara don encanto.

—No entiendo nada. ¿No se supone que las terapias son privadas? Que yo sepa esto no es terapia de grupo ni nada por el estilo. Al menos en el juzgado nadie me dijo nada de terapia grupal o cosa parecida —aclaro ya rozando el enfado.

—¿No te han hecho llegar la nota? Oh —dice con pesar el terapeuta leprechaun.

—¿Qué nota? —pregunto armándome de paciencia ante el gesto de verdadero pesar que muestra.

—Pues... Una nota informativa donde se explicaba la posibilidad de hacer una terapia alternativa. Experimental. Se basa en que dos desconocidos hagan terapia conjunta. Similar a la de pareja. Me llegó el consentimiento firmado con su expediente del juzgado. ¿No recuerda firmarlo?

Respiro hondo rememorando ese aciago día. *Joder... Qué días más malo que fue aquel*. Aunque había actuado de buena fe, el maldito desgraciado me denunció por agresión. Por suerte para mí, tanto el fiscal, como su propio

abogado e incluso el propio juez, supieron ver enseguida su juego. Gracias a ello me ofrecieron un pacto que hubiera sido muy tonto por mi parte rechazar. Las opciones eran dos años de prisión y una indemnización de más de seis mil euros o bien asistir a terapia. La opción del loquero no era la ilusión de mi vida, pero me negaba en rotundo a pagarle ni un céntimo a aquel... malnacido. Así, con demasiadas ganas por salir de aquella situación cuanto antes, ni siquiera me paré a leer con calma todo el montón de hojas que me dieron a firmar. Recuerdo algo de una terapia pionera... Y ahora me doy cuenta que debí leer con más calma.

—Sí... Sí que recuerdo algo —admito—. Así sea quiero que me explique en qué consiste esa terapia y, sobre todo, qué pinta este hombre en ella.

—Secundo la petición —añade el aludido.

—Oh. Bien, veamos... —divaga tras un suave carraspeo—. Desde hace muchos años mi consulta está adherida a un programa pionero que consiste en garantizar el trato a personas que han sido condenadas por diferentes motivos. Cuando un candidato nos elige en el juzgado, estudiamos su caso y optamos por una terapia u otra. En vuestro caso se optó por incluiros en un programa novedosa consistente en realizar terapia dual entre desconocidos.

—En resumidas cuentas, eso quiere decir que este... este señor y yo debemos hacer terapia conjunta. ¿Me equivoco?

—Correcto —afirma moviendo la cabeza con tanto entusiasmo que casi se desnuda.

—¿Y eso en qué me beneficia? Porque, francamente, no me hace ni pizca de gracia tener que contar mi vida a un desconocido así porque sí.

—La tiquismiquis tiene razón. ¿Eso en qué nos beneficia? —¿Cómo? De inmediato giro la cabeza para fulminar a don encanto. ¿Pero quién se cree que es?

—¿Doña tiquismiquis? Si por querer que me expliquen el motivo por el cual debo hablar de cosas privadas delante de un tipo que ni me va ni me viene soy una tiquismiquis... Pues muy orgullosa de serlo, mira por dónde.

—Si me permitís... —intenta intervenir el leprechaun, sin éxito obviamente.

—Tiquismiquis por poner trabas a lo que deberías haberte molestado en leer. Así al menos ya hubieras sabido que ibas a encontrarte con alguien más en la consulta —replica sin un ápice de arrepentimiento.

—Si me dejáis...

—¡Ja! Como si aquel d... —comienzo a protestar.

—¡¡Silencio!! —alza de repente la voz el duendecillo diabólico.

Tanto don encanto como yo centramos nuestra atención en el diminuto hombre que, ya de pie, intenta imponer su metro y medio como si fuera un gigante.

—Ahora que tengo vuestra atención, quisiera explicaros lo que supone esta programa. Tenéis dos opciones. Hacer esta terapia o bien abandonar y hacer una convencional, lo cual alargará el tiempo de tratamiento.

—¿Y eso en tiempo cuánto supondría? El tiempo no es algo que me sobre precisamente —afirma don encanto.

—Meses. De ahí la importancia de este programa. No cualquiera puede ser candidato a entrar. Ahora la cuestión es... ¿estáis dispuestos a arriesgar?

El silencio se instala en la consulta. Tanto don encanto como yo vamos asimilando la información. Aunque siempre he sido reacia a airear mi vida privada, el leprechaun ha resultado ser la mar de convincente. Cuando voy a tomar la palabra, don encanto se me adelanta.

—Yo sí. Mi tiempo es demasiado escaso como para desperdiciarlo con algo que ni siquiera elegí. Estoy dispuesto a aguantar a... lo que sea, con tal de acabar cuanto antes con esta locura.

De inmediato me envaró ante el insulto velado. ¿Pero quién demonios se cree que es este hombre? Más tiesa que un palo no dudo en fulminarle con la mirada antes de centrar mi atención en el leprechaun con complejo de Napoleón.

—Yo también estoy dispuesta a aguantar a... lo que sea, con tal de acortar lo máximo posible todo esto —contesto con total seriedad.

—¡Perfecto! —exclama más que satisfecho—. En ese caso os animo a que os presentéis y digáis el motivo por el que estáis aquí. Tú primero, por favor —dice dirigiéndose a mí con toda la...¿inocencia?

Genial... Esto me recuerda a la típica reunión de adictos en la película cutre de cualquier domingo por la tarde en la televisión. Y lo peor es que no tengo escapatoria. ¡Maldita sea mi suerte!

—Me llamo Marena y estoy aquí por agresión —suelto sin mucho entusiasmo que digamos.

—¿Agresión? ¿Tú? Por qué será que no me sorprende... —Oigo que murmura por lo bajo

—Tu turno...—interrumpo haciendo caso omiso a su comentario.

—Me llamo Nico y estoy aquí por conducción temeraria —dice con aburrimiento.

—Vaya., vaya... ¿No sabes lo que es la limitación de velocidad a lo mejor? —aguijoneo.

—Más bien la tasa de alcoholemia —corrige. En cuanto le oigo no puedo evitar una mueca de desagrado—. ¿Qué pasa, nunca has cogido el coche con dos cervezas de más?

—Soy abstemia —contesto con sequedad.

—Quizás deberías probar un día a cogerte una buena cogorza. Quizás así se

te vaya algo de acidez.

Como respuesta obtiene mi silencio y una mirada de reproche, lo que de inmediato provoca una sonrisa con cierta sorna.

—¡Muy bien! Pues una vez roto el hielo, solo falta que nos pongamos de acuerdo para la terapia. ¿Os va bien comenzar el encierro el miércoles? —Al oírle, ambos clavamos la mirada de inmediato en el leprechaun. *Este hombre es pequeñajo pero muy duro de roer...*

—¿Encierro? ¿Qué quiere decir con eso? Y espero que no sea lo que literalmente significa —dice el tal Nico adelantándose a mi réplica.

—Pues...sí. Exactamente eso. Venía explicado en la nota informativa. ¿No lo leísteis tampoco?

Inconscientemente no puedo evitar que una leve sonrisa asome a mis labios. *Toma ya, cretino.* Aunque por mucho que disfrute restregándole a don encanto su metedura de pata, no puedo ignorar el tema que nos ocupa ahora mismo.

—Yo tampoco recuerdo nada de un encierro —añado con la vista clavada en el terapeuta torturador.

—Pues es una lástima que ninguno lo recuerde. Allí se os informaba de que uno de los aspectos básicos de la terapia consistía en un encierro de cinco días.

—¿Está queriendo decir que los tres deberemos estar cinco días encerrados en vaya a saber dónde? —pregunto boquiabierto y a punto de salir corriendo.

—Oh, por supuesto que no... Seréis solo vosotros dos los que estaréis encerrados.

—¡¿Qué?! —exclamamos al unísono.

—Pues...eso. Ambos pasaréis cinco días en un refugio. Aislados. El único contacto con el exterior sería a través de un teléfono que comunica conmigo para emergencias.

—A ver... ¿Y quiere usted explicarnos qué demonios vamos a hacer cinco días encerrados en no sé dónde? Porque algo me dice que pacífico no es que vaya a resultar precisamente el asunto —pregunto ya perdiendo la poca paciencia que me quedaba hoy.

—Pu...Pues... Tendréis algo así como un juego de mesa creado especialmente creado para este programa.

—Es decir, aquí doña tiquismiquis y yo tenemos que pasar cinco días encerrados en vete a saber dónde jugando a una especie de Trivial. ¿Es así? —pregunta don encanto tan exasperado como yo.

—Básicamente... sí —admite el duendecillo maléfico sin remordimiento alguno.

—Quiero cambiar de terapia —afirmo rotunda.

—No se puede. Os comprometisteis en el juzgado.

—¿Es una broma, verdad? —pregunta el tal Nico.

—Me temo que no —nos aclara el leprechaun.

El drama se masca en el ambiente. Mientras el tal Nico alias don encanto se ha levantado y se ha cruzados de brazos, yo continúo sentada pero al borde del sofá. Ambos tenemos la vista clavada en el pobre duendecillo, taladrándole con la mirada sin piedad ni cosa parecida.

—Vamos... Sé que os puede resultar chocante, pero pensad en todo el tiempo que ahorraréis. ¿Qué son cinco días comparados con varios meses o incluso más de un año?

—La cuestión no es que sean cinco días. El quid de la cuestión es que son cinco días encerrados ¡y juntos!—exploto —.¿No se da cuenta de que eso puede acabar en tragedia griega?

—El infierno en la Tierra, definitivamente —añade don encanto sin titubear.

—Correremos el riesgo —afirma el leprechaun con suma calma y determinación.

LA SALIDA

Maldita sea la hora en que se me ocurrió elegir al leprechaun en el juzgado..., mascullo mientras salgo hecha un basilisco del edificio. ¡Y encima tengo el coche en el maldito infierno! ¡Arggg! Hecha una mala fiera comienzo a caminar como si la vida me fuera en ello. ¡Mira, así quemó el menú que comí al mediodía!

¡¿Pero qué voy a hacer cinco días encerrada con aquel imbécil?! A ver, que la vista me la alegra, no voy a mentir, pero en cuanto abre la boca... Qué lástima de embalaje para tan poco contenido.

Para rematar el día está encapotado, con unos nubarrones que amenazan con un buen chaparrón. ¡Lo que me faltaría hoy! En fin, no saco nada con ponerme así. Intentaré ver el lado posit...

—¡Joder, joder, joder! —grito con rabia.

¿*Pero yo a quién he matado?*, pienso en tono lastimero. Después de una caminata que bien serviría de entrenamiento para hacer el camino de Santiago, ¿qué me encuentro al llegar al coche? ¡Dos ruedas pinchadas! ¡Dos! ¡Joder! Definitivamente no es mi día. No, señor. Esto no deja de ser una señal de que no debí elegir al leprechaun.

Después de respirar hondo varias veces para recuperar algo de cordura, hago lo más sensato. Esperemos que los del seguro cumplan y sea verdad que tienen servicio de atención al cliente las 24 horas del día...

Tras veinte pitidos y marcar no sé cuántas opciones en el teclado, al fin me contesta una persona de carne y hueso.

—Buenas tardes, me llamo Antonio. ¿En qué puedo ayudarle? —oigo al otro lado de la línea.

—Buenas tardes Antonio. Verás, tengo asegurado el coche con vosotros y necesitaría el servicio de grúa.

—¿Ha sufrido algún accidente?

—Pues... no.

—Entonces, ¿para qué quiere el servicio de grúa?

—Pues porque el coche se ha averiado y necesito llevarlo a un taller.

—¿Qué avería ha sufrido? —Ya empezamos a tocar lo que no suena...

—Tengo dos neumáticos pinchados.

—¿Y no dispone de rueda de repuesto? Es una imprudencia circular sin llevar.

—A ver, Antonio. Por si no me ha oído, le repito que son dos los neumáticos pinchados, y francamente, no conozco a nadie que lleve dos ruedas de repuesto. ¿Y usted? —pregunto con sorna.

—Es una imprudencia llevar los neumáticos en mal estado. ¿Ha comprobado el nivel de desgaste con regularidad?

—Mira, como si me da la gana llevarlos cuadrados. ¡Necesito una maldita grúa y punto! Si cada año pago un pastizal por un servicio que, por cierto, jamás he tenido que usar hasta ahora, ¡lo mínimo que espero es que me envíen una puñetera grúa cuando la pido! —exclamo ya harta.

—Eh... Sí, claro. Disculpe, por favor, facilíteme el número de póliza y su localización.

¡Pues suerte que presumen de tener el servicio de atención al cliente mejor valorado del año! ¡No quiero saber cómo es el peor! Quince minutos después de colgar sigo aquí, apoyada en mi coche aburrida como una ostra en un desfile esperando a que la dichosa grúa se digne en aparecer. Suerte que estoy frente al paseo marítimo y tengo buenas vistas... Entre el mar y yo se interpone un carril de aceleración, seis carriles de la autopista y un carril de desaceleración en el otro sentido, pero bueno, intento ser positiva que si no acabaré el día vete a saber cómo.

Estoy entretenida mirando el vuelo de una gaviota despistada cuando veo que una moto se detiene ante mí. *Justo lo que me faltaría ahora...*, protesto mentalmente. Intento ignorar su presencia pero es básicamente imposible, entre otras porque se ha parado justo delante de mis narices. Francamente, el tipo me da igual pero la moto no. Con regocijo reconozco enseguida la silueta de la Triumph Bonneville más bonita que he visto nunca.

Cuando ya empiezo a creer que alguna cosa rara está contaminando el aire en el día de hoy, observo que el hombre de la moto se descubre la cabeza. Debo hacer un esfuerzo titánico por disimular el asombro. Caray... ¿Quién iba a decir que don encanto tenía tan buen gusto?

—¿Problemas? —pregunta bajándose y viniendo hacia mí mientras se quita el casco negro.

—Neumáticos pinchados —doy como simple respuesta alzando un hombro.

—¿En plural? —pregunta con cierta incredulidad y dirigiendo la vista hacia las dos ruedas izquierdas..

—Ya puesta... —respondo con ironía.

—Sí, definitivamente están pinchadas —afirma dándoles un ligero toque con la punta de las botas.

—Gracias por afirmar lo que ya sabía —aguijoneo.

—Por curiosidad... ¿siempre eres así de agradable o soy yo que saco lo

mejor de ti? —pregunta mientras se sitúa a mi lado con los brazos cruzados.

—Dejémoslo en que tienes un talento especial para ello... —respondo provocándole una sonrisa.

Una grúa con toda la pinta de haber conocido mejores tiempos elige ese momento para parar, precisamente, tras la moto de don encanto. ¡Aleluya!, pienso de inmediato.

—¡Hombre...! ¡Llego a saber que eras tú y no te hubiera hecho esperar tanto!

Un tipo asombrosamente parecido a Charles Bronson baja de un salto, pero, en lugar de dirigirse a mí, me ignora por completo y centra su atención en don encanto. *Genial, viva el siglo XXI...*

—¿Qué tal, Abel? —saluda el tal Nico dándole la mano con cierta familiaridad.

—Bah, tirando, como siempre —contesta con dejadez mientras se coloca los guantes y echa un vistazo a mi coche con cara de chulería—. ¿Y qué haces con esta carraca, tío? No me extraña que me necesites —bromea antes de soltar una carcajada por su maravillosa ocurrencia.

—De hecho no es mía, es... de mi amiga —contesta retándome con la mirada a contradecirle.

—Ah... Ya veo... —dice como si lo que acaba de deducir fuera lo más difícil del mundo—. ¿Y a dónde llevamos este cacharro? ¿Al nuevo o al de siempre?

Maldigo al gen Y por el resto de la eternidad. No me extrañaría que sea una X defectuosa. Ajenos a mi cabreo creciente, ellos se dedican a charlar —por no decir despoticar— tan tranquilos sobre mi coche. ¡Como si por ser mujer no pudiera saber de mecánica!

Cuando ya lo tienen cargado en la plataforma, para lo cual por cierto ni siquiera me han dejado ayudar, parecen acordarse que es de mi propiedad.

—¿Sabes a dónde quieres llevarlo? —pregunta don encanto saltando desde lo alto de la plataforma después de subir él mismo mi coche.

—Pues... no —admito a regañadientes—. El taller donde lo llevo está de vacaciones esta semana.

—De acuerdo —responde antes de mirar al Charles Bronson de pacotilla—. Llévalo al de siempre y déjaselo al chaval. Dile que ya le veré luego.

—Como digas. Tengo ganas de saludar a ese diablo. Sí, señor —dice carcajeándose y dando un portazo que hace que la grúa entera se tambalee.

—¡Ey! ¡Espere! ¿No puedo ir con usted? —pregunto al ver que tiene la intención de largarse sin mí.

—¡¿Conmigo?! Chica, me encanta llevar palomitas a mi lado pero siendo

la... amiga de mi amigo y estando él aquí... No piso terreno ajeno. —¡Pero bueno! ¡Esto es el colmo!

—Ya la llevo yo, Abel. Gracias —interrumpe don encanto aguantando una sonrisa.

Antes de que pueda armar la de San Quintín, el tal Abel huye como alma que lleva el diablo. ¡Cobarde!, grito mentalmente mientras le veo alejarse con no mucho cuidado. ¡Ay mi pobre coche!

—Venga, sube que te llevo —oigo de repente.

—¿Que suba a dónde? —pregunto mientras le veo montarse en su moto.

—¿Dónde crees? —responde haciendo un gesto con la cabeza por sobre de su hombro.

—Ni de broma. Me gustan las motos pero no me subo en ellas —respondo colocándome el bolso en bandolera con toda dignidad.

—¿Qué tontería es esa? Es como decir que te gusta bañarte pero no el agua.

—También me gusta el fútbol y no me verás dándole patadas a un balón —replico—. Por cierto, ¿dónde demonios se llevó mi coche?

—A un sitio de total confianza, tranquila. Si subes te llevo para coger un coche de sustitución.

—Mi seguro no lo cubre —reconozco.

—No importa. El dueño es un tipo muy amable y te dejará uno mientras te arreglan el tuyo.

—¡Anda ya! ¡Pero si solo tienen que cambiar las malditas ruedas! —protesto con los brazos en jarras.

—Y cambiar filtros y líquidos, revisar frenos... Un par de días como mucho.

—Vamos, que es un taller de esos que encuentran mil fallos con tal de clavarte una factura enorme por cuatro tonterías —me quejo.

—De eso nada. Es un sitio totalmente de fiar. Respondo por ellos —afirma con rotundidad.

—¿Te pagan comisión o qué? —bromeo con ironía.

—Más o menos —responde dibujando media sonrisa—. Y sube ya, que empieza a llover.

Resignada a la realidad no me queda otra que hacerle caso y montar tras él. Antes de arrancar no duda en enfundarme casi a apretones un casco que previamente sacó de un compartimento lateral. No cruzamos palabra pero en su mirada noto cierto regocijo malsano por conseguir que deba hacer su santa voluntad.

—Agárrate fuerte a mí —dice tras abrocharme el casco y girarse hacia delante.

No sin cierta renuencia pongo mis manos a su alrededor, pero no deben estar

a su gusto que, para mi sorpresa, no duda en agarrarlas entre las suyas para hacer que le rodee la cintura con firmeza. Su tacto es asombrosamente cálido, algo calloso como señal de trabajar con las manos en vete a saber qué, pero es algo que resulta... agradable. Reconfortante casi.

—Fuerte.

Caray...Aun abrazándole por sobre de la chaqueta de cuero, la dureza de su torso no deja de ser evidente. Al notar que arranca y se reincorpora al tráfico, no dudo en aferrarme a su cuerpo. Al principio siento algo de apuro, pero según ganamos velocidad la necesidad de sentirme segura me hacen perder la vergüenza que pudiera tener. Siento cómo sonrío al percibir mi reacción. En un semáforo incluso no duda en posar una mano en mi pierna con la excusa de enderezarse.

—No es tan malo, ¿verdad? —comenta con una sonrisa en la cara.

—¿Abrazarte o ir en moto? —pregunto. Por suerte para mí no puede responder al tener que devolver toda su atención al tráfico.

El calor que desprende me hace relajar y disfrutar del paseo. No lo admitiré ante nadie ni de broma pero me siento... segura yendo con él. Lo más desconcertante es que algo me dice que no sería igual si fuera con otra persona.

Poco a poco se interna en una parte de la ciudad que apenas conocía, una que en otra época fue de clase obrera pero que, con los años, se ha convertido en una de medio-alto standing. Después de varios giros llegamos a donde deduzco que trajeron mi coche. Ya no hay ni rastro del tal Abel ni su desastrosa grúa, pero sí de mi coche siendo llevado hasta el fondo del local.

Él para en la misma puerta, ignorando por completo la más que evidente señal de no aparcar. Al ver que baja de la moto y se quita el casco, opto por seguir sus pasos.

—Bueno, sana y salva, milady —bromea haciendo un amago de reverencia.

Apenas he comenzado a abrir la boca cuando un chico de no más de veinte años se acerca casi como si corriera desde el fondo del taller. Viste lo que parece ropa de trabajo, un pantalón azul oscuro y una camiseta del mismo tono, mientras va moviendo con mucha soltura una llave entre sus manos.

—¡Aleluya! Ya pensaba que no vendrías a tiempo.

—Pav, por si no te has fijado, no estamos solos —corrige con cierto aire de autoridad.

—¡Como para no darse cuenta!

—¡Pavlik! Discúlpate de inmediato.

Mientras discuten no puedo evitar fijarme en que ambos tienen cierto parecido físico. Don encanto es algo más alto y corpulento, aunque también

puede ser debido a la madurez. Ambos tienen los mismos ojos azules, misma nariz...

—Disculpe si la ofendí, señora —dice el joven dirigiéndose a mí con una educación bastante sorprendente.

—Tranquilo. No me ha molestado en absoluto —respondo con una sonrisa en la cara.

—¿No tienes trabajo pendiente, Pav? Que yo sepa te acaban de traer un coche hace nada.

—Ah sí... La carga de Abel. Joder, vaya cacharro. Milagro es que siga pasando las inspecciones —comenta como si tal cosa el puñetero.

—Pues mira que bien. Ahora tienes ocasión de ponerlo al día —dice Nico cruzando los brazos a la altura del pecho.

—Antes de que lo toquen me gustaría hablar con el dueño de esto. ¿Me podrías presentar, por favor? —interrumpo recordándole que soy yo la única persona con autoridad para decidir sobre mi coche.

Cuando hablaba dirigía mi atención hacia el joven, pero el mensaje era para don encanto. ¿A ver si se cree que puede hacer conmigo lo que le dé la santa gana?! ¡La lleva clara!

—Pues... Vale, bien —dice extrañado—. ¿Usted cómo se llama? —me pregunta el chico.

—Marena García —contesto con la misma simpatía que me demuestra.

—Muy bien. Señora García, tengo el honor de presentarle a Nico Kórsakov, propietario de este negocio y además mi señor padre —presenta el joven con sumo desparpajo.

Admito que no sé qué me sorprende más, si el hecho de que sea el dueño de todo este sitio o que tenga un hijo tan mayor.

—¿Pero tú cuántos años tienes? —pregunto de inmediato girando la cabeza para mirarle ojiplática.

—Casi treinta y siete —confiesa con media sonrisa cínica en la cara—. Y sé de alguien que como no vuelva a su trabajo tendrá problemas...

—Lo pillo, lo pillo —responde el chico con una sonrisilla de todo menos inocente—. Encantado de conocerla, señora.

—Igualmente... ¿Pavlik? —recuerdo provocándole una sonrisa amplia—. Por cierto, cuida bien de mi cacharro —añado para su mortificación.

Ambos permanecemos en la puerta del taller, observando la marcha casi apresurada de Pavlik. Su padre le mira me parece que con resignación paterna, mientras que yo no puedo evitar reafirmar lo que había percibido antes sobre el parecido entre ambos.

—Parece buen chico —admito para romper el silencio.

—Lástima que no sepa cerrar el pico —chasquea—. Perdona si te molestó de alguna forma.

—Bah. Me gusta su sinceridad —contesto.

—¿En él te gusta y en mí te enfada? —protesta.

—Ah, ah. Lo suyo es sinceridad. Lo tuyo son ganas de tocar las narices. Son cosas totalmente diferentes, créeme —explico con suma calma.

Mientras intercambiábamos halagos íbamos caminando hacia un anexo donde hay varios coches aparcados y una oficina. *Caray, este sitio es enorme.*

—¿Así me pagas el paseo? —pregunta rebuscando en un cajón y sacando unas llaves.

—No voy a mentir para proteger tu ego —contesto mientras se detiene a mi lado.

Trago con cierta inquietud. Se ha detenido a escasos centímetros de mí, quedando casi apretujados en la puerta de la pequeña oficina. Una sutil mezcla de pomelo, especias y alguna madera, creo que cedro, inundan mis fosas nasales.

—Hueles bien —suelto sin pensar. Una carcajada contesta a mi locura.

—Vaya, gracias. Veo que te sorprende que no huela a azufre o algo por el estilo —bromea.

¿Pero qué hace? Con cierto asombro veo que acerca su nariz a mi cuello, oliéndome como si fuera lo más normal del mundo ir olisqueando a la gente.

—Tú también. No sé qué perfume usas pero creo que no lo había oído nunca.

—No uso perfume —reconozco con cierto desconcierto por lo surrealista de la situación.

—Vaya, vaya... Interesante.

Quedamos en silencio de nuevo. Me fastidia tener que reconocer que su presencia ocupa el espacio por completo. Es de esas personas que, al entrar en una habitación llena de gente, de inmediato se sabe que está... o que marchó.

—Las llaves —dice de repente sacudiendo el llavero en mi cara.

—¿Qué llaves? —pregunto desconcertada.

—Las del coche que dije que te dejaría —aclara.

—Pero no puedo... Es decir, no puedo aceptarlo sabiendo que al igual lo necesitáis... —intento rehusar.

—Tranquila. Tenemos varios para que los usen los clientes habituales.

—Pero no soy un habitual, de hecho ni siquiera soy cliente —protesto mientras le sigo camino.

—En el mismo momento en que tu coche entró en este sitio te convertiste en cliente, y la habitualidad es algo a lo que solo el tiempo podrá ponerle remedio, ¿no crees? —explica parándose junto un coche azul.

—Tienes respuesta para todo, ¿verdad? —vuelvo a protestar casi exasperada.

—Tengo sangre rusa, española, italiana y griega. Las respuestas me vienen de serie —responde dando por zanjado el asunto. Cómo no...

Sin estar aún conforme del todo con aceptar su generosidad, no me queda otra que subir al coche y escuchar las indicaciones que me da mientras permanece de cuclillas a mi lado.

—Bien, eso es todo. Los papeles están en la guantera y, si tienes algún problema o duda, los teléfonos de contacto están en esta etiqueta —dice señalando una pequeña tarjetita que cuelga de la palanca del limpiaparabrisas.

—¿Cuánto tardará en estar listo el mío? —pregunto con cierto recelo.

—Tranquila, encanto. Te recuerdo que tenemos toda una semana de margen.

—¿Una semana? —pregunto sin entender.

—Recuerda que hoy es lunes y en dos días estaremos encerrados hasta el lunes que viene.

—Una semana... Qué remedio....

INICIO DE TERAPIA

¿Pero yo qué hago aquí? Madre mía, debería estar aprovechando mis vacaciones de otra forma, no sé, mirando una web de viajes y buscando alguna oferta de última hora o... yo qué sé, tirada en el sofá en pijama viendo un maratón de mis series preferidas. Sin embargo, aquí estoy. Es verdad que tengo una maleta en la mano, pero para encerrarme cinco días en no sé dónde y con no precisamente la compañía que hubiera elegido para irme por ahí. Para rematar aún debo darle las gracias por dejarme un coche. Uno que le da mil vueltas al mío, además. Humillante y desquiciante.

Murmurando entre dientes tropiezo precisamente con el objeto de mis quejas. Parece un cuervo. Va de negro de pies a cabeza. Pantalón vaquero negro, camiseta negra, chaqueta negra, botas negras...

—¿Vas de luto, o te crees Batman? —suelto mientras entramos en el ascensor.

—Y que eso me lo diga D'Artagnan... —chasquea aludiendo evidentemente a la ropa que llevo.

—Por cierto, ¿qué tal mi coche? Supongo que ya estará listo a la vuelta, ¿no? —pregunto mientras salimos y vamos pasillo a través hacia la consulta.

—Ah, sí, tu coche... Acabaría antes diciéndote lo que tiene bien que lo que tiene mal —contesta como si fuera algo sin importancia alguna.

—¿Qué quieres decir? Solo había que cambiar dos neumáticos —digo algo desconcertada.

—Chica, da gracias a esos dos neumáticos. Seguramente te han salvado la vida. —Al ver que abro la boca alza levemente la mano—. Y no exagero, no. Apenas te quedaban frenos y la caja de cambios estaba a punto de decir basta. Y eso es solo una muestra. ¿Acaso no has pensado en comprar uno nuevo? Ya sabes, uno de este siglo a poder ser.

—Pues... sí, pero... —contesto mortificada.

—Pero... —me anima a continuar ya parados en la puerta de la consulta.

—Le tengo cariño. Es... ese coche es... Especial para mí, por decirlo de alguna manera.

—A veces debemos sacrificar cosas que nos importan por un bien mayor, ¿no crees?

Quedamos anclados en la mirada del otro. Por un momento, solo por un momento, tengo la extraña sensación de que es capaz de ver a través de mí. Y

eso me da pánico. Nadie puede romper mis barreras. Ni siquiera yo.

—¡Qué puntuales! Venid, venid. Entrad que antes de irnos debemos tener una pequeña charla.

Nunca imaginé que ver al leprechaun me pudiera alegrar tanto. Su interrupción nos sobresaltó, pero por suerte también me permitió restablecer con firmeza las defensas que tanto esfuerzo me costó levantar. Ambos dejamos las maletas junto a la puerta, ya dentro de la consulta, justo antes de dirigirnos al sofá donde hace apenas dos días comenzábamos esta locura.

Mientras don encanto se pone bastante cómodo, yo no puedo hacer lo mismo. Ahora que el momento se acerca, tengo el ligero y desagradable presentimiento de que al final de todo esto estaré como una vez juré no volver a estar.

—Muy bien. ¿Se puede saber ahora qué es lo que tenemos que *charlar*? —pregunta don encanto.

—Oh, tranquilos. Es solo que primero debemos hacer algo así como una sesión cero para sentar las bases y normas del encierro.

—¿Qué normas? Nos mete allí, nos encierra y no nos abre hasta cinco días después. ¿Dónde está el misterio? —pregunta.

—Dicho así, en ninguna parte, pero si fuera así ya no sería tan interesante. ¿No creéis? —pregunta con un brillo de inteligencia en la mirada.

Este leprechaun tiene más peligro que un mono con cuchillos. La impresión de que es mucho más de lo que aparenta no me parece en absoluto descabellada ahora mismo. Lo malo es que eso significa que mi temores pueden estar más cerca de cumplirse que de quedarse en, simplemente, temores.

—¿Y qué se supone que quiere explicarnos? Ilumínenos, por favor —digo con cierto hartazgo.

—Marena, comprendo su irritación —confiesa con una voz tan cálida que por un momento...—, de verdad, pero le aseguro que no tiene nada que temer. Nunca haría nada que pudiera poner en peligro a ningún paciente. En ningún sentido.

Por extraño que pueda parecer, sus palabras me reconfortan. Quiero creerle. Necesito creerle, de verdad, pero la situación...

—De acuerdo, voy a fingir que le creo —respondo intentando conservar mi pragmatismo—. Ahora dígame qué es eso que tiene que explicarnos y que es tan importante como para retrasar el momento de iniciar lo inevitable.

—Chica, ni que vayamos a la horca. Una cosa es que no nos soportemos y otra que no podamos pasar unos días compartiendo casa. ¿Es que nunca fuiste de campamento o qué? —interrumpe don encanto.

—No —contesto con sequedad.

—El mismo encanto que una medusa —murmura.

—Haya paz... —interrumpe el leprechaun—. Sé que puede resultar una situación algo incómoda, Marena, pero créame cuando digo que los resultados valen la pena. Solo le pido que esté abierta y receptiva.

—¡Oh, está bien! Todo sea por acortar esta tortura lo máximo posible y olvidarme de toda esta locura —exclamo alzando las manos, exasperada.

—Amén, tiquismiquis —dice don encanto provocando que le mire con resignado pesar.

Durante unos segundos que parecen eternos la consulta queda en silencio. El tal Nico y yo permanecemos alejados por casi medio metro entre nosotros, pero tengo la impresión de que, cada vez que me mira, es como si pudiera ver dentro de mí, como si me dijera “eh, chica, si me lo propongo todos tus fantasmas serán libres”, y eso es algo que me da pánico. Me hace estar en un nivel de alerta que sé que me podría pasar factura.

Frente a nosotros, el terapeuta leprechaun nos va observando con disimulo. Me he dado cuenta en las veces que nos hemos visto que, aunque finge que ojea con despiste sus apuntes, no se pierde ni un detalle de todo lo que ocurre.

—Bueno, ¿nos dirá ahora qué es lo que debemos saber antes de encerrarnos? —pregunto ya inquieta.

—Oh, sí, claro... A ver... aquí está —contesta recolocándose las gafas y rebuscando en el maletín de cuero que reposa en el suelo junto a su butaca—. En el propio juzgado me entregaron la documentación de cada uno, y he podido estudiar todo sobre vuestros casos. A partir de ahí elaboramos los perfiles y vimos que érais perfectos para este programa. Aparte de eso, un pilar fundamental de esta terapia es la interacción entre los dos sujetos emparejados, y es por ello que os daré un dossier con varias preguntas que deberéis responder mutuamente.

—El famoso juego, ¿no? —interrumpo.

—Exacto —afirma—. Sobre todo quiero que tengáis bien presente una cosa. Estaréis encerrados en veinte metros cuadrados durante cinco días. Completos. El tiempo empieza a contar a partir de las ocho de esta tarde, y no terminará hasta las ocho de la tarde del domingo. No tendréis teléfono, Internet, televisión ni radio. La única concesión que hemos hecho es dejaros un tocadiscos con varios vinilos y unas pocas películas que podréis ver en una televisión bloqueada.

—Un poco radical, ¿no le parece? —cuestiona Nico con escepticismo.

—Depende. Nosotros preferimos decir que es... simplista. —*¿Son cosas más o se está divirtiendo?*

—Si por simple se entiende el que dos personas que ni se conocen ni ganas

de hacerlo se vean obligadas a encerrarse juntas y además a compartir aspectos íntimos de su vida... La mar de simple, sí.

—Yo no lo hubiera dicho mejor —apoya don encanto cruzándose de brazos.

—Me alegra ver que empezáis a entenderos —afirma el leprechaun con una sonrisa en la cara—. ¿Tenéis alguna pregunta antes de que partamos?

—¿Cómo podrán localizarnos en caso de que surja alguna emergencia personal? —pregunta serio Nico.

—Nos quedaremos vuestros teléfonos en custodia. En caso de que veamos alguna llamada o mensaje preocupante os avisaríamos de inmediato. Podéis estar tranquilos —responde de igual forma el leprechaun.

Con cierta renuencia acepta la respuesta con un gesto de la cabeza. No sé porqué pero siento cierta simpatía por la preocupación que muestra por poder estar localizable. Algo me dice que se debe más a su hijo que no por causas de trabajo.

—Bien, pues si eso es todo... Coged vuestra maletas y... ¡en marcha! — exclama poniéndose en pie casi de un salto. ¡Pues qué ilusión que le hace encerrar a gente, oye!

—Qué remedio... —murmuramos a la vez, sonriéndonos con ironía por la coincidencia.

Salimos al pasillo siguiendo al leprechaun, que va como niño con juguete nuevo. Nosotros vamos tras él, cada cual con su maleta. Nico cargando la suya al hombro y yo con un pequeño trolley. De reojo voy mirándole y algo me dice que sigue preocupado por estar localizable.

—Estará bien. Parecía bastante espabilado —digo a su lado, provocando que me mire con cierto desconcierto—. Pavlik.

—No es exactamente lo que me inquieta pero gracias —contesta dedicándome una pequeña sonrisa.

La conversación se ve interrumpida al llegar al garaje, donde el leprechaun nos guía hasta la parte trasera de una furgoneta negra con los cristales totalmente opacos, siendo imposible que podamos ver nuestro destino. Por un instante casi espero que nos cubran la cabeza con un pasamontañas o nos esposen para que no escapemos. *Qué locura...*

Nos sentamos hombro con hombro, yo algo desconcertada pero a don encanto se le ve casi como si hiciera esto cada día. Porque sé que tiene un taller, que si no creería que es un mercenario o alguna frikada por el estilo.

—¿Dónde crees que nos llevan? —pregunto tras lo que calculo como media hora de camino.

Al no obtener respuesta miro a mi lado. La mandíbula me llega a los tobillos. ¡Pero si está roncando el tío! ¡¿Quién demonios se duerme en un momento así?!

Con la cabeza ladeada en el reposacabezas y la chaqueta abrazada contra su torso, don encanto duerme casi a pierna suelta. *¡Pues vaya ayuda el amigo! Bueno, lo positivo es que, si durante estos días se dedica a hacer lo mismo, poco me va a molestar su presencia,* pienso con cierta maldad.

Tras lo que a mí se me hace una eternidad noto que el coche se detiene. Como por arte de magia, don encanto elige sospechosamente ese preciso momento para volver al mundo de los vivos.

—Bien, ya hemos llegado —oímos de pronto decir al leprechaun.

—¿Dónde estamos? Me parece que casi hemos atravesado medio país —protesto.

—No tanto, no —responde con un deje de humor.

—Lástima. Me hubiera venido bien algo más de descanso —añade don encanto provocando que le fulmine con la mirada—. ¿Qué?

—Tienes una curiosa manera de demostrar tu nerviosismo —respondo con irritación.

—¿Y quién dice que esté nervioso? Yo no. ¿Y tú, *encanto*? —pregunta con sorna a sabiendas de la irritación que me causa.

Antes de que pueda responder baja del coche de un ágil salto. *Estos días serán muy largos...*, me digo a mí misma mientras le observo caminar tan tranquilo.

—¿Vienes o esperas a que las ardillas te pongan la alfombra roja? —me grita casi desde la puerta de lo que parece una cabaña, cargando con su maleta... y la mía.

Idiota..., mascullo dando un salto fuera del todoterreno y comenzando a acercarme. Según voy llegando a su lado aprovecho para observar el entorno y la fachada de lo que será mi prisión estos días. *Vaya por Dios, esto parece casi “La casa de la pradera”.* Solo falta que aparezca Michael Landon.

A ver, bonito es el sitio, en medio del prado y rodeado de una hierba verde y frondosa. Además la cabaña —o lo que demonios sea— es de madera, de planta cuadrada y no muy grande, apenas si supera el tamaño de mi salón y eso que vivo en un piso de poco más de ochenta metros.

Ya dentro me reúno con el leprechaun y don encanto, que al igual que yo va observando todo con cierta curiosidad. *Bueno, podía ser peor,* me digo al ver el panorama. Una pequeña cocina pero equipada con todo lo necesario, una salita de estar con sofá cama y una mesa de centro, un baño medianamente decente para el tamaño de la casa y, lo más importante de todo, dormitorio en altura sobre el salón... con dos camas individuales. Bien pensado, sí señor.

—Yo ahí no duermo ni de broma —oigo a Nico.

—Tú mismo. Yo encantada de tener todo el dormitorio para mí —respondo

con sorna—. Siempre puedes dormir en el sofá cama.

—Siempre podrías dormir tú en él y yo unir las dos camas pequeñas — sugiere apoyándose en el marco de la puerta, ya a mi lado.

—No soy yo la que tiene problemas con el espacio.

—Por si no te has fijado mido más de metro noventa. Como comprenderás no me termina de gustar tener que estar haciendo malabares en la cama—dice con acidez.

—¿Ah no? Vaya... No te recomendaré leer el Kamasutra entonces — chasqueo sonriendo con sarcasmo, yéndome de inmediato junto al leprechaun.

—Bruja... —le oigo murmurar con un rastro de humor antes de reunirse con nosotros.

—Bien, ahora solo faltan dos cosas. Que me entreguéis los teléfonos y que os dé esto —dice dándonos un dossier a cada uno con varias páginas.

—¿Esto qué es, el plano para no perdernos? —bromeo con ironía provocando la sonrisa de ambos—.Supongo que son las famosas preguntas.

—Exacto, aunque tened en cuenta que son solo orientativas. Es imposible pretender que las hagáis todas a rajatabla. Si habláis y os conocéis estoy seguro de que muchas ni tendréis la necesidad de hacerlas.

—Usted lo ha dicho; si hablamos—responde don encanto mirándome de reojo.

—¿Y qué otra cosa podéis hacer si no? —pregunta el leprechaun con cierto desconcierto.

—Oh, no sé... Creo que alguien me recomendó cierta lectura hace poco... —contesta con toda la maldad mientras se acaricia la barbilla, sonriendo.

Resoplo exasperada al darme cuenta del sentido de sus palabras. Ajeno a lo que hablamos entre líneas, el leprechaun nos va observando con las gafas a punto de caerle de la nariz.

—Bueno, siempre puede ser interesante compartir lectura. Probad —contesta con toda la inocencia... o no—.Bien, ahora entregadme los teléfonos, por favor.

Ahí ya se acabó el humor. El darle mi teléfono es la clara muestra de que esto es real, e inconscientemente me resisto a ello. Finalmente se lo entrego intentando no darle importancia, claro que don encanto... Debo reprimir una sonrisa. Tiene el teléfono agarrado con tanta fuerza que miedo me da que al leprechaun se le ocurra intentar quitárselo. Viendo cómo le cuesta decido apiadarme de él.

—Estará bien, Nico.

—¿Cómo lo sabes?

—Hum, no sé, se parece a ti

EL ENCIERRO

Genial. ¿Y ahora qué?, pienso mientras se cierra la puerta dejándonos solos y aislados. Resignada giro hacia el interior haciendo una mueca, y de inmediato veo a don encanto cotilleando la televisión frente al sofá. Hombres...

—Pues sí que está manipulada, sí. Al menos espero que las películas que nos dejaron sean medio decentes —comenta abriendo un cajón del diminuto aparador.

—Las películas no sé, pero desde luego los vinilos no están nada mal. Sinatra, Gloria Gaynor, Queen, AC/DC, Luis Miguel, Adele... —voy diciendo mientras ojeo las carátulas con cierta despreocupación.

—¿Adele? ¿De verdad hacen vinilos modernos? —pregunta con cierta sorpresa en la voz mientras abre un último cajón.

—Hum. Pues eso parece —respondo con tono tranquilo—. ¿Y tú, has encontrado algo?

—Sí, y tampoco está mal lo que veo. Salvar al soldado Ryan, El Padrino, El Pianista, Los intocables de Elliot Ness, La gran evasión... ¿Del revés? ¿El rey León? —dice extrañado.

—Vamos, vamos... No te quejes que son muy buenas. ¿Quién sabe? Quizás aprendas algo de provecho —aguijoneo.

—Me temo que Timón, Pumba, Simba y yo somos ya viejos amigos... —responde con cierta melancolía.

Por un instante reflexiono sobre sus palabras. Esa película debe tener casi veinticinco años, porque recuerdo que era una mocosa cuando la veía anunciarse, por tanto, él no era mucho mayor que yo...

—¿Puedo preguntarte algo? —digo mientras voy hacia la cocina para ver qué provisiones hay.

—¡Qué aplicada que ya quieres empezar a hacer los deberes! Y ni siquiera llevamos una hora encerrados—bromea con ironía.

Mientras hablaba se había ido acercando, quedando como única separación entre ambos el ancho de la barra de desayunos. Con cierto aire despreocupado se apoya en uno de los taburetes, sin perder detalle de lo que voy haciendo.

—Adelante. Podrás preguntar si luego me dejas hacer otra pregunta. Creo que es justo, ¿no?

—Ah... ¿Así que ése será tu modus operandi? ¿Pregunta por pregunta? —respondo con una lechuga iceberg en una mano y un cuchillo en la otra.

—Depende de lo que quieras cortar con ese cuchillo —razona alzando las cejas—. ¿Debo deducir que sabes cocinar? Espero que sí porque yo solo sé hacer pasta y arroz, y en plan chapucero, admito.

—Pues deduces bien, sí. Por suerte para nosotros es uno de mis hobbies, así que me pido la cocina. A cambio, a ti te toca la limpieza.

—Me parece justo —admite alzando las manos en señal de voluntaria derrota.

—Y no has respondido a mi pregunta. Yo respondí a la tuya, así que... —digo sonriendo.

—Yo no he... —comienza a decir justo antes de callar y empezar a sonreír al darse cuenta de su fallo—. Eres rápida, sí. Muy bien. Pregunta por pregunta era el trato así que... Adelante, dispara.

—¿Cómo lo tuviste? —Al ver el gesto de su cara me explico—. A Pavlik, digo.

—Muy deficiente ha sido tu educación, ¿no? —bromea, provocando que un cierto calor me suba a las mejillas de inmediato.

—¡Sabes a lo que me refería! —protesto lanzándole un paño de cocina—. A las circunstancias de su nacimiento. Tú debías de ser muy joven, un adolescente si mal no calculo.

—Calculas bien. Tenía diecisiete recién cumplidos. Él hará veinte en tres meses —responde.

—Vaya. Llevas más de media vida siendo padre, pues —medito en voz alta en medio del descuartizamiento lechuguil—. ¿Y su madre qué edad tenía? También debe ser joven, ¿no?

—Ella uno menos, dieciséis, pero por apenas un par de meses... Y que conste que eso me da derecho a dos preguntas, doña tiquismiquis —contesta con evidente intención de cambiar de tema.

—De eso nada. Respondiste una, pues una. Y aviso que me reservo el derecho a no contestar.

—Respondí una directamente y otra de forma indirecta, así que tengo derecho a dos —regatea.

—Una pregunta y la otra... Lo pensaré —acepto más bien a regañadientes.

—Me parece justo —concede cogiendo una manzana y comenzando a pelarla y trocearla sin que le diga nada.

—Pues adelante, dispara y acabemos con el primer asalto cuanto antes —digo resignada a esta locura. Una sonrisa pesarosa asoma a sus labios.

—¿De qué color es de verdad tu pelo? A veces creo que es castaño pero otras parece pelirrojo —pregunta desconcertándome por completo. Sin embargo me

hace relajar y sonreír, lo que, por extraño que parezca, creo que era su verdadera intención.

—Pues te aliviará saber que ambas son correctas. Y adelante, pregunta lo que de verdad querías preguntar, no te quedes con el antojo.

Entre pregunta y pregunta ya habíamos hecho una ensalada generosa y también unos bocadillos de pollo. Justo acabo de quitarme el delantal cuando me doy cuenta de que ya se había encargado de llevar todo a la mesa de centro para cenar. Al ver mi cara sonrío como un niño pillado in fraganti.

—Estaremos más cómodos aquí, ¿no te parece? —dice señalando los cojines que había dispuesto en el suelo a modo de asiento para mí.

—Eres tú el que mide casi dos metros, así que... —razono con un encogimiento de hombros.

Vale, admito que tiene razón pero no pienso reconocerlo en voz alta ni loca. Cenar sentada en el mullido cojín no tiene ni punto de comparación con los taburetes rompeculos.

—¿Cuál es el verdadero motivo por el que te condenaron? Eres bastante cortante a veces pero no te veo siendo violenta a ese extremo —pregunta dedicándome una escrutadora mirada.

—Pues deberías ir a revisarte la vista —respondo con ironía—. ¿Quieres que veamos una película? Por ser primera noche te dejo elegir, pero mañana elijo yo.

—Me parece justo —contesta levantándose para acercarse al aparador y escoger una—. Y respira, tiquismiquis, que no muerdo... Al menos de momento.

Mientras él elegía y preparaba la película yo me dediqué a recoger los platos, aliviada en cierta forma de poder refugiarme en la cocina. Aprovechando que una parte queda a resguardo y no puede verme, no dudo en respirar hondo y, abriendo las piernas a la altura de los hombros, descender las manos hasta tocar el suelo.

Curiosamente, el tener la cabeza del revés físicamente hace que todo vuelva a su orden psicológicamente. Moviendo el cuello en círculos termino de relajarme, intentando borrar los recuerdos, eliminar todo lo que contamin...

—¿Haces esto a menudo? Y que conste que no me estoy quejando, la verdad. Las vistas son... interesantes. Inesperadas e interesantes.

—¡Joder! —grito reincorporándome al instante.

Me da tal mareo que, como si fuera un pollo descabezado, intento aferrarme a algo estable para no caer, siendo precisamente sus brazos lo más firme que encuentro en el camino.

—Ey... Cuidado, tiquismiquis. A ver si vamos a tener que llamar al carcelero cuando no han pasado ni tres horas desde que se fue —bromea en un intento de aligerar el ambiente.

Cobijada entre sus brazos voy esforzándome por recobrar la compostura, siendo algo harto difícil cuando el puñetero está como está aunque sea tan insufrible como una maldita hemorroide.

—Ya está. Gracias —digo tragando e intentando enderezarme con la mayor dignidad posible.

—¿Seguro? —pregunta escaneándome con la mirada de arriba a abajo.

En un intento de reafirmar mis palabras doy un par de pasos alejándome de su lado, pero, para mi desgracia, sigo como si viniera de un after hour.

—Y una mierda que estás bien —gruñe.

Agarrándome con firmeza por la cintura me lleva casi en volandas hasta el sofá, donde me encastra casi hasta fundirme con el estampado de la tela.

—Pero bueno, ¿es que no sabes que no se puede ir haciendo esas cosas cuando acabas de comer? —me regaña de pie frente a mí, con los brazos en jarra. De verdad que intento reprimir la risa, pero en ver la cara con la que me mira...

—¿Pero te crees que eres mi abuela o qué? —pregunto aguantando la sonrisa a duras penas.

—Pues da gracias a que no eran Nonna ni Babushka las que te encontraron. Si no ya sabrías lo que es bueno.

—¿Nonna? ¿Babushka? —pregunto algo perdida ahora—. ¿Nonna no era abuela en italiano?

—Lo es, lo es. Nonna y Babushka son mis abuelas. Nonna la materna y Babushka la paterna —explica sentándose de malos modos a mi lado en el sofá.

Al verle más de cerca me percató de los evidentes signos de fatiga. Las leves sombras bajo los ojos, la palidez, la tensión del rictus...

—¿Aún viven tus abuelas? —pregunto—. Deben ser ya mayores, ¿no?

—Oh, sí que viven, sí... Y créeme que son mejores que el mejor agente del mejor servicio secreto del mundo. Tienen setenta y tantos años pero aparentan diez menos como poco.

—Caray. Casi me dan ganas de conocerlas. ¿Viven aquí o en sus países de origen?

—¿Bromeas? —dice alzando las cejas con resignación—. Viven justo en la casa de al lado. Los cuatro. Ellas y los Nicos.

—¿Los Nicos? —pregunto sonriendo.

—Mis pacientes abuelos. Nikolay y Nicola. Por eso me pusieron Nico a secas, para no discutir.

—Por como hablas de ellos sospecho que no te dejan aburrirte. ¿Me equivoco?

—¿Aburrirme? Esa palabra no existe en mi vida —admite con una sombra

de sonrisa en los labios.

Quedamos en un agradable silencio, ambos bien acomodados en el sofá y con el único ruido de fondo de un búho que debe estar más aburrido que un piojo en la cabeza de un calvo. El tic tac del reloj avisa que es cerca de la medianoche ya, y el cansancio comienza a hacer mella en ambos por igual.

—Oye... Gracias por preocuparte por mí. Tengo un sentido del equilibrio un poco bromista y suelo ser proclive a estas cosas si no voy con cuidado —admito con sinceridad.

—Tranquila, encanto. Lo hubiera hecho por cualquiera en tu situación, así que... No hay de qué.

¿Cómo es posible que, sin haber dicho nada aparentemente ofensivo, haya conseguido ofenderme? O me estoy volviendo tan tiquismiquis como él piensa que soy, o en una egocéntrica de narices. *¡Pues no sé qué es peor!*

—¿Quieres que veamos ahora esa película? —pregunta rompiendo el silencio creado.

—Mírala tú si quieres. Yo creo que voy ya a dormir. Ha sido un día muy largo y estoy agotada —digo poniéndome en pie y frotándome la cara sin mucha delicadeza.

Con sumo cuidado comienzo a dar pasos titubeantes hacia la escalera. Siento su mirada clavada en mi nuca como si fueran dos rayos láser.

—Marena —pronuncia por primera vez, haciendo que gire sorprendida—. Voy a llevarte a la cama.

Habla con tal intensidad que, por un breve instante, un ligero escalofrío de anticipación me recorre de arriba a abajo. Por suerte el sentido común viene a mi rescate antes de ponerme en evidencia y darle una respuesta de las mías.

—Ya puedo ir sola, gracias —contesto con más irritación de la que siento—. Por cierto... espero que no vayas diciendo eso a muchas mujeres por ahí. Tu mujer podría enfadarse y con motivo —bromeo.

—No tengo mujer. Soy tan libre como un pájaro.

Permanece a cierta distancia, pero su mirada es tan intensa que por un instante me parece que no me queda ni una pizca de oxígeno en los pulmones.

—¿Divorciado? —tanteo.

—Jamás he abandonado la soltería —contesta con una extraña mezcla de pesar y alivio.

—¿No te casaste con la madre de Pavlik? —pregunto deshaciendo unos pasos sin darme cuenta.

—No, y antes de que lo preguntes... tampoco me dio opción. Jamás me perdonó por dejarla embarazada y, cuando apenas acababa de dar a luz, se largó del país y jamás hemos vuelto a verla.

—¿Que jamás te perdonó por dejarla embarazada? ¿Es que acaso ella no estaba allí también o qué? Dos no discuten si uno no quiere —digo casi indignada.

—Cuéntaselo a ella —contesta con ironía.

—¿Eso quiere decir que has criado a Pav tú solo? —pregunto sorprendida... y admirada.

—Con la inestimable e impagable ayuda de mis abuelos —confiesa con una tierna sonrisa en la cara.

—Deben ser muy buenos —murmuro con sincera admiración por todos ellos.

—Lo que son es una panda de locos —protesta con fingida indignación—. Pero sí, son geniales. Y no reconoceré haber admitido esto ni bajo tortura —añade con un tono de humor.

Volvemos a quedar en un cómodo silencio. La escalera me queda a apenas un par de metros, exactamente la misma distancia que hay hacia el calor que desprende su cuerpo.

—Oye... ¿Dónde dormirás al final? Lo digo por unir las camas o no —pregunto con cierta timidez.

—Por casualidad no llevarás una cinta métrica encima, ¿verdad? —bromea—. Creo que me adueñaré del sofá. Si más no, puesto a no descansar al menos podré ver alguna película.

—Bien pensado —concedo—. Bueno, bien, pues... Buenas noches —me despido extrañamente reticente pese al cansancio y el nerviosismo acumulados.

Sin apenas esperarlo, de apenas una zancada se coloca a mi lado. Sorprendida no puedo más que alzar la cabeza para poder mirarle cara a cara.

—Buonanotte, Marena —susurra justo antes de descender hasta mi oído y añadir con tono ronco—:Uniremos las camas mañana. Por si acaso.

Con un gesto lento y premeditado deposita un cálido y, en teoría, casto beso en mi mejilla, abarcando la otra con su mano. Su tacto es igualmente cálido, tierno, pero firme y áspero a la vez. Bien pensado casi juraría que sus manos son el fiel reflejo de lo que, hasta ahora, me ha demostrado de su forma de ser.

—Me voy —digo en voz alta casi para convencerme a mí misma de que debo empezar a alejarme.

—Eso he deducido —responde con una sonrisa ladeada en la cara.

—Hasta mañana —me despido desconcertada por mi comportamiento. *¡Ni que tuviera quince años!*

—Hasta mañana —repite mientras voy subiendo las escaleras.

Peldaño a peldaño voy casi trepando por la diminuta y empinada escalera, fatigándome mentalmente por mi reacción. *¡¿Si seré estúpida?!*, me recrimino a

mí misma. Un par de palabras amables, unas cuantas miraditas y sonrisas tiernas y me quedo como si mi cerebro se hubiera ido de vacaciones al Caribe. *¡Pues no me da la gana, mira tú por dónde!* No pienso dejarme liar por una cara casi perfecta y un cuerpo que parece creado por el mismísimo demonio para arrastrar a toda fémina hacia el lado oscuro.

Apenas si he pisado el dormitorio que, sin poder evitarlo, la vista se me desvía hacia la sala de estar. Esta estancia no tiene pared que oculte la vista de la parte inferior, solo una baranda de madera a media altura y una cortina en tonos grises que aguarda arrinconada en el rincón más alejado de la escalera.

Cuando creía que ya estaría bien instalado en el sofá, me sorprende al ver que continúa de pie donde estaba, con los brazos cruzados a la altura del pecho y con la vista clavada en mí. Debo tragar saliva por cómo me mira. Aun cuando nos separan varios metros incluso en altura, percibo con total claridad la intensidad con la que sigue todos y cada uno de mis movimientos. Algo cohibida por su actitud, dudo en cómo reaccionar, en qué hacer. Mi yo normal le ignoraría y seguiría con lo que estuviera haciendo, pero con él parece que mi instinto de supervivencia no funciona del todo bien, puesto que, en un gesto nada normal en mí, me veo a mí misma haciendo un leve saludo con la mano.

—Que duermas bien, luciérnaga —contesta dedicándome una leve reverencia.

DIA UNO

Esto es una soberana tortura. Al psicópata que se le ocurriera esta terapia deberían lincharlo en la plaza más grande de todos y cada uno de los pueblos de este país. Sí, ésa es una idea muy, pero que muy tentadora.

Después de dormir tan mal como si lo hubiera hecho en un colchón de cantos rodados, ¿qué es lo primero que me encuentro al intentar abrir la cortina de privacidad? ¡Pues a don encanto medio en pelotas haciendo alarde de musculitos! ¡Tortura psicológica pura y dura!

Sin atreverme a descubrir mi presencia, me dedico a espiar con cuidado de no ser descubierta. Don encanto está vestido únicamente con un pantalón de chándal gris claro, sin camiseta, y haciendo una serie de ejercicios que me canso solo de verlos. Abdominales, flexiones de varias maneras, saltos, combinaciones que causan agujetas tan solo en mirar... *¿Pero quién en su sano juicio se mete esa machacada a las siete de la mañana? ¡No me extraña que lo mandaran al psicólogo!*, me digo entre sofocos.

Cuando ya considero que, o bajo o me quedo sin vejiga, decido anunciar que ya estoy despierta abriendo la cortina gris con toda la mala leche que tengo. Si no oye el ruido que hago es que está más sordo que una tapia, eso está claro.

Según llego a la sala de estar le veo secándose el sudor con una toalla negra, colgándola luego alrededor de su cuello. Lo curioso es que, mientras que a él se le ve fresco como una rosa, yo tengo la impresión de que parezco la niña del exorcista... y eso siendo generosa.

—Buenos días, encanto. ¿Tan incómodos son esos colchones? Haces mala cara —respiro hondo intentando calmarme, pero mira, no me da la santa gana, oye.

—¿Por qué no te vas un poquito a la mierda, eh simpático? —digo con un tono engañosamente suave.

—Auch... Y yo que me iba a ofrecer a hacerte el desayuno para alegrarte la mañana... —dice con un tono tan lastimero como falso.

—Teniendo en cuenta que tú mismo reconociste que no sabes cocinar... Gracias pero no, gracias —contesto entrando al cuarto de baño y cerrando de un medio portazo.

—¡Tienes muy mal despertar, encanto! ¡Te haré un chocolate bien cargado! —grita desde fuera.

—¡Vete a la porra! —contesto de igual forma.

¡Madre mía! Me asusto hasta yo al ver mi reflejo en el espejo. No me extraña que me haya dicho lo que me ha dicho. Hasta a mí me dan ganas de salir huyendo de mí misma. En fin, ya no tiene remedio.

Veinte minutos después ya estoy medio recompuesta. No hay nada como una ducha rápida, un pase rápido por chapa y pintura y voilà, ya vuelvo a ser yo. O casi.

Cuando salgo le encuentro sentado en uno de los taburetes, dando sorbos a una taza de café bien cargado por como huele.

—¿Te das cuenta de que bebes café como para resucitar a un muerto cuando estamos encerrados entre cuatro paredes y sin nada que hacer? —expongo sentándome en el taburete que queda libre.

Delante tengo una bandeja con una humeante taza de chocolate, galletas, zumo... Un pellizco de arrepentimiento asoma a mi conciencia, pero tal como aparece, desaparece.

—Considerando que no he dormido... Ya está bien.

—¿No has dormido? —pregunto ya arrepentida por cómo le he tratado.

—Un par de horas a lo sumo. Supongo que esta noche iré mejor —dice quitándole importancia.

—¿No estabas cómodo en el sofá quizás? —pregunto ya con tono normal.

—Muy grande debe ser un sofá para que alguien de mi tamaño se sienta cómodo... —bromea—. Para ser justos debo reconocer que no toda la culpa era de él.

—A ver si adivino. Estás preocupado por Pavlik —vaticino mientras recojo los platos sucios para lavar.

—Oye... Ahora no estoy para preguntas. Me voy a la ducha. Hasta ahora, encanto —se despide dándome un inesperado beso en la cabeza.

Sin nada ya que hacer me dedico a cavilar sobre la causa de su inquietud. Su hijo, el negocio, sus abuelos... Se me ocurren mil cosas. Entre tanto divagar veo por casualidad los dossiers que nos dio el leprechaun. Sin parar mucho a pensar me levanto y cojo uno, dando una vista rápida a las preguntas.

—Color preferido, mayor virtud, primer recuerdo... —voy murmurando mientras leo preguntas al azar—. Qué tontería.

—Azul, perseverancia y derramar un vaso de leche en la cama de mi nonna —escucho de pronto.

Por acto reflejo cierro de inmediato el dossier y giro hacia el origen de su voz. Está apoyado en el marco de la puerta de la cocina exactamente igual que la primera vez que le vi, hace apenas tres días. *Madre mía, ¡¿tres días solo?!*

Tras la ducha ha decidido seguir mi ejemplo y vestirse con ropa cómoda, apenas un pantalón de algodón y una camiseta blanca con los tres botones del

cuello desabrochados, eso sí.

—¿Cómo te gustaría que lo hiciéramos? ¿Ahora? ¿Por la noche? ¿En el dormitorio? ¿Cómo, Marena? —pregunta con la voz tan ronca que debo tragar para tranquilizar mis revolucionadas hormonas.

—Pues... Me da un poco igual, la verdad. Quizás... Quizás ahora, ¿no te parece? —titubeo algo nerviosa.

Una mueca que decido catalogar como sonrisa se dibuja en sus labios. Con el mismo andar que una pantera rodeando a su presa, se acerca hasta la encimera para coger el otro dossier y, sin mediar palabra, se dirige hacia el sofá.

Pese a que en ningún momento me ha dirigido una sola mirada o palabra, tengo la extraña sensación de que todos y cada uno de sus gestos tenían la clara intención de hacerme saber su dominio. Me siento amenazada, y no porque le tema físicamente, no. Por primera vez desde hace mucho, mucho tiempo siento que estoy ante alguien que puede arrasar mi vida. Temo que, si le doy la más mínima oportunidad, la vida que tanto me ha costado construirme puede desmoronarse como un castillo de naipes.

Con las defensas bien en guardia y un nudo en la garganta, opto por no dejarme vencer por fantasmas que, al fin y al cabo, no existen. De momento.

—No muerdo, Marena. No sin motivo, al menos —incita sentado en el sofá, mirándome con seriedad.

—Yo sí, y sin necesidad de motivos —contesto a la defensiva.

Comprendiendo lo absurdo de mi reacción, me acerco hasta la salita de estar, pero en el último momento decido sentarme en el suelo, con la espalda bien apoyada en la pared y un cojín que cojo del sofá en el regazo. Sorprendida veo que, sin pensarlo, se escurre hasta el suelo para estar a la par, con la espalda apoyada en el sofá, una pierna estirada hacia mí y la otra flexionada en un gesto despreocupado.

—¿Tienes miedo de mí? —pregunta sin titubeos.

—No —respondo tras un largo silencio. Y de hecho es así.

—¿Entonces? ¿Qué es? —insiste.

—No temo al agua fría, pero sí a la pulmonía que puedo pillar por caer en un lago helado —respondo.

Por un instante quedamos en un silencio tenso, con la vista clavada en el otro. Nos estudiamos. Finalmente y para mí pesar soy yo quien debe apartar la mirada. Frustrada me dedico a ojear de nuevo el dossier, aunque realmente las letras me parezcan meros borrones negros sobre blanco.

—¿Marena? —oigo de repente, haciendo que alce la vista por acto reflejo—. ¿Color favorito? —pregunta dedicándome una sonrisa tranquilizadora.

No puedo evitar que, de inmediato, toda la tensión que había acumulado

desaparezca como por arte de magia. Me desconcierta que sea capaz de ponerme en alerta máxima y, de pronto, pueda hacerme relajar con un simple gesto, como una cápsula a punto de explotar a la que le abren una válvula que le permite liberar toda la tensión.

—Todos los azules, rojo, blanco, negro, amarillo...

—Eso es trampa —protesta—. Tienes que elegir solo uno.

—¿Dónde pone que solo se pueda tener un color favorito, a ver? —replico—. Me gustan muchos colores, casi todos, de hecho. No quiero elegir solo uno.

—¿Hasta el marrón? —bromea.

—A casi nadie le gusta el marrón, ¿te has dado cuenta? Nadie dice “oh, me encanta el marrón, es mi color fetiche”.

—¿Y por qué crees que es? —pregunta con curiosidad pero ocultando una sonrisa.

—Creo que es porque recuerda a... bueno, a ciertas cosas escatológicas —contesto con evasivas.

—Vamos, a la mierda —dice directamente—. Aunque a mí me recuerda más bien a la tierra húmeda, al chocolate, a unos ojos cálidos y misteriosos, a un pelo que sea suave como la seda, a resistente madera, a sabrosas castañas... —detalla con su voz profunda.

—¡Vaya! Casi te voy a nombrar presidente de la asociación en defensa del marrón —respondo con mucha sorna.

—Será un honor. Seré un presidente de mierda para honrar a todas las cagadas de perro, vaca y demás animalejos del mundo —contesta fingiendo tal tono de dignidad que no puedo evitar una carcajada.

—Idiota... —digo sin pensar—. A ver, siguiente pregunta, anda, que no tenemos toda la vida.

—Cierto. Tenemos cinco días —afirma mientras revisa el famoso dossier del demonio—. A ver... Ah, ésta. ¿A qué edad fuiste por primera vez de copas?

—Hum... Nunca —reconozco sin pensarlo.

Casi puedo oír el mecanismo de su cerebro poniéndose en marcha al escucharme. Internamente me maldigo por no haberme inventado algo sobre la marcha, pero lo inesperado de la pregunta me pilló totalmente desprevenida.

—¿Por? —pregunta con suspicacia.

—No me gustaba el ambiente nocturno —digo intentando dar por zanjado el tema.

—¿Por? —insiste.

—El ambiente, no sé —divago.

—¿Qué ambiente? —vuelve a insistir.

—Eres como un jodido perro con un hueso, ¿verdad? —digo molesta por su

insistencia.

—Como un ovcharka —contesta—. Un perro pastor caucásico —aclara ante mi cara de desconcierto.

—Te identificas más con tu parte rusa, ¿cierto? —digo intentando cambiar de tema.

—No más que con mis otras culturas —afirma.

—¿Cómo es que tienes esa curiosa mezcla?

—En realidad es muy simple, la verdad. La madre de mi nonna era griega y la de mi babushka era española. Luego sus descendientes se casaron con un italiano y un ruso respectivamente y ahí lo tienes.

—¿Y tus padres? Me has hablado de tus abuelos pero no de tus padres.

—De ellos no hay mucho que contar. Y ahora te toca a ti. ¿No tienes ninguna mezcla en tu pasado?

—Si te refieres a mezcla de culturas diría que no, aunque tampoco podría asegurarlo, a decir verdad.

—¿No lo sabes? Vamos... Seguro que algo tienes que contarme de tus abuelos. Nadie es tan normal. —Resoplo al oírle. *Si él supiera...*

—Créeme, si de algo iban escasos mis abuelos era de normalidad...

—¿Ah sí? ¿Por? —pregunta con curiosidad, recolocándose en el asiento.

—Solo te diré que entre uno y otro podrían haber aumentado la tasa de natalidad en veinte puntos en un santiamén —admito rodando los ojos. Una carcajada de incredulidad riega la casa.

—No sería para tanto... —dice aún con la sonrisa en la cara. *Inocente...*

—¿Que no?! Mi abuelo materno tuvo trece hijos con mi abuela y otros siete u ocho por ahí, y el paterno tuvo tres con mi abuela y ni sé cuántos también fuera del matrimonio.

Un silbido de asombro escapa de sus labios, entre asombrado y admirado por la capacidad reproductora de mis antepasados masculinos.

—Caray... Pues sí que eran fértiles, sí. ¿Y tus abuelas no se enfadaron? Supongo que a nadie debe gustarle que le engañen de esa manera.

—Pues supongo que sí, claro que hay que tener en cuenta que era otra época, que cada matrimonio tiene sus normas... No sé. También es verdad que ambas se la cobraron muy bien.

—Oh... ¿Venganza a la vista? No me dejes en ascuas —insiste.

—Pues la verdad es que sí, y dando donde más duele, creo. En resumidas cuentas, mi abuela paterna se lió con otro, quedó embarazada y se lo endosó a mi abuelo. Gol por toda la escuadra, como se suele decir. Y la materna optó simple y llanamente por no compartir nunca jamás cama con mi abuelo. Castigos acordados a sus actos, supongo —reconozco encogiendo los hombros.

—¡Vaya con tus abuelas! —dice rompiendo a reír—. De armas tomar, pues, las señoras.

—No lo sabes bien... De hecho creo que en mi familia no ha habido nadie normal en mucho tiempo...

—Normales no sé, pero estériles seguro que no, desde luego —apostilla con sarcasmo provocándome una sonrisa.

—¿Tus abuelos tuvieron muchos hijos? —pregunto cambiando de rumbo.

—No. Tanto unos como otros solo tuvieron un hijo. Y solo un nieto.

—Supongo entonces que por eso viven cerca de ti, ¿me equivoco? —indago con curiosidad.

Respira hondo, casi como si calibrara el contarme la verdad sea la que sea o darme alguna respuesta evasiva. Apenas tarda un segundo en responder, pero es curioso que ya haya aprendido que, cuando medita sobre la respuesta que debe dar, se frota la barbilla y la boca, casi como si ese simple gesto le ayudara a tomar una decisión.

—En realidad vivíamos todos juntos. Ellos me criaron cuando mis padres me abandonaron —confiesa apretando la mandíbula.

—Lo siento. No quería preguntar por algo que te resultara incómodo de hablar —digo de inmediato—. ¿Quieres que cambiemos de tema?

Me observa con una extraña mezcla de confusión y curiosidad. Sus ojos azules me hacen sentir casi como si estuviera siendo analizada bajo el microscopio.

—Eres extraña, Marena. Cualquier otra hubiera intentado sonsacar más información, pero tú no solo respetas mi silencio, sino que además comprendes que no me sea agradable hablar de ello y me das la opción de cambiar de tema o seguir.

—No considero que sea nada extraño, la verdad. Más bien es... coherencia. Tal y como a mí me gusta conservar mi privacidad, entiendo y acepto que los demás también tengan temas de los que prefieran no hablar, o hablar solo cuando quieran y a quien quieran.

—Pues debe saber, doña tiquismiquis, que me gusta tu modo de pensar en este tema. Y ahora creo que va siendo hora de parar y saciar otros instintos.

Sus palabras me provocan escalofríos. El tono grave de su voz invitándome a saciar instintos no es que me sugieran un puré de patatas precisamente... Mas por el contrario, la imagen de sábanas revueltas y cuerpos desnudos entrelazados asaltan mi mente casi como cruel burla del destino. *Anda que tener que estar en esta situación con, precisamente, alguien como él... Vaya ironía.*

—Pues vayamos pues a saciar estos estómagos...

—¿Y quién ha hablado de estómagos?

—Esto...Yo... —titubeo por primera vez desde hace mucho tiempo.

Con suma agilidad se pone en pie, tendiendo una mano en mi dirección. Yo le observo desde el suelo, aún confundida por la situación. Sus ojos tan azules como el hielo permanecen clavados en los míos, incapaces de apartar la mirada de la suya. Aunque las alarmas saltan sin que pueda evitarlo, una tenue vocecilla me dice que acepte esa mano, que me arrepentiría si no.

Sin pararme mucho más a pensar y diciéndome a mí misma que estoy como una maldita cabra por seguirle el juego, acepto su mano. Cálida, grande y firme. De un tirón estoy en pie, frente a él. Mi cabeza apenas le llega a los hombros, por lo que decido clavar la vista en los botones de su camiseta en un vano intento de aparentar seguridad.

—Me tienes miedo —afirma.

—No —afirmo sin mirarle.

—Mentirosa —afirma alzándome la barbilla—. ¿Por qué me temes, eh? No te he dado motivos para ello.

—No te tengo ningún tipo de miedo —reafirmo con más seguridad.

—¿Entonces?

—No me gustan las personas como tú.

Como si le hubiera abofeteado, reacciona poniendo distancia entre ambos, pero un brillo acerado aparece en sus ojos. Olvidándome de la conversación en la que estamos inmersos, quedo hipnotizada por su mirada.

—¿Y puedes explicar cómo es ese selecto grupo que no gozamos de tu beneplácito? —pregunta con un tono sorprendentemente calmo, pero que evidencia un gran ejercicio de contención por su parte.

Comprendiendo de pronto que he dejado que mis fantasmas gobernarán mi razón, no puedo evitar cerrar los ojos y exhalar, casi derrotada, regañándome internamente por perder de esta forma el control.

—Lo siento. Lo que quería decir realmente era que... Bueno... —titubeo.

—¿Que no te gustan los hombres altos?¿Los padres solteros?¿Los que son de fuera?¿Los que no se dejan gobernar por la bragueta? ¿Quiénes no te gustan, Marena? —pregunta con dureza.

—No me gustan quienes convierten a la botella en su amante. No me gustan los cobardes —afirmo con igual tono.

—¿Cobardes? —pregunta con irritación.

—Sí. Cobardes. Personas que, si les va bien beben para celebrar, pero si les va mal, beben porque les va mal y desean olvidar. Eso para mí es cobardía.

—Entonces, según tú, soy un cobarde —afirma con un tono sorprendentemente calmo, frío.

—Nunca prejuizo a nadie, pero te recuerdo que si estás aquí encerrado

conmigo no es precisamente por robar naranjas, ¿no te parece?

—Cierto. Aunque también te recuerdo que tú estás aquí por agresión. Lo cual por cierto no me has explicado —inquieta acercándose unos centímetros.

—Ni lo haré si de mí depende —admito sin titubeo alguno.

—Lástima para ti que la terapia no dependa de tu santa voluntad —chasquea para mi irritación.

Cierro los puños a los costados, bullendo de rabia al escucharle. De hecho no es tanto por lo que ha dicho, sino más bien por expresar a viva voz uno de mis temores. No es mi intención desnudar mi alma ante él, ni ante nadie. Me costó mucho sacrificio conseguir el control sobre mi vida, y no voy a permitir que nadie me lo arrebatara. Nadie.

—Será mejor que vaya a hacer algo para comer —digo para poner fin a la tensión.

Intento alejarme pero me retiene agarrándome de la mano, tirando hasta dejarme aprisionada contra su cuerpo. Abro los ojos desmesuradamente por la sorpresa, olvidando por un segundo la tensa situación vivida hace un instante.

—Acabo de darme cuenta de una cosa —afirma estudiándome con detenimiento.

—¿De qué? —pregunto desconcertada.

—Crees que eres una débil princesa con armadura de acero, pero no te das cuenta de que, en verdad, eres una guerrera con armadura de cristal.

—¿Qué... Qué quieres decir? —logro balbucear. Una mueca parecida a una sonrisa se dibuja en sus labios, provocando que una extraña tibieza me invada.

—Sospecho que lo entenderás a su debido momento, luciérnaga mía — responde con voz cálida.

—Ah. ¿Y ya está? —me sorprende preguntando algo molesta.

—De hecho... no.

Casi a cámara lenta veo cómo su cara desciende poco a poco, con la vista clavada en mi boca en todo momento. Solo cuando apenas el aire cabe entre nosotros se permite el lujo de mirarme a los ojos, casi buscando la más mínima muestra de rechazo o duda por mi parte.

Un agradable calor se apodera poco a poco de mi cuerpo al sentir cada caricia de sus labios sobre los míos, casi como si sus besos fueran suaves aleteos de mariposa. Con una mano aprieta mi cintura acercándose a él, rodeándome de inmediato de su calidez, de su firmeza, mientras la otra se apodera de mi nuca, acariciándome con calma.

Ninguno de los dos hace el intento de ir más allá, y ni falta que hace. Es jodidamente bueno lo que me hace sentir, tan bonito que no puedo evitar que una solitaria lágrima recorra mi mejilla.

Poco a poco vamos separando nuestras bocas, permitiéndonos si más no que nuestras manos acaricien al otro, casi como si no quisiéramos perder el contacto. La razón va imponiéndose, haciéndonos cada vez más conscientes de lo que acabamos de hacer.

—Yo... Esto... —titubeo en un vano intento de normalizar la situación.

—Mejor no hables que la fastidias, tiquismiquis. —Curiosamente su respuesta me relaja, no pudiendo evitar dibujar una sonrisa.

—¿Y qué se supone que acabas de hacer tú, eh, Shakespeare?

—Golpear tu armadura de cristal. Eso he hecho.

Al escucharle no puedo evitar tensarme, irritada en cierta forma por esa maldita costumbre que parece tener para hablar de manera tan enrevesada.

—¿Te importaría hablar claro o es que esa clase te la saltaste en el colegio? —pregunto irritada, separándome de su lado de forma clara.

—Yo hablo muy claro. No es mi culpa si tú no me entiendes.

—Ni yo ni el otro 99% de la población —protesto.

—Bueno, siempre me quedará el otro uno por ciento —contesta despreocupadamente.

¿Me mantendrán el trato en el juzgado si añado asesinato a mi expediente?, pienso exasperada por su maldita costumbre de enrevesarlo todo. Harta ya de este diálogo de besugos, no puedo más que alzar los brazos al aire y gruñir.

—¡No hay quien te aguante! —exclamo a viva voz.

—Pues no sabría qué decirte, ciertamente. Mis abuelas dicen que soy un encanto de hombre —contesta tan tranquilo para mi total desespero.

Resoplo ante su arrogancia. *¡Encima se creará buen partido, el amigo!*

—Es muy ruin engañar a los mayores, ¿lo sabías? Eso es que no te conocen —añado con mordacidad.

Cuando me doy cuenta está a mi espalda, puedo sentir su presencia cerniéndose sobre mí sin duda alguna. Su aliento acaricia mi oreja, provocando que un estremecimiento me recorra de arriba a abajo. Se recrea y, aunque quisiera alejarme y decirle cuatro frescas, tal pareciera que mi cuerpo se haya rebelado.

—¿Y tú me conoces, Marena?—susurra.

—No y ni ganas —logro decir con esfuerzo.

—Uhm... Es muy muy feo mentir, doña tiquismiquis —contesta con malicia —. Por cierto... Voy a unir las camas.

DIA DOS

Genial. Fantástico. No he ido a la cárcel por agresión pero casi seguro que iré por asesinato. Llevamos solo un maldito día de encierro y ya he estado a punto de trincharlo como a un pavo no sé cuántas veces. ¿La última? Anoche. Cumplió su palabra de unir las camas y, de manera comprensible, yo me adjudiqué el sofá, pero al ver que yo me disponía a preparar todo para dormir, no se le ocurrió nada mejor que tumbarse tan fresco para ver una película... ¡a las dos de la madrugada! ¡Como si ver Forrest Gump fuera cuestión de vida o muerte, oye!

Para rematar heme aquí, a las siete de la mañana y aguantando de nuevo su sesión de tortura matutina. *¿A que le pongo laxante en el café a ver si así aprende a no tocar las narices...?* Es que con este hombre me es imposible no acabar de mala leche, la verdad. Si no es por h es por b, pero la cuestión es tocarme la moral.

De un humor de mil demonios, hallo algo de calma en el hecho de que queda menos para la salida. Si supero el reto de este encierro sin que mis defensas se dañen de alguna forma, estoy convencida de que podré llevar lo poco que quede de terapia sin ningún problema. Solo espero que al leprechaun no se le ocurra ninguna otra locura... Si no ya me veo presentándome en la primera prisión que encuentre para que me encierren sin pensarlo dos veces.

—Muy importantes son esos pensamientos que te hacen ignorarme —oigo de pronto.

Tan concentrada estaba que ni tan siquiera me había percatado de que estuvo a mi lado todo este tiempo. Para no variar su costumbre está desnudo de cintura hacia arriba, con la toalla alrededor del cuello y manos enganchadas a cada extremo. *Madre mía qué brazos tiene el puñetero*, pienso sin poder evitarlo.

—¿Pero es que no sabes llamar o qué? —protesto sin mucha convicción. Al oírme alza una ceja.

—Saber sé, la cuestión es la falta de puerta donde poder hacerlo —argumenta con toda razón del mundo para mi desagrado.

—Te gusta incordiar, ¿verdad? —replico irritada.

—Y a ti enfadarte de buena mañana. ¿No has probado a tomarte un laxante? No sé, al igual se te va un poco de... amargura —contesta con malicia mientras se dirige al baño.

Laxante te voy a dar... A ver a quién se le va antes la... amargura, pienso mientras le veo cerrar la puerta con una sonrisa burlona en la cara.

Quince minutos después llega a la cocina fresco como si no se hubiera metido la paliza que se ha metido, y no puede disimular la sorpresa al ver que le he preparado el desayuno.

—Vaya, vaya... Veo que tu humor mejora si me pierdes de vista —comenta mientras se sienta en un taburete y da un buen sorbo a su café.

—Eso ni lo dudes. De hecho, cuento los minutos para que suceda definitivamente —contesto antes de coger mi taza.

De reojo voy observando cómo va zampando todo lo que le preparé, reprimiendo una sonrisa de satisfacción al verle dejar el plato y la taza limpios.

—Lástima que para eso te quede mucho, encanto. Además te recuerdo que tu coche está en mi poder, así que...Pórtate bien, doña tiquismiquis...

—No me lo recuerdes... —murmuro dando un último sorbo a mi bebida.

Tal y como hicimos ayer, ambos vamos a la sala de estar, cada uno con un dossier de preguntas en las manos. Al contrario que ayer, hoy decido sentarme en un extremo del sofá, con un cojín en mi regazo.

—Bien... Hoy quiero ser quien haga las preguntas. Yo pregunto, tú respondes —dice con seguridad.

—¡Ja! Respondemos los dos o no vuelvo a decir ni mu en lo que queda de en cierno —amenazo.

—¿Me lo prometes? —contesta medio sonriendo.

—Ni en tus mejores sueños... —replico respondiendo con una sonrisa forzada.

—En fin, no perderé la esperanza. Siempre puedo hacerte callar con otros métodos... —dice alzando una ceja dándole todo a entender.

—Sí, claro... Amordazándome, sedándome, dejándome inconsciente... —contesto con ironía—. Bueno, ¿y quieres ponerte ya a lo que estamos o esperas que un rayo divino te ilumine? Porque a este paso nos pueden salir canas esperando.

—Muy bien, doña tiquismiquis, pondré todo mi empeño en dejarte plenamente satisfecha. ¿Conforme? —pregunta con una voz más propia de un amante que de un... bueno, de otro.

—Mucho tendrás que emplearte para que quede satisfecha —contesto sin ser consciente del doble sentido de mis palabras.

La boca se me queda como un estropajo al darme cuenta del sentido de toda la conversación. *Madre mía... Qué calores que me han entrado. ¡Con razón se ríe el puñetero!*

—Bien, empiezo, encanto. ¿Cuál fue el verdadero motivo por el que estás aquí? Y no digas agresión porque no me lo pienso creer.

—Eres duro de cabeza, ¿eh? Por mucho que te cueste aceptarlo, sí, fue por

agresión.

—¿Qué ocurrió? ¿Le conocías? ¿Te hizo algo? —insiste para mi incomodidad.

—Eso son tres preguntas —contesto irritada.

—Pues contéstalas, ¿no? ¿Qué más da que las haga de una en una o en bloque? —razona.

—Pregunta por pregunta, ¿te acuerdas? Cuando contestes tú a tus propias preguntas seguiré contestando.

—Muy bien, muy bien, que no se diga que no colaboro con esto —cede alzando ambas manos en son de paz—. Estoy aquí por conducir bajo los efectos del alcohol. Mala época, mala decisión, resultado bastante... indeseado — responde removiéndose en su sitio—. Te toca.

Decenas de imágenes pasan por mis mente en este momento. Recuerdos de la lluvia, de voces que me llegaban amortiguadas por la cortina de agua... Y ella. Creo, no, sé, que jamás podré olvidar la mirada de esa niña. Un ángel con las alas rotas.

—Iba por la calle, vi a alguien haciendo algo indebido y no lo pensé dos veces. Fin de la historia —resumo tragando el nudo que atenazaba mi garganta.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—¿Qué hacía que fuera tan grave como para que le zurraras? Supongo que por robar chicles no reaccionarías así.

—No... Ya te digo que no robaba chicles —contesto sin muchas ganas de seguir hablando—. El tipo estaba... Estaba agrediendo a su mujer ante los ojos de su propia hija —admito sin apenas respirar, casi como si al decirlo rápido el dolor y la rabia pesaran menos.

El silencio se adueña de todo. Escenas se entremezclan en mi cabeza, confundiéndome, atormentándome... Mientras, él permanece vigilante de todos mis movimientos, todos mis gestos. Una caricia me sobresalta, percatándome entonces de la humedad de mis mejillas. Con una mezcla de rabia y vergüenza las elimino con mi mano, recomponiendo mi armadura... Como siempre.

—¿Qué más pasó? Algo me dice que no te afectaría tanto si no hubiera nada más —presiona.

Me remuevo incómoda, sintiendo de repente que las cuatro paredes se me vienen encima. Las imágenes no dejan de sucederse en mi cabeza, los gritos, los agarres, los insultos, los desprecios... Y los ojos de aquella niña. Su mirada, dios...

—Ningún niño debería vivir algo así. No es justo... No es justo... —repito casi ida.

—Voy a ser abuelo —oigo de pronto.

De inmediato alzo la cabeza para mirarle directamente, obteniendo un casi inapreciable encogimiento de hombros como respuesta. Debo sacudir la cabeza para despejarme y asimilar lo que acaba de decir.

—Perdona, ¿has dicho que vas a ser abuelo? ¿Tú? Pero, si no tienes ni pinta de padre, ¿cómo vas a ser abuelo? —razono bastante desconcertada.

—Ah... Digamos que mi hijo no aprende de los errores de los mayores... —chasquea—. Si ni la naturaleza ni el sentido común ponen remedio, dentro de unos siete meses seré abuelo. ¿Qué opinas, eh? —pregunta con ironía.

—Que tú y tu hijo tenéis un serio problema con los condones —suelto sin pensarlo dos veces.

Una sincera carcajada brota de su pecho, y no puedo más que maravillarme del cambio que se produce en su semblante cuando lo hace. Si en estado normal es un pecado andante, cuando sonrío es... peligroso. Muy peligroso. Una idea se abre paso en mi mente casi como una revelación.

—¿Por eso te emborrachaste? —pregunto con todo el tacto posible.

Poco a poco la risa abierta y relajada se va transformando en una mueca de aceptación, de resignación. Sus ojos se cubren de una sombra de pesar, y ahí creo comprender el quid de la cuestión.

—No le has fallado. Pavlik parece un chico fantástico y estoy casi segura de que actuará acorde a las circunstancias. Tú no tienes culpa de nada. No estabas en la cama con ellos. Bueno... en la cama o donde fuera... —digo medio avergonzada pensando en las opciones que se tienen a esa edad.

—¿Cómo narices sabes lo que se necesita oír en cada...? Oh, joder... Creo... Yo... ¡Ahora vuelvo!

Sale corriendo hacia el lavabo como alma que lleva el diablo. *Ups... Hizo efecto antes de los esperado... Bueno, no hay mal que por bien no venga, ¿no? Irá muy ligero ahora, me digo a mí misma para acallar a mi remilgada consciencia.*

Para distraerme, y para evitar escuchar el repertorio de palabras malsonantes que suelta, todo sea dicho, decido poner algo de música. Rebuscando entre la colección que nos han dejado encuentro algo de música oriental, y no lo puedo evitar. Subiendo mi camiseta y enganchándola al sostén, dejo la cintura al aire, cierro los ojos y dejo que el ritmo me envuelva, me transporte como siempre hace.

Una sonrisa se dibuja en mi cara según avanza la danza, vibrando, más rápido, más intenso, y luego... suave, seductor, hipnotizante... Me voy moviendo a ciegas, guiándome por la memoria, disfrutando del privado placer que nadie sabe que tengo.

Cuando acaba estoy jadeante pero feliz, relajada, con una energía electrizante recorriendo mis venas. Al girar para ir a la cocina a por algo de agua quedo paralizada. Ni siquiera le había oído venir. Me siento arder de vergüenza mientras siento su mirada escanearme de arriba a abajo.

—Vaya, vaya... Estás resultado toda una caja de sorpresas, encanto.

—Solo... Solo era un baile —murmuro mientras me huyo tras la puerta de la nevera fingiendo buscar agua.

—Sí, un baile que pondría duro hasta a un muerto... —le oigo murmurar—. Y dime, ¿cuánto tiempo hace que bailas? —pregunta viniendo hacia el frigorífico también.

—Pues... Casi diez años —respondo mientras voy vigilando todos sus movimientos.

¿Con todo el sitio que hay y tiene que beber agua a veinte centímetros de mí?, protesto mientras quedo casi acorralada entre la barra y su cuerpo.

Sus ojos no se apartan de los míos, estudiándome, diseccionándome casi. Es tal la intensidad de su mirada que ya no sé dónde meterme, tragando nerviosa por lo que me hace sentir y ya no solo en el terreno físico. La inquietud que me provoca tiene más relación con su extraña capacidad de ver lo que con tanto esmero he intentado proteger del resto del mundo. Estoy convencida de que, si se lo permito, si me permito un segundo de relajación, Nico sería capaz de leerme como un libro abierto, haciendo que toda la seguridad y protección que tanto esfuerzo me ha costado conseguir durante todos estos años se vayan al garete de un plumazo.

—¿Sabes? Me extraña que elijas una danza tan expresiva cuando eres totalmente hermética. ¿Por qué? ¿Acaso es un extraño modo de reclamar que alguien te libere de ese encierro en el que te has metido? ¿No sabes encontrar la salida por ti misma, luciérnaga?

Sus palabras son tan certeras que una corriente de rabia me recorre de arriba a abajo. *¿Y tú qué narices sabes de mi vida? Nadie sabe. Nadie sabe...*

—Dejemos algo bien claro —siseo llena de ira—. El cómo sea, lo que haga o deje de hacer no es de tu incumbencia. Lo único que tiene que preocuparte es hacer el jodido cuestionario, que pase el tiempo que nos quede de encierro y luego perdernos de vista lo antes posible.

Un destello de rabia cruza su mirada, pero de inmediato noto cómo cambia. Sus ojos azules como el hielo quedan fijos en mí en el más absoluto silencio, estudiándome. Por un momento me siento como un pobre cervatillo deslumbrado por los faros de un coche, paralizada, cegada, llena de miedo pero incapaz de hacer lo que sé que debería hacer para salvarme. Él recorre la escasa distancia que nos separaba, quedando prácticamente pegados.

Sus dedos alzan mi barbilla para que le mire cara a cara sin poder esquivarle. Trago por la intensidad que transmite, y toda la seguridad que tenía hace unos instantes se volatiliza de un plumazo.

—Brilla para mí, luciérnaga, y, a cambio, déjame guiarte hasta la libertad.

Cuánto quisiera poder confiar... Cuánto... Pero no puedo... Si cedo el control, yo...

Una solitaria y traidora lágrima recorre mi mejilla, luego otra, y otra, y otra... Así hasta que me convierto en un mar de amargura, de miedos, de rabia, de inseguridades, de oportunidades perdidas, de sueños incumplidos...

—Shhh... Estoy aquí, estoy aquí, mi luciérnaga...

Me cobija entre sus brazos sin dudar, y el apoyar mi cabeza en su pecho hace que, de alguna forma incomprensible, el dique se rompa. Siento que libero lágrimas reprimidas durante tanto tiempo... Cuanto más lloro con más firmeza me abraza, más segura me siento y, en consecuencia, más difícil me resulta controlar mis emociones desbordadas.

Sin esperarlo me siento elevada en el aire, entre sus brazos. Nos lleva hasta el sofá y se sienta dejándome en su regazo, acurrucada como una niña pequeña. Sus brazos siguen rodeándome con la misma firmeza en todo momento y, por primera vez en mi vida, siento que puedo confiar. Por primera vez en mi vida siento que puedo quitarme la pesada mochila que cargo en silencio, porque hay alguien que me consolará y calmará si lo necesito. Y admito que eso me da pánico. Pánico porque confiar puede llevar a querer, y querer a depender, y depender a sufrir.

—Dime qué necesitas, pequeña, dímelo...

Al escuchar sus palabras una idea se abre paso entre la niebla que me invade. Algo en lo más profundo de mi subconsciente me dicta que es lo que necesito.

—Hazme perder el control. Necesito que me quites el control, por favor... Lo necesito —confieso alzando la cabeza y mirándole cara a cara.

En sus ojos veo el desconcierto ante mis palabras, ante mi ruego. Creo que no llega a comprender del todo lo que quiero, y no me extraña porque ni yo misma llego a hacerlo.

—¿Qué quieres? Dímelo —dice con severidad.

—Quiero... Quiero que vayamos a la cama. Quiero que me sometas, que me domines. Quiero que me hagas confiar en ti. Quiero que, por una maldita vez, sea otra persona la que esté al mando —confieso muerta de vergüenza.

—¿Eres consciente de lo que dices? ¿De lo que me estás pidiendo? —pregunta con semblante fiero.

—Sí, ¡maldita sea! Necesito que subamos al dormitorio y me hagas perder el jodido control —confieso en voz alta, haciendo frente al fin a lo que tanto pánico

me da.

—Quieres que hagamos el amor —dice como si no terminara de creerlo.

—No. Quiero tener sexo. Duro. Quiero que dejes de lado cualquier remilgo y me lleves a los límites que conozcas. Quiero poder soltar las riendas por un jodido instante de mi vida. ¿Lo entiendes ahora? —digo exasperada por su renuencia.

—Entiendo... ¿Y sabes qué? No lo haré —afirma con rotundidad para mi desazón.

—¿No? ¿Por... Por qué? —pregunto perdiendo la valentía a pasos agigantados ante su rechazo.

—No te confundas, encanto. No soy ningún crío al que se pueda manejar con la promesa de un buen polvo —dice con toda la crudeza—. Sin embargo, creo que no me he explicado del todo bien...

De imprevisto siento sus labios sobre los míos, firmes, carnosos, exigentes... Asaltando, saqueando, conquistando. Cada fibra de mi cuerpo se eriza por las emociones que me hace sentir. Madre mía, la única explicación es que debe ser la reencarnación de Casanova y Alejandro Magno a la vez.

Cuando un gemido de aceptación abandona mi boca su lengua aprovecha para la invasión final, dominándome sin apenas esfuerzo. Me aferro a él como si fuera mi salvavidas, convertida por completo en arcilla entre sus manos, debilitada hasta los límites de lo humano. *Y solo es un beso... ¿Qué pasaría si...?*

Antes de lo que quiero pone fin a esta maravilla, dejándome anhelante de más. Nuestras miradas se cruzan, turbadas por el deseo más crudo.

—Estaré entre tus piernas, Marena, eso puedes tenerlo tan claro como que el sol sale cada mañana, pero no será cuando tú quieras.

Como para reafirmar sus palabras, una mano grande y firme se introduce en mi pantalón y abarca mi sexo, presionando con el pulgar en el lugar exacto. Un jadeo escapa de mis labios sin poder evitarlo, tensándome más y más a medida que el juego de sus dedos aumenta y sus caricias se hacen más insistentes. Cuando su boca se hace con uno de mis pezones por sobre de la camiseta siento que me rompo en mil pedazos. Quedo como una muñeca de trapo entre sus manos, débil, manejable... pero relajada al fin.

Con cierto asombro observo cómo se lleva uno de los dedos a la boca y lo chupa, con la vista clavada en mis ojos casi sin pestañear. Me siento arder y creo que no solo por lo que acaba de pasar, sino porque empiezo a ser consciente de la situación que yo misma he creado... por perder el control.

—Mmm... Dulce con un toque de picante.

—Yo... Yo... —baluceo en un torpe intento de salir airosa de esta

situación.

Permanecemos en silencio, mirándonos, pero me siento tan abochornada que no puedo más que bajar la mirada, roja de la vergüenza. *¿Qué narices me pasó por la cabeza para provocar todo esto, para pedirle ese disparate?*, me pregunto, flagelándome por mi soberana estupidez.

Sus dedos alzan mi barbilla para que le mire de nuevo, y lo que veo me deja sin resuello. La seguridad que transmite me abrumba, y reconozco que siento envidia del dominio que demuestra sobre su cuerpo.

—Cuando voy con una mujer a la cama lo hago solo si *ambos* estamos en perfectas condiciones. Podía haberme aprovechado de tu momento de debilidad y haberte hecho lo que me daba la gana, total, tenía tu permiso, pero no es así como me manejo.

La asimilación de sus palabras me turban aún más. Respiro hondo empezando a ser consciente de, primero, mi estupidez, y, segundo, de todo lo que me ha demostrado de él como persona y como hombre.

—Gracias por... Bueno, por no...

Una risa ronca le hace sacudir... y a mí, que continúo sentada en su regazo tal y como cuando me trajo hace rato. Me revuelvo algo incómoda al empezar a tener consciencia del enorme y duro bulto que reposa junto a mi cadera.

—Oh, no, encanto. No te apresures en agradecerme nada. Tal y como te dije voy a estar bien metido entre tus piernas, pero no cuando tú digas. Eso solo sucederá cuando crea que es el momento. Ni un minuto antes.

—¿Y qué te hace pensar que aceptaré? ¿Quién dice que estaré dispuesta a ello? —pregunto en un ataque de orgullo. Una sonrisa de canalla asoma a sus labios, robándome el aliento al instante.

De súbito me da un beso rápido pero cargado de intenciones. Todas y cada una de mis terminaciones nerviosas se ponen de punta por el sabor de sus labios, por las promesas silenciosas que implican.

—Lo estarás, Marena. Puedes estar segura de ello.

DIA TRES

Me niego a levantarme. Sip. Pienso quedarme en este sofá hasta que venga el leprechaun a sacarnos. Es más, pienso amotinarme en el dormitorio y, hasta que no se lleven a don encanto a, mínimo, trescientos kilómetros de mí, no pienso salir de aquí.

Bastante complicado era ya tener que estar encerrada con él viendo la percha que se gasta aunque me sacara de quicio, pero después de nuestro... percance de ayer... Imposible. Cierto es que en ningún momento ha comentado nada, pero el simple hecho de recordar todo lo dicho y hecho... Me golpeo la cabeza con la almohada mil veces, auto flagelándome por mi insensatez. ¡Y encima debo estar agradecida porque no se aprovechara! Casi hubiera sido preferible acabar fornicando como conejos en celo. ¡Así al menos seríamos dos los arrepentidos!

Si más no conseguí darle esquinazo desde que pasó el... incidente, hasta ahora, y teniendo en cuenta que ya es casi mediodía y que estamos encerrados en apenas veinte metros...

Como si mi pensamiento le invocara, oigo sus pisadas acercándose hasta el sofá. Estoy despierta desde poco después del amanecer pero, con tal de ignorarle, llevo haciéndome la dormida desde entonces. Ya me duele hasta el pelo de estar tumbada, pero ¿qué son unos pocos calambres comparados con ahorrarme la tortura de su presencia?

—¿Abrirás ya los ojos o prefieres que me tumbe a tu lado y acabemos lo que empezamos ayer? Por mí no hay problema.

—¡Ja! Ni de broma —respondo sin pensar, traicionándome sin pensar.

—Vaya... Buenos días —dice con sorna—. Ya pensaba que habías decidido vegetar todo el día como una lechuga.

En un intento de no estar junto a él en ninguna superficie horizontal, me levanto casi de un salto. De hecho, creo que es de las pocas veces en mi vida en las que me he levantado con tanto ímpetu.

—Pues no lo descarto, no te creas. Al menos así estaría a salvo de tu... agradable compañía.

—Ya, pero acabaría devorándote igualmente.

¿Y qué narices se responde a eso?, me pregunto a mí misma admitiendo la derrota esta vez. Como única salida opto por escapar hasta la cocina, pero claro, con lo *grande* que es este lugar... eso me concede tres segundos de paz, que es lo que tarda en alcanzarme.

—No te tenía por una cobarde, encanto. Por loca, sin duda. Por agresiva, muy posible. Pero por cobarde... —chasquea.

—Así que loca, agresiva y cobarde... ¡Pues cuidadín no vaya a ser que me dé un ataque y acabe cenando pepperoni con huevos fritos! —respondo cortando o, más bien, trinchando a un pobre e indefenso croissant.

—Lo capto, aunque te recuerdo que yo bien que podría darme un atracón de marisco —susurra casi nariz contra nariz.

—Eres... Eres... —contesto echando humo hasta por las orejas.

—Alguien a quien debes contestar muchas preguntas. Ese soy —afirma para mi desconcierto—. ¿Acaso te crees que no me doy cuenta de tu juego? En cuanto ves que has contado lo que consideras demasiado te repliegas y desvías la atención hacia mí o hacia cualquier otro tema, pero se acabó. Quedan dos días y no pienso arriesgarme a alargar esta locura solo porque seas una amargada que no soporta a quienes osan a emborracharse.

Quedo sin aliento ante la dureza de sus palabras, por el ataque gratuito. El silencio se instala entre nosotros. Nuestras miradas quedan atrapadas en el otro, midiéndonos. La suya, firme, decidida; la mía dolida, pero igualmente firme.

—¿Quién te crees que eres para exigirme nada, eh? Es mi vida y contaré lo que me dé la santa gana. ¿Quieres que conteste a esas malditas preguntas para que te quedes tranquilo? Muy bien, lo haré, pero tú también lo harás —siseo con rabia.

Sus ojos se convierten en dos finas líneas, escrutándome. El corazón me va a mil por hora ante el doloroso reto que me temo que se avecina.

—Perfecto. Contestaremos en tandas de una hora. Empezaré yo la ronda de preguntas. Sin excusas ni medias tintas. Quiero respuestas. ¿Queda claro?

—Como el agua —contesto con la misma decisión.

—Muy bien. Tienes veinte minutos —informa tras consultar su reloj con decisión.

—Sí, señor —respondo con ironía ante su tono.

Para mi alivio me deja tranquila, yéndose hasta la salita de estar y poniéndose a rebuscar entre la música disponible. El desayuno que tan buena pinta tenía instantes atrás ahora me sabe a serrín. Me cuesta horrores tragar los diminutos bocados que me fuerzo en ingerir. Tal es así que finalmente debo darme por vencida, yendo al lavabo con la firme decisión de darme una ducha que aplaque algo mi malestar.

Quedo inmóvil bajo el potente chorro intentando recomponerme, mentalizándome para resistir el asedio que temo que llevará a cabo. *Debo ser fuerte, firme. Hace años que construí mi coraza, y por mi bien no debo dejar que nadie encuentre fisura alguna, me digo a mí misma.*

Ya calmada y con la armadura bien puesta opto por salir e ir en su búsqueda, para encarar de una buena vez el maldito cuestionario. *Maldigo mil veces la hora en que se me ocurrió elegir al leprechaun y aceptar esta locura.*

Le encuentro apoyado en la pared, con la vista perdida en el contenido del vaso que sostiene entre los dedos. Al ver el líquido espumoso la conocida y desagradable sensación de siempre comienza a recorrer mi espalda. Respiro hondo para controlar a la bestia. Años de práctica deben servir para algo, ¿no? Mis pasos deben alertarle porque, sin mediar palabra, descruza los tobillos e, irguiéndose en toda su altura, clava su mirada inquisidora en la mía.

—Sin alcohol —dice alzando ligeramente el vaso a modo de saludo —. ¿Lista para la terapia?

Escuchar esas palabras producen un terremoto en mi interior. Un nudo enorme se instala en mi garganta impidiéndome casi hasta el respirar. *Eres adulta, Marena. Eres una mujer valiente que puede con esto. Tú puedes con esto y con más,* me digo a mí misma para insuflarme ánimos.

—Lista —afirmo con todo el valor que soy capaz.

En mudo acuerdo tomamos asiento en el suelo, en la postura que parece que hemos adoptado por costumbre cada vez que nos hemos puesto con el cuestionario. Aprieto el cojín que atesoro en mi regazo casi como si fuera una especie de escudo mágico, capaz de repeler cualquier palabra que me pudiera dañar de alguna forma. *Esto es una maldita locura, y lo curioso es que se supone que es por mi bien. ¡Y una mierda!*

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y tres.

—Aparentas menos —comenta acompañado con un gesto de sus cejas.

—Gracias.

—¿A qué te dedicas?

—Soy fotógrafa.

—¿Dónde naciste?

—Aquí.

—Esto no es un jodido anuncio por palabras, ¿sabes? Puedes explayarte un poco.

—Lo tendré en cuenta —contesto con cierto regocijo por su incomodidad.

—¿Tu familia vive en la ciudad también?

—Algunos. Otros viven fuera.

—¿Tus padres son de los que viven en la ciudad o de los que viven fuera?

—Directamente no viven.

—¿Metafórica o literalmente? —pregunta suavizando un tono su voz.

—Literal. Muy... literal —contesto notando ya el familiar desbocamiento de

mis pulsaciones.

—Lo siento —dice tras unos segundos en silencio.

—Ley de vida —contesto encogiendo los hombros, ya acostumbrada a esa reacción de los demás.

—¿Qué edad tenías cuando murieron?

—Diecinueve y veinticuatro. Murieron con cinco años de diferencia —añado lacónica.

—¿Quién se fue primero?

—¿Esas preguntas figuran en el cuestionario? —pregunto comenzando a estar irritada por su insistencia en este tema.

—Lo sabrás cuando sea tu turno —responde eludiéndome—. ¿Quién se fue primero? —insiste.

—Mamá. Ella se fue primero —contesto tras un minuto de doloroso silencio.

—Debes extrañarla mucho. Eras casi una niña cuando murió, ¿cierto?

Sus palabras son como un golpe directo a mi estómago. Por suerte o por desgracia el pasar del tiempo me ha hecho blindarme para soportar situaciones como ésta.

—Lo raro hubiera sido que no lo hiciera, ¿no? —contesto con estudiada indiferencia.

—No sé, supongo que depende del tipo de madre que fuera —comenta—. ¿Cómo era?

—Era... Ella era...

Las palabras se atascan en mi garganta. La sensación de agobio se intensifica por momentos, al mismo ritmo que recuerdos me envuelven como un implacable torbellino. Las risas, las miradas cómplices, los abrazos... Pero también lágrimas, miradas atormentadas, desconsuelo, desesperación, rabia...

—Ella era... Fue... —respiro hondo intentando hallar las palabras, pero me resulta imposible—. Lo siento. No puedo...

Huyo hasta la puerta intentando salir en busca de un poco de aire. Forcejeo con el pomo cada vez más agitada, más necesitada de libertad.

—Vamos, vamos... Ábrete maldita sea... ¡Ábrete joder! ¡¿Por qué no te abres?! ¡¿Por qué...?! —grito ya agobiada por la conocida sensación de tener el abismo bajo mis pies.

Unos brazos fuertes me envuelven en el momento exacto en que notaba cómo mi armadura comenzaba a deshacerse. Al principio me resisto con todas mis fuerzas, negándome a que absolutamente nadie presencie mi caída, pero la familiar sensación de seguridad que me embarga cada vez que estoy entre sus brazos gana la partida.

—Shhh... Estoy aquí... Estoy aquí, mi luciérnaga.

Permanecemos de pie, abrazados, con la puerta como mudo testigo de mi momento de desesperación. Cada sollozo que se me escapa es un cruel recordatorio de que, por mucho que me prepare, por muy fuerte que sea mi coraza, es imposible huir del pasado. Sin embargo, entre sus brazos me siento a salvo, como la princesa que vive protegida en el inexpugnable castillo.

—¿Mejor? —susurra en mi oído.

—Sí —respondo separándome algo avergonzada—. Gracias por... Bueno, por abrazarme y...

—Que quede algo bien claro, encanto —dice separándome un poco para mirarme—. Jamás, des las gracias a ningún hombre por abrazarte. ¿Entendido?

—¿Y si las doy como persona? —intento bromear.

—Me ofenderías, así de simple —contesta con un brillo de humor en sus ojos.

—Qué dilema... ¿Entonces cuál sería la manera de agradecer un abrazo, según tú? —pregunto sorbiendo por la nariz de una manera no muy femenina.

Sin aviso de ningún tipo siento sus labios sobre los míos, con mimo, tentando, mordiendo, lamiendo... Un jadeo por mi parte le permite ahondar en las profundidades de mi boca, conquistando como el mayor pirata de los mares. Las rodillas me tiemblan de tal manera que debo aferrarme a él si no quiero acabar derretida en el suelo.

Del mismo modo que comenzó su asalto lo finaliza, quedando ambos sin apenas aliento, dejándome aturdida por su reacción. Alza mi barbilla para que le mire directamente a los ojos, y lo que veo acaba de dejarme sin el poco resuello que me quedaba.

—Ésta es la forma correcta de agradecerme las cosas. A mí. A nadie más.

Enmudezco por su respuesta, por su actitud, de hecho. No termino de comprender lo que sea que está sucediendo entre nosotros. Supongo que debe ser consecuencia de estar encerrados en tan poco espacio y sin ningún tipo de distracción más allá de unas pocas películas y algo de música. Al menos eso me repito mientras me lleva de la mano hasta donde estábamos antes de mi estampida.

—Vamos a continuar, ¿de acuerdo? —dice afirmando más que preguntando.

—Si no hay más remedio... —murmuro a desgana.

—No, no lo hay y lo sabes. Así que... ¿Cuál es tu mejor recuerdo de la infancia?

Por más que pienso no soy capaz de dar con un recuerdo exacto. Sí, buenos momentos me vienen a la mente, pero...

—¿Te extrañarías mucho si te dijera que no tengo uno concreto? No es que no tenga, es que no soy capaz de elegir. No sé, diría que el mejor recuerdo es el

tiempo que pasé con ellos. El saber que era querida y que hubieran hecho lo impensable por mí. Te parecerá una tontería a lo mejor.

—Al contrario. Creo que eres una afortunada por tener esa certeza. Mucha gente no sabe lo que es.

—Cierto —corroboro recordando lo que me contó sobre su infancia—. ¿No ha pasado ya la hora? —pregunto intentando acabar con esta tortura.

—No vas a librarte... Quedan unos minutos aún —contesta con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Eres consciente de que luego te tocará, verdad? —digo intentando amedrentarle de alguna forma.

—Seré todo tuyo, encanto. Estoy deseando ver de lo que eres capaz —contesta retándome.

—Tratándose de ti, de nada bueno para tu salud, ya te lo aviso —respondo con falsa tranquilidad.

—¿Cómo era tu padre? —dispara a bocajarro.

No una jarra, no. Siento cómo un bidón de quinientos litros de agua congelada caen sobre mi cabeza de buenas a primeras. Sobra decir que mi cara debe ser un poema de sentimientos, porque la suya propia refleja todas y cada una de las emociones que va sintiendo. Determinación, curiosidad, desconcierto y... la temida lástima.

—¿No me has jodido ya bastante por hoy? —siseo—. Eso ha sido un golpe bajo y lo sabes de sobra, Nico. No entiendo esa insistencia en hurgar en mi vida. Joder, defendí a una mujer que estaba siendo agredida. ¿Acaso cualquiera que sea medio normal no hubiera hecho lo mismo?

—Sí, pero no todos le hubieran dado la paliza que le diste tú. Creo que acabó con varias costillas rotas, perdió varios dientes... Ni en un combate de MMA he visto tantas lesiones.

—Nadie le mandó a pegarle a una mujer —razono a la defensiva—. Además, si no hubiera ido tan pasado seguro que no le hubiera hecho ni la mitad.

—¿Iba drogado? —pregunta intrigado.

—Borracho. La peste que desprendía se podía oler a kilómetros de distancia.

—Eres muy radical en ese aspecto, ¿verdad? No soportas el alcohol —observa.

—Lo que no soporto es que la sociedad sea tan hipócrita. Eso es lo que no aguanto —contesto irritada.

—¿Por qué dices eso? —pregunta con curiosidad.

—¿Que por qué? Medita lo siguiente. La mayoría de la gente se alegró de que prohibieran fumar en muchos sitios, ¿verdad? Bien. No hay problema en

eso. Ahora bien, ¿cómo es posible que prohibamos eso y no que se beba cuando el alcohol produce el mismo o más daño? Porque a día de hoy no he visto ningún juicio donde se tenga como eximente el fumar. Por drogarse y beber sí. ¿Eso no te da qué pensar? Tampoco conozco ningún caso donde una persona agrede a otra por ir pasada de cigarros. Sin embargo se criminaliza uno y no al otro. Al contrario. Muchos padres se enfadan porque alguien fume cerca de sus hijos mientras que, por el contrario, permiten que éstos les vean empujando el codo como cosacos. A eso lo llamo yo hipocresía pura y dura.

—Dejando de lado el que tengas o no razón... ¿No crees que eres un poco injusta? ¿Dura?

—¿Dura? ¡¿Dura?! ¡Y una mierda dura! —exploto—. Duro es que en una casa se tenga que elegir entre comprar bebida o comida. Duro es que un crío aprenda a distinguir el estado de embriaguez de alguien por la forma de abrir la puerta. Duro es que una familia deba vivir permanentemente en vilo a la espera de cómo habrán sentado ese día las copas que uno de los miembros haya bebido. Duro es que un crío vaya aterrado en el coche pensando que no llegará a casa por cómo conduce su padre. Duro es que un crío deba defender a su madre. Duro es que alguien aprenda a reprimir su modo de ser para evitar que hayan más problemas en casa. ¡Con los que hay por la jodida botella hay de sobra! Y no, no creo que sea ni injusta ni dura. Como decía el refrán, quien quiera mal por su gusto, al infierno a quejarse.

Me siento como si hubiera corrido un maratón, exhausta. Él se limita a escudriñarme, haciéndome sentir como una mosca bajo el microscopio.

—¿Quién era? ¿Tu padre? ¿Tu madre? —pregunta.

—Se acabó la hora. Mi turno —doy como respuesta mientras me levanto en silencio, temblando.

—Quedan cinco minutos aún. Tiempo de sobra para que contestes, Marena —insiste persiguiéndome hasta la cocina.

—Mira, he aceptado que me sometieras a este interrogatorio, pero lo que no voy a consentir es que insistas cuando digo que se acabó.

Intento salir pasando por su lado, pero un rápido agarre me retiene, provocando que le mire a los ojos.

—Tu madre o tu padre. Es fácil —persiste.

—Dime una cosa, Nico. ¿Qué te importa? Es decir... Maldita sea. Creo que ambos coincidíamos en que esta terapia era una locura, que lo mejor era dejar pasar estos cinco días lo mejor posible y así librarnos de algo peor, pero parece que te lo has tomado demasiado en serio. ¿Por qué? —exijo saber sin apartar mi mirada de la suya.

Por un instante me parece ver un brillo extraño en sus ojos, pero tal como

apareció, se fue. Sus dedos van acariciando distraídamente mis brazos, ambos atrapados entre sus manos firmes y grandes.

—Podría darte muchos motivos, Marena. Curiosidad, aburrimiento, ganas de molestar...

—Cierto, pero...¿La verdadera razón cuál es, Nico?

—La verdad es que todas las dichas —dice con una ligera sonrisa pícara en los labios—. Pero también ganas de conocerte, de saber qué motiva a una mujer como tú a enfrentarse a un tipo que seguramente le doblaba en tamaño y aún así dejarlo hecho un guiñapo.

—Eso ya lo sabías. Defender a esa mujer y a su hija. Ése era mi motivo.

—Eso encendió el fuego, pero... ¿Qué alimentó la llama?¿Qué recuerdos se agitaron en esa cabecita tuya para que te volvieras Terminator?

—Ves fantasmas donde no los hay, Nico —digo intentando evadir su planteamiento.

—Tengo muy buena vista, encanto, créeme, y en ti he visto algo.

—¿Sí?¿El qué, si puede saberse? —pregunto tragando nerviosa por la intensidad de su mirada.

Desciende hasta poner su boca cerca de mi oído, frotando su nariz en mi melena y provocando que un escalofrío me recorra de la cabeza a los pies.

—Ya lo sabes, luciérnaga. Vi a mi guerrera con armadura de cristal —susurra antes de morder y besarme con delicadeza en la oreja

CONFESIONES

Madre mía. ¿Cuándo ha cambiado la situación? ¿Qué ha pasado? Antes de estar entre estas cuatro paredes no nos soportábamos, pero fue llegar aquí y... De hecho seguimos sin soportarnos, pero creo que a estas alturas es innegable que físicamente nos atraemos.

—¿Por qué insistes? ¿No te basta con saber mi color preferido y cuatro tonterías más?

—Insisto porque creo que merece la pena. Que tú mereces la pena —aclara—. Ni soy perfecto, ni un santo ni mucho menos alguien capacitado para darle nombre a tus problemas. Sin embargo, sí sé que quiero conocerte, y no solo en el sentido bíblico de la palabra. Me intriga saber qué te llevó a comportarte así, a infligir semejante daño a alguien que ni siquiera conocías.

—Pero ya te he dicho que lo único que hice fue def... —No me deja ni acabar.

—Vuelve a decir que solo la defendiste y te juro que convertiré en un auténtico infierno el tiempo que nos queda de estancia aquí —amenaza con la mandíbula apretada.

—¿Pero qué quieres de mí, Nico? No lo comprendo, de verdad —pregunto ya cansada de la lucha constante.

—¿Sabes qué quiero? —dice mientras me acorrala contra la pared, dejando mi cabeza entre sus manos firmemente apoyadas— Quiero que por una vez te quites la armadura que cargas. Quiero que te quites la mochila que transportas y seas capaz de hacer limpieza de lo que ya no merece la pena cargar. Quiero que confíes en alguien por una jodida vez y, lo más importante de todo, quiero ser yo la persona elegida para tal honor. Eso es lo que quiero.

—¿Pe... pero por qué? —pregunto sin apenas poder articular palabra.

—Francamente, no tengo ni puta idea. Sé lo que quiero de ti pero no el porqué. Sé que mereces la pena, pero no me pidas una causa. Llámalo enajenación mental transitoria, aburrimiento o como diablos te dé la gana. Y lo siento si esperabas palabras bonitas pero esa es la pura realidad.

Su cruda sinceridad tienen un curioso efecto sobre mí. En un primer momento estoy tentada de decirle dónde puede meterse su curiosidad, pero luego... Siento que algo dentro de mí, una pequeña lucecita que ha permanecido durante mucho tiempo aletargada en un oscuro rincón, se despereza. ¿Qué pasaría si...?

—¿Qué pasaría si decidiera hacerte caso? ¿Qué harías con lo que te contara? ¿Se lo soltarías como un loro al leprechaun que nos encerró aquí? —interrogo conteniendo el aliento, expectante.

—¿El leprechaun? ¿El terapeuta? —pregunta con un deje de humor.

—Sí... y no te desvíes del tema. Responde.

—Jamás traicionaría tu confianza, Marena —contesta con total seriedad.

Permanecemos en silencio. Ninguno hace ningún gesto que pueda dar señales al otro, casi como si sintiéramos que todo puede cambiar en cuestión de segundos. Lo que en un principio era una tímida luz arrinconada, cada vez se hace más grande, más demandante de libertad. Por primera vez en mucho, mucho tiempo me planteo el soltar las riendas. Dejar que todo fluya y...

—Si lo hago... Si decido quitarme esa mochila como tú dices... —divago nerviosa—. Llevo tantos años teniendo las riendas que no sé cómo soltarlas, ¿sabes? Me... Me da miedo, pánico, perder el control de lo que me rodea, de la situación. Necesito... Necesito saber que todo está bien, en orden, ¿comprendes?

—Te entiendo, luciérnaga. Y no hay prisa, no vamos a ir a ningún sitio en los próximos días, ¿verdad? —intenta bromear haciendo que me relaje... un poco.

—Prométeme... Prométeme que si decido parar lo respetarás, que no insistirás. Eso y que... Que... Dios, parezco una lerda —protesto en voz alta sin querer.

—Lo que quieras, Marena. Dí cómo te sentirás más cómoda y haré lo que sea. Pídeme lo que quieras.

—Que me abracés —barboteo con toda la vergüenza del mundo—. Necesito que me abracés.

—Eso no tienes que pedírmelo. Pensaba hacerlo igualmente —susurra a escasos centímetros de mi boca.

¿Cómo puede un simple beso decir tantas cosas, hacer tantas promesas? Nuestros labios se unen en calma, casi como si los suyos quisieran transmitir paz y seguridad a los míos, mientras sus pulgares acarician mis mejillas con ternura, con una paciencia infinita.

—Sal de tu prisión, mi guerrera. Rompe esa armadura de cristal que te mantiene aislada.

—Tengo miedo. Pánico —confieso apoyando la frente en su pecho—. Ni siquiera sé si seré capaz.

—Podrás porque eres fuerte y estoy contigo.

No puedo evitar que una sonrisa se me escape al oírle hablar con tanta confianza. *Desde luego problemas de ego no tiene, no.* Renuente alzo la mirada, encontrándome con sus vívidos ojos azules como el hielo fijados en mí.

—Y ya que estamos... ¿Ese abrazo podría ser en la cama? Pero solo para

abrazarnos, no creas que insinúo... —aclaro al verle alzar una ceja.

—Tranquila, recuerda que seré yo quien decidirá el cómo y el cuándo —susurra haciendo que un estremecimiento me recorra de pies a cabeza.

En silencio me guía hasta el dormitorio, con sus dedos firmemente entrelazados con los míos. Su pulgar no deja de acariciar mi mano, transmitiéndome toda la calma y la seguridad que necesito. Por un segundo, solo por un segundo, me replanteo mi decisión, pero curiosamente mi instinto me dice que hago lo correcto, que él es la persona a la que puedo confiarle mi carga.

Con sorpresa le veo comenzar a desprenderse de la camiseta, y una sonrisa pícaro asoma a sus labios al ver mi gesto interrogante.

—Pensé que estarías mejor sintiéndome directamente, sin nada entre nosotros.

Abro la boca pero la cierro de nuevo, incapaz de contestarle lo que me viene a la mente ante su más que evidente insinuación.

—¿Y eso te lo dice la experiencia? —no puedo evitar preguntar con cierta ironía.

—Más bien el instinto —contesta tumbándose boca arriba y tendiendo una mano hacia mí—. ¿Vienes?

Quedo paralizada, con la vista fijada en esa mano tendida. El tan arraigado instinto de supervivencia y de controlar todo me dice que salga corriendo, que huya, pero esa luz otrora débil ansía liberarse con una fuerza casi animal.

Sin querer darle muchas más vueltas y casi como si fuera un momento trascendental de mi vida tomo esa mano y me tumbo a su lado, poniendo enseguida la cabeza sobre su pecho. De inmediato siento que éste es el sitio donde quería estar. Al que pertenezco. *Un momento, ¿ese pensamiento de dónde demonios salió?*, me pregunto alarmada.

—Algo me dice que te preocupa sentirte tan cómoda, ¿me equivoco? —afirma más que pregunta.

—Eres un incordio, ¿lo sabes? —respuesta.

—Uno de mis tantos encantos —chasquea—. No obstante no lo niegas.

—Está bien... Sí, lo admito, eres una almohada muy cómoda —admito a regañadientes—. Pero lo serías más si estuvieras calladito —añado al notar cómo comenzaba a hincharse como un pavo.

Una sonrisa ronca escapa de sus labios y no puedo evitar darle un pequeño golpe en el pecho. De repente veo mi mano atrapada entre la suya y llevada hasta sus labios, donde deposita un tierno y cálido beso en la parte interior de la muñeca. Un temblor me recorre de pies a cabeza. No se limita a darme un beso y ya está, no. Él prefiere jugar, mordisquear con malicia allí donde el pulso es más evidente y luego ir calmando con su lengua.

—Nico... ¿Qué... Qué haces? —pregunto con el poco sentido común que aún conservo.

—Si tienes que preguntarlo es que algo estoy haciendo rematadamente mal.

—Oh, no, créeme, la... la duda no tiene nada que ver con tu pericia — admito.

—Bien, es bueno saberlo —responde sin casi despegar sus labios de mi piel.

—¿Estás... Estás intentando seducirme? —pregunto casi sin aliento.

—¿Seducirte? Nada de eso. A ti te conquisto.

Sin saber muy bien cómo, de pronto me encuentro entre su cuerpo y el colchón. Se apoya en un brazo para no aplastarme, mientras con la mano libre recorre toda mi silueta, mi cuello, mi mejilla... Sus ojos son ahora mismo dos zafiros que me hipnotizan de tal manera que soy incapaz de apartar la mirada de ellos.

—Última oportunidad, mi guerrera. ¿Continúas queriendo soltar las riendas? ¿Sigues queriendo cederme el control? No habrá vuelta atrás.

Casi como si quisiera hacerme entender lo que quiere decir, no duda en acercar mi cadera a la suya, donde de inmediato siento la prueba más que evidente de cuán dispuesto y preparado está para cumplir con su objetivo.

En circunstancias normales me tomaría al menos un minuto en decidir, pero por causas que no termino de entender, algo dentro de mí me conduce hacia él casi con necesidad. Casi como si mi cuerpo supiera algo que yo ignoro.

Como única respuesta posible alzo una mano hasta su cabeza para acercar nuestras bocas, dando así la única muestra clara y sin equivocaciones de lo que quiero y siento ahora mismo. Quizás me equivoque, o me arrepienta, pero algo me dice que es lo correcto.

Con un gruñido de victoria acepta gustoso mi respuesta, dando paso de inmediato a una lucha de voluntades. La suya, por dominarme, la mía, por el instinto tan arraigado de negarme a ceder el control.

Cada caricia, cada gesto, se convierte en una batalla sin cuartel. Sin saber muy bien cómo, todo rastro de ropa desaparece de escena. Piel contra piel y su dominio es aplastante. Por mucho que mi mente intenta resistir y grita con desespero que debemos parar esto, mi cuerpo prefiere rendirse a sus caricias. Sus manos, sus labios, su piel... Todo él se ha convertido en un arma de seducción pura y dura.

Cuando le siento adentrarse en lo más profundo de mi cuerpo el aliento escapa de entre mis labios. Poderoso, firme, certero. Conquistador. Mi cuerpo y, finalmente, mi mente, le aceptan como señor victorioso y dueño de mi destino ahora mismo. Siento el momento exacto en que mi mente pierde todo deseo de seguir luchando por el control.

Como si él también hubiera notado que la resistencia desaparecía, sus caricias se vuelven más suaves, más tiernas, pero igual de exigentes, de firmes. Lo que en un principio debería resultarme incómodo, me es familiar, placentero, como si inconscientemente sintiera que éste era mi destino. Entre sus brazos, expuesta como nunca pero también sintiéndome más a salvo que en toda mi vida, y sintiéndole marcar cada centímetro de mi cuerpo con su aroma, con sus besos, con su piel...

Susurros al oído, besos tórridos cargados de promesas y nuestras manos enlazadas junto a mi cabeza, mientras nuestros cuerpos se acoplan como si fueran uno solo. Jadeos y sonidos incongruentes escapan de mis labios al sentir, al sentirle en lo más profundo de mi ser casi como si me marcara a fuego, pero es su piel, es su cuerpo el que me marca y no un trozo de acero ardiendo.

La escalada es tortuosa, demoledora, pero la caída... Oh... La caída al vacío es liberadora. Cada fibra de mi ser grita, se sacude, se libera... Nada es seguro, no hay nada firme, pero a la vez le siento a él, en mi interior, rugiendo como un animal salvaje y liberándose al igual que yo en su propia caída, y sé que todo está bien. No existe la certeza, nada a lo que aferrarme para no caer, pero todo está bien, no tengo miedo porque sé que él está conmigo, rodeándome, protegiéndome, cuidándome, acompañándome.

Pasamos horas entre las sábanas, a veces con ternura, a veces con fiereza, pero siempre siempre entregándonos al otro sin reservas, dando y recibiendo entre miradas cómplices, susurros al oído y besos prometedores.

Rueda llevándome consigo, rodeada y protegida por sus brazos, dejándome sobre su cuerpo. Mi oído descansa sobre su pecho, agitado aún por lo vivido. Una lágrima recorre mi mejilla. No por arrepentimiento, sino por empezar a ser realmente consciente de lo que había tras el muro que con tanto esmero construí a lo largo de los años.

La oscuridad de la noche baña la habitación. El olor a nosotros, a deseo colmado, empapan nuestros sentidos, y un extraño sentimiento de calma se apodera de mí. Sentirle rodeándome con su brazo protector y notando cómo su respiración va poco a poco volviendo a la normalidad, me hacen calmar.

Sintiéndole a mi lado, así, me siento lo suficientemente valiente como para poder detenerme a mirar con atención lo que con tanto ahínco intenté ignorar durante años. Me creí sanada, victoriosa, intacta. Qué ilusa.

Como si supiera el debate interno que estoy llevando a cabo, él se limita a guardar silencio, a esperar, mientras va acariciando mi pelo con calma. Ese sencillo gesto me ayuda a atreverme a ser valiente, a adentrarme entre los escombros de lo que yo creía en orden o, al menos, reconstruido.

—Era mi padre. Era él quien tenía problemas con la bebida —admito en voz

alta por primera vez en mi vida—. Bien mirado creo que sería más correcto decir que él se limitaba a beber. El problema con el alcohol lo teníamos quienes le rodeábamos —reflexiono con cierta ironía.

—¿Siempre bebió? —pregunta con tacto.

—Lo había dejado cuando yo nací, pero se lió con una puta de lujo y ya ves, parece ser que el beber hace más idiotas a los hombres.

—¿Era de esa clase de hombres? —sondea.

—Al contrario, pero se ve que la crisis de los cuarenta y cinco puede ser muy mala, y si además le sumas una mala época con tu mujer, un amigo con malas costumbres y una rubia veinte años más joven que te halaga... Por mucho que quisiera a mi madre y a nosotros, la testosterona y el subidón de ego pueden ser muy puñeteros a veces.

—¿Y tu madre lo consintió? La aventura, digo.

—No. No lo consintió. De hecho según lo supo le enfrentó y esa misma mañana tuvo la decencia de marcharse de casa. ¿Sabes? Nunca nadie supo que oí esa conversación. Eran como las seis de la mañana y sus voces en la cocina me despertaron. No entendía lo que pasaba aunque sabía que era algo malo. Cuando me levanté ¡sorpresa!, papá ya no vive en casa.

—Debió ser duro para ella.

—Y tanto. Una mujer de cuarenta años, con tres hijos y que solo ha conocido a un hombre... Es duro que te dejen por otra más joven —medito mientras voy jugueteando con el vello de su torso.

—Por cómo hablas de esa época algo me dice que lo pasaste especialmente mal —teoriza. Una triste sonrisa se dibuja en mis labios al recordar.

—Solo te diré que acabé en urgencias días después por el disgusto. Lo tomé no solo como una traición a mi madre, sino a todos. Yo siempre estaba con él. Le adoraba, ¿sabes? Y que fuera capaz de cambiarnos por algo tan vacío... Ni siquiera quería verle. Cuando venía a recogerme me negaba en redondo a estar con él, sabiendo que eso le dolería.

—Eras vengativa siendo ya tan pequeña, ¿eh? —intenta bromear para aligerar el ambiente.

—Rotundamente sí. Además cuando les vi...

—¿Qué quieres decir con eso de cuando les viste? ¿A quiénes te refieres? —pregunta tenso.

—A ellos. Un día vi cómo mi padre iba a recoger a aquella mujer a su casa. Y créeme, verla sentarse en el sitio que por derecho era de mi madre... Si soy sincera creo que nunca terminé de perdonarle todo lo que pasamos por su metedura de pata.

—¿Qué edad tenías entonces? ¿Trece? ¿Catorce?

—Nueve. Los cumplí un par de meses antes.

—Demasiada carga para una niña, ¿no crees?

—Quizás. No lo sé. Siempre fui más madura de lo que correspondía, así que... Supongo que vieron normal hablar ante mí sin filtros.

—¿Y tus hermanos cómo lo llevaron? ¿Son más pequeños o mayores que tú?

—Mayores. Soy la pequeña de los tres —aclaró—. Y llevarlo pues... De aquella manera, supongo. Mi hermano mayor fue quien primero le vio, de hecho creo recordar que fue quien se lo contó a mi madre. No debió ser fácil para él decírselo, más aún teniendo en cuenta que tenía unos diecinueve o veinte años apenas y que siempre sintió debilidad por ella. Además tuvo que dejar sus estudios para comenzar a trabajar y aportar dinero en casa. Mi madre tenía serios problemas de columna y no podía, ¿sabes? —aclaró—. Y mi hermana... A ella la pilló en una edad de por sí mala, los dieciséis. Además siempre fue la rebelde, por decirlo de alguna forma, ya sabes, eso de que los hijos del medio no se sienten especiales bla, bla, bla. Ella también dejó de estudiar, aunque en su caso creo que fue un alivio porque el instituto al que iba no le gustaba —bromeo—, e incluso estuvo una temporada como limpiadora externa de una casa. Luego comenzó en una tienda y allí estuvo por los siglos de los siglos.

—¿Acaso tu padre no os pasaba ningún tipo de pensión? —pregunta con sumo interés.

—Alguna vez. Ya sabes, mantener a una puta de lujo debe ser muy caro —ironizo—. Solo te diré que una vez mi madre quiso sacar dinero de la cuenta y el director del banco, que era amigo de la familia, se lo dejó de su propio bolsillo porque ¡oh sorpresa! todos los ahorros habían volado.

—Vaya... ¿Y siempre fuiste consciente de todos esos problemas? —indaga con extrañeza.

—Ajá. De hecho hubiera sido imposible no darse cuenta cuando pasas de vivir con desahogo a tener que elegir entre comprar pan o leche. Fueron unos meses... complicados a todos los niveles —resumo.

—Hablas de esa época aún con mucho pesar. ¿Por qué? Y no me malinterpretes —me pregunta mientras continúa acariciándome la cabeza.

—Uhm, supongo que porque en cierta forma la identifico como el fin de mi infancia. No sé, se supone que el crecer y madurar se hace de forma paulatina, ¿no? Y yo lo hice a lo bestia. Sin anestesia. Y en el fondo creo que es algo que nunca perdoné, el que me privaran de esa etapa. Perdí la inocencia y la ilusión. De hecho creo que era la única niña del barrio a la que le importaba un pimiento las navidades o cumpleaños.

—¿No te gustan los regalos? Caray... Eres el sueño de muchos hombres —bromea.

—No he dicho que no me gusten, listillo. He dicho que no me importan, que no es lo mismo. Si me regalaban algo lo agradecía y si no pues nada, un día más —aclaro mientras jugueteo con el vello de su torso—. De hecho siempre me ha gustado más regalar que recibir.

—Viene bien saberlo. Mi cumpleaños es el 22 de junio. Por si te interesa, digo —añade medio en broma.

—Muchos méritos deberías hacer... —replico siguiendo su tono, agradeciendo el que me lo esté haciendo más fácil.

—Tendré que esmerarme —contesta fingiendo pesar—. ¿Cómo acabó esa etapa? Algo me dice que las cosas volvieron a su cauce. ¿O me equivoco? —plantea.

—No, no te equivocas. Meses más tarde mi padre ya no estaba con esa mujer, la explosión inicial había pasado y ganaron los sentimientos. Todo bueno si no fuera por el pequeño detalle de que estábamos arruinados, se había perdonado pero no olvidado y, lo más importante de todo, él siguió bebiendo.

Quedamos en silencio, meditando. Él debe estar asimilando todo lo escuchado, mientras que yo voy recordando, reviviendo.

—¿Fue ahí cuando empezó su alcoholemia? —tantea rompiendo la quietud del momento.

—Siendo franca no sabría decirte. En esa época se suponía que solo bebía cerveza sin alcohol, pero duró poco. Casi enseguida se pasó a la clásica. Dios... No sabes lo que me produce ver la dichosa latita verde.

—¿Siempre era la misma? ¿No cambiaba nunca o iba alternando con otras bebidas?

—Siempre. Era su marca de cabecera. Y llegué a odiarla, de verdad. Aún a día de hoy casi me produce urticaria cuando paso ante ella en el supermercado o veo cualquier publicidad.

—Eso es lo que se dice aversión —ironiza.

—Es que... Es algo extraño de explicar, ¿sabes? Para mí simboliza todo lo sufrido, toda la amargura vivida. Cada vez que la veo no puedo evitar volcar hacia ella toda la rabia contenida durante años.

—Deduzco por tu respuesta que la cosa no hizo mas que empeorar, ¿no? —pregunta acariciando mi espalda con calma, describiendo arabescos que consiguen mantenerme relajada.

—Definitivamente. Al principio iba por épocas. Había etapas en las que bebía más y otras que menos. En una de esas épocas incluso recuerdo verle beber casi una caja de veinticuatro latas casi sin despeinarse.

—¿De verdad me estás diciendo que se llegaba a beber tal cantidad de cervezas? —pregunta anonadado.

—Créeme, las conté. Por suerte lo hizo en casa.

—Caray... Supongo que eso fue en su peor época, ¿no? La verdad es que me cuesta imaginar a alguien bebiendo tal cantidad de alcohol sin caer redondo.

—Si te digo la verdad no sabría decirte en qué época fue. De hecho creo que lo peor comenzó unos tres años después de la separación.

La tensión de mi cuerpo ante los recuerdos debe ser más que evidente, puesto que sus brazos me rodean con más fuerza, transmitiéndome esa sensación de seguridad que tanto necesitaba. Besa mi cabeza con mimo, logrando que mis sentimientos no me desborden, tal y como suele pasarme cada vez que algún recuerdo asalta mi mente.

—¿Estás bien? ¿Quieres seguir? —pregunta con toda la ternura del mundo—. Podemos dejarlo si estás incómoda o...

—No... Quiero seguir —afirmo tras respirar hondo—. Por primera vez estoy siendo capaz de verbalizar todo y... Creo... Creo que necesito sacar toda la basura fuera. Vacíame. ¿Entiendes lo que quiero decir o te suena a locura? —pregunto alzando ligeramente la cabeza para mirarle.

—Adelante, mi guerrera, continúa rompiendo esa armadura de cristal —da como respuesta.

—Pues pregunta, ya sabes que necesito tu ayuda para hacerlo. Ahora mismo eres para mí tan necesario como el martillo para Thor.

Una risa involuntaria le hace vibrar bajo mi cuerpo, contagiándome por un instante de su humor.

—Bien, que no se diga que no cumplo con mi función de rompe cristales —contesta—. ¿Cómo empeoró? —dispara.

—En todo lo imaginable —resumo—. Para que te hagas una ligera idea, durante esos tres o cuatro años hubo temporadas mejores y temporadas peores. Épocas en las que apenas bebía y otras en las que era un sinvivir. No sabes la cantidad de horas que pasé sentada en los bares viéndole beber y beber sin parar...

—Ey, ey... Para, para —interrumpe—. ¿Me estás diciendo que te llevaba con él a los bares? ¿A beber? —pregunta completamente desconcertado.

—Pues... sí. De hecho no es que lo hiciera a propósito, pero sí. Aunque mejor te situó. La mayoría de tardes las pasaba con él. Venía por casa a recogerme y me llevaba. Íbamos a mirar trabajos que tuviera que mirar, a

comprar material... en fin, cosas. Lo que pasa es que entre recado y recado iba de bar en bar con la excusa de cogermelo algo de beber, una chocolatina, ir al baño... Y a partir de cierta hora, pues recalaba en el bar de turno. Al principio iba y merendaba, pero luego me quedaba pasando las horas muertas viéndole beber y beber. Bueno, a él y al resto de clientela fija, claro. De hecho no sabes la de psicología que se aprende observando a la gente. Les veía pasar de totalmente sobrios a, algunos, no poder ni bajar del taburete. Podía pasarme al igual cuatro o cinco horas así.

—Dime que luego no conducía —casi ruega.

—No solo volvíamos en el coche sino que más de una vez pensé que no volvería a ver a mi madre. De hecho recuerdo una ocasión en la que incluso pretendía provocar un accidente porque, según él, el conductor del coche que venía detrás le iba provocando, y todo porque le iba haciendo luces para que se apartara al carril derecho.

—Joder... Creo que empiezo a comprender la aversión que sentiste hacia mí al conocer el motivo que me trajo a esta dichosa terapia.

—Siento si fui algo injusta contigo —me disculpo—. Normalmente suelo controlar lo que siento por el alcohol pero a veces...

—Lo entiendo, de verdad. Es natural que no te guste. Aunque supongo que has comprendido que una cosa es consumo ocasional y otra es tener un problema de verdad.

—Claro. Es decir, no me molesta que alguien beba una o dos copas de vez en cuando, o incluso que en un determinado momento alguien pueda beber de más, pero siempre y cuando sea algo muy puntual. Lo que no soporto es la gente que lo hace con frecuencia. Mucho menos si no saben controlarse, medir sus actos.

—Si te sirve de algo ni siquiera conducía cuando me detuvieron. Bueno, sí conducía pero no en carretera. Solo sacaba un coche del taller y, al pretender meter otro, vino otro coche que me obligó a dar la vuelta a la manzana, y fue ahí cuando un policía que me tiene bastante inquina aprovechó la ocasión para meterme en todo este lío.

—¿Y por qué se supone que te tiene inquina? —pregunto ya por curiosidad.

—Es el padre de la novia de Pav. Normalmente no me soportaba, pero desde que sabemos lo del embarazo... Milagro es que no ha intentado detenerme más veces.

—¿Sueles beber? —pregunto casi en un susurro., casi con temor a su respuesta.

—Apenas. De hecho hacía más de un año que no me excedía, si por excederse se entienden tres whiskys, claro está.

No sé bien por qué pero el oírle me hace respirar de alivio, casi como si

hubiera estado conteniendo el aliento a la espera de su respuesta.

—Mis padres tampoco fueron candidatos a padres del año precisamente, ¿sabes? Y si sumamos que tuve a Pav apenas siendo un crío... Emborracharme tampoco entró nunca dentro de mis actividades preferidas.

—Pues vaya dos que estamos hechos... —pienso en voz alta, provocándole una sonrisa.

—Un par muy sano, sí señor —contesta con humor—. Por favor, continúa. Estabas contando cuándo comenzó lo peor.

—Claro... El inicio... Bien. Como te decía, esos tres o cuatro años fueron más o menos. Entre épocas sobrias y épocas de borracheras. También épocas de bonanza y épocas de pasarlas mal. Y que conste que esto no estaba directamente relacionado con sus épocas de borracheras. En muchas ocasiones el que fuera época mala de dinero tenía como positivo el que no bebía. A veces mi madre y yo nos veíamos en un serio dilema moral. Era curioso, ¿sabes?

—Lo imagino. Debía ser muy duro para vosotras estar así. ¿Y tus hermanos? ¿Ellos qué pensaban?

—Mis hermanos... ellos ya eran mayores. Mi hermano ya estaba bien entrado en la veintena y mi hermana ya era mayor de edad.

»Si te digo la verdad de mi hermano recuerdo poco de esa época. Sobre todo tengo dos recuerdos grabados. Uno es de él consolándome dentro de su coche. Ellos habían tenido una seria discusión y, para rematar, mi padre me envió a comprarle cervezas con el poquito dinero que tenía encima. Recuerdo estar sentada en el asiento del copiloto llorando como una magdalena y mi hermano intentando consolarme con bastante torpeza, todo sea dicho —recuerdo con cierto cariño—. El otro recuerdo es de los tres, mi padre, mi hermano y yo, yendo a entregar dos perritas que teníamos. Bueno, teníamos tres pero decidieron regalar a dos de ellas que eran hermanas. Se suponía que eran mías pero ni me preguntaron. Al llevarlas me harté de llorar porque obviamente no quería darlas, pero mi padre insistía y, a su vez, mi hermano, al ver cómo estaba, se ofrecía a cuidarlas de verdad los fines de semana que nosotros no estábamos. Te aclaro que muchos fines de semana los pasábamos en la costa, en el apartamento donde mi padre vivió los últimos meses de separación, aunque luego tuvimos que dejarlo porque no se pagaba. El caso es que mi hermano pasaba de todo y, cuando volvíamos, la casa estaba hecha un caos por el lío que montaban las dos perras. Mi madre se hartó y decidió que las perras se iban.

—Y la perjudicada eras tú que te quedaste sin tus perras, ¿me equivoco? —deduce con cierta rabia.

—Premio para el caballero. Aunque entendía a mi madre, la verdad, por eso me hice la valiente y acepté que las dejaran en aquel sitio. Además era una casa

de campo con bastante sitio para correr y... En fin.

—¿Y tu hermana? ¿De ella tienes más recuerdos?

—Claro. Además de ser más cercanas en edad éramos chicas y eso se quiera o no te hace tener más lazos. De ella recuerdo que ayudaba bastante económicamente en casa, de vez en cuando salíamos juntas... Dios... Acabo de recordar una nochebuena que, cómo no, mi padre había bebido más de la cuenta y la lió parda porque a mi hermana no le habían dado ninguna cesta de navidad. A ver, que en el fondo entiendo que le sentara mal que en la empresa no tuvieran ningún detalle con las trabajadoras, con su hija, pero la que lió... ¿Sabes lo deprimente que resulta para una cría de diez u once años pasar la nochebuena sola en mitad del lavadero de casa, comiendo un trozo de turrón de chocolate, llorando a moco tendido y escuchando los gritos de sus padres y su hermana? La cena puesta en la mesa, los dulces típicos también... pero nadie con quien estar.

—Desde luego nada agradable. Si a mí me resulta duro oírlo, imagino lo que fue para ti vivirlo.

—Una muesca más. Así de simple y así de complejo era todo —defino—. Pero bueno. El caso es que luego coincidió que, en seis meses apenas, mi hermano se casó y mi hermana también marchó de casa, así que... Quedamos solas.

—Algo me dice que a partir de eso todo se torció aún más. ¿Me equivoco? —se aventura.

—Estás inspirado hoy, ¿eh, Sherlock? —contesto—. Todos esos cambios coincidieron con una época mala económicamente, así que tampoco es que ayudara mucho a la paz hogareña. De hecho ahí fue cuando se produjo mi clic mental, por decirlo de alguna forma.

—¿Qué ocurrió? —pregunta abrazándome.

—Era una época de muchas discusiones. Muchas. Y muchas borracheras también. Tantas que incluso llegué a desarrollar la extraña cualidad de saber en qué estado venía solo con oír la manera en que abría la puerta de casa.

»El caso es que, un día, fuimos de visita a casa de mi tío paterno y, mientras hablábamos con mi tía, mi madre se desahogó un poco con ella, contándole cómo estaban las cosas en ese momento. El problema fue que, días después, él llegó hecho un basilisco porque, según dedujimos, mi tío había hablado con él por ese tema. Recuerdo que estaba en mi cuarto cuando llegó. Sé que oí cómo le

reclamaba hecho una furia, como nunca le había oído. Entonces escuché cómo mi madre se ahogaba, le pedía que la soltara, y comprendí lo que pasaba. Ahí toda la rabia acumulada salió a flote. Sin pensarlo crucé el pasillo hacia la cocina, incluso creo que dí un golpe en la pared para llamar su atención. *¡Suéltala de una vez! ¡Ya estoy harta de todo esto!*, recuerdo que le grité. De inmediato su cara cambió, era como si volviera en sí y, casi como si la piel de mi madre quemara, la soltó. En el acto se preocupó por su estado, y comprendí que él, mi padre, había vuelto, así que de nuevo me replegué a mi dormitorio.

—¿Le estaba pegando?

—Asfixiaba. La... La tenía agarrada del cuello.

—¿No se planteó denunciarle? ¿O dejarle al menos? —cuestiona y con toda lógica.

—No. No al menos en ese momento. Además el asunto era mucho más complejo. No es tan fácil como la gente cree. Muchos se vienen arriba proclamando eso de “denuncia”, “abandónale”, incluso la propia televisión nos bombardea con esos eslóganes, y sí, eso está muy bien para los casos en los que el maltratador es un desgraciado que disfruta torturando y pegando a su víctima, pero... No es así de sencillo cuando la causa que está detrás es una adicción, y menos aún cuando sabes que quien la tiene es alguien con un corazón enorme que normalmente lo da todo por la familia.

—Creo que comprendo tu punto de vista, pero... No sé, no puedo terminar de entenderlo.

—Sé que para alguien que no lo ha vivido resulta muy complicado de entender. Desde fuera es muy fácil, si te trata mal le debes dejar. Punto. Pero en la realidad, en la vida real, hay muchísimos matices. Muchísimos. De hecho, si alguien a día de hoy me preguntara si nos consideraría víctimas de violencia de género, seguramente lo negaría. Ahora bien, si me preguntaran si nos consideraría víctimas del alcoholismo... Eso es un sí rotundo, porque a nosotros no nos maltrataba mi padre, nos maltrataba el alcohol. A él incluido.

—Sabia reflexión —comenta instantes después—. Supongo que esa situación que me contabas fue la que te hizo hacer el clic que decías.

—En gran medida, sí. A partir de entonces empecé a rehusar ir con él escudándome en los estudios, por ejemplo. También evitaba estar en la misma habitación que él salvo el tiempo estrictamente necesario. Si estaba en la sala de estar y le oía llegar, automáticamente recogía mis cosas y me iba a mi habitación. Al poco tiempo directamente no salía de ella salvo para lo justo y necesario.

—Sacarías buenas notas —intenta bromear.

—Perdona pero aquí donde me ves era la empollona oficial de la clase. De

hecho sufría lo que hoy se conoce como bullying y en nuestra época creo que no tenía ni nombre. Era la que mejores notas sacaba, la preferida de los profesores, la del comportamiento ejemplar, llevaba gafas, tenía acné, era la más alta de la clase, estaba más desarrollada de lo normal y por el estrés olía algo mal. Como ves no me faltaba ningún requisito.

—No te ofendas pero tu vida es digna de estudio científico. ¡Joder! ¿Te pasó algo más en esa etapa? No sé... Te abducieron los extraterrestres o algo?

—Pues aparte de sobrevivir al colegio, a lo que pasaba en casa y que casi la palmo... Diría que no —contesto con toda calma del mundo.

—¿Cómo que casi la palmas? Dios mío, lo que se perdió Freud contigo.

—No fue nada. Bueno sí, pero vaya, que luego no me ha traído ninguna consecuencia ni nada. Fue cuando tenía trece años. Me empezó a doler el estómago y solo estaba bien en posición fetal. Mi madre me llevó mil veces al centro médico pero no encontraban nada. Radiografías, análisis... Nada. Incluso llegaron a decirle que lo que tenía era que estaba consentida. ¡Ya ves! ¡Ojalá! El caso es que cada vez estaba más débil porque además me tenían a base de dieta hiperblanda, zumos y poco más. Entonces un médico ¡milagro! detectó que tenía apendicitis. El problema fue que, al ingresar, vieron que estaba tan débil que, si me metían esa misma noche en quirófano, seguramente no saldría viva. Me tuvieron toda la noche con complementos y al día siguiente al fin pudieron operarme. Ahí descubrieron que, además, se me había formado un absceso hepático que tuvieron que drenar durante la operación, y no veas lo que echaba durante los dos primeros días... En resumidas cuentas, peritonitis aguda y a día de hoy no saben cómo aguanté viva todo ese lapso de tiempo.

—¿Y por qué no la detectaban?

—Al parecer estaba escondida tras el útero. Ya ves, tenía un apéndice juguetón —bromeo—. A ver, que yo no tengo ni idea de medicina. Esto lo sé por lo que escuché en el hospital y cuando leí el informe.

Una risa inesperada me sorprende. De inmediato alzo la cabeza para mirarle, extrañada por su reacción. Debe haber algo en mi gesto que le hace ver que no entiendo nada que, de inmediato, se intenta controlar.

—Lo... Lo siento... Es que... Me ha venido a la mente que ni el de la guadaña se atreve contigo —me cuenta entre risas entrecortadas.

—Es que sabía que en un futuro debía torturar a cierta persona... —continúo la chanza.

Una nalgada en el trasero me hace protestar y responder con un pellizco en el brazo, tras lo cual acabamos en una lucha de cosquillas que gana él sin apenas esfuerzo.

—¡Vale vale! Odio las cosquillas, que lo sepas. Es de las pocas cosas que

logra enfadarme casi al momento —advierito.

—¿De verdad? —pregunta recuperando la compostura, volviendo a tumbarnos pero esta vez en cucharita, con su brazo rodeándome y arrastrándome hasta fundirme con su cuerpo.

—Sí, no me preguntes el motivo pero creo que es lo único que tiene esa reacción en mí —confieso.

—¿No te has planteado que reaccionas así porque te hace perder el control y no te gusta nada? No te ofendas pero a pocas personas he conocido con el mismo autocontrol que tú.

Quedamos sumidos en el más absoluto silencio, yo meditando sobre sus palabras y él, supongo, a la espera de que saque mis propias conclusiones.

—Creo que tienes razón. Desde pequeña aprendí a controlarme para no provocar ninguna reacción y supongo que el que las cosquillas me hagan perder el control no me gusta.

—¿Cómo te sientes cuando te las hacen? —indaga.

—Vulnerable. Expuesta —respondo sin pensar.

—Ecco la risposta. Aquí está la respuesta —traduce de inmediato—. Parece que tu necesidad de control no es algo superficial, y eso hace que me plantee si has hecho alguna locura en alguna ocasión.

—La verdad es que no. Cada vez que he ido a alguna fiesta o reunión por pequeña que fuera siempre he estado en alerta de forma inconsciente. No sé, supongo que las experiencias vividas me han hecho estar en alerta por si en algún momento debía huir o vete a saber. No sería la primera vez, de hecho...

—¿Has tenido que huir muchas veces? —pregunta con ternura, acariciando mi vientre con parsimonia.

—Dos. De hecho una vez huí y la otra... volé —contesto sumida ya en los recuerdos.

—¿Qué te hizo huir? Puedo imaginar muchas cosas y ninguna de ellas es que sea muy agradable, francamente.

—Qué no. Quién —aclaro—. Cuando tenía diecisiete años un hombre intentó agredirme sexualmente. Por suerte pude escapar de sus manos.

—Joder... ¿Quieres contármelo? —pregunta tras intensificar su abrazo y besar mi cabeza con mimo.

—Ya puesta... Veintiuno de junio de dos mil uno a media mañana. Ese día debía ir al instituto a confirmar la matrícula del último curso de bachillerato.

»Uno de los caminos era por la calle de atrás de mi casa. Solo debía pasar esa calle, cruzar el parque del barrio, cruzar otra calle y enseguida llegaba. No más de quince minutos de trayecto a paso tranquilo. A mitad de calle había un hombre de unos treinta años apoyado en un muro. Tampoco puse mayor asunto

puesto que parecía que esperaba a alguien, así que seguí mi camino. El problema es que unos pocos metros después de pasarle, oía que me llamaban con insistencia. Yo le ignoraba, porque no era la primera vez que algún tonto insistía solo para decirme algo o hacer algún gesto grosero, pero sentía que era diferente. Quizás mi sexto sentido estaba más desarrollado a causa de mi padre pero... el caso es que algo me hacía acelerar el paso con disimulo. Cuando llegué a la secretaría del instituto me creía a salvo... hasta que miré hacia fuera y le vi. El muy cabrón estaba apoyado en una barandilla de la acera de enfrente esperándome y sonriendo con una cara de... pervertido que daba pánico.

Por un instante estuve tentada de pedir ayuda en el instituto, pero ahí mi cerebro enseguida enlazó ideas: si daba voz de alarma mis padres se enterarían y eso supondría más problemas, además era época mala de dinero y mi madre ya estaba bastante nerviosa, y no quería darle más dolores de cabeza porque ya la conocía de sobra. ¿Conclusión? Que tracé plan B.

—¿Me estás diciendo que preferiste enfrentarte a un acosador antes que pedir ayuda con tal de no molestar en casa?

—Dicho así puede sonar absurdo, pero... sí. De hecho así fue. Entiende que tenía muy interiorizado el sentimiento de protección hacia mi madre. Desde pequeña deduje que, si no daba motivos de discusión, menos probabilidades había de que mi padre montara alguna de las suyas. Y si con ello conseguía darle algo de calma a mi madre...

—La verdad es que no sé si aplaudirte o darte un par de gritos como padre que soy, francamente. Pero continúa, por favor.

—Pues prefiero que ni lo uno ni lo otro, la verdad, además pagué de sobras mi decisión.

»El caso es que, en la calle de al lado del instituto, vivía mi mejor amiga, así que, al ver que cuando salí del centro este pirado continuaba asediándome, decidí ir a su casa. El problema fue que, al tocar el timbre del portero automático, recordé que justo esa semana estaban fuera de vacaciones.

Maldiciendo mi suerte no me quedó otra que continuar mi camino, con la presencia cada vez más insistente del otro. Recuerdo que la primera vez que se me acercó me tocó el trasero, lo que le costó una mirada de rabia y una reprimenda por mi parte. Craso error. Al final de la calle había un tramo estrecho que quedaba bastante oculto de miradas, y justo ahí fue donde se me abalanzó encima. Esa parte la verdad es que la tengo confusa, solo sé que conseguí salir ilesa, salvo alguna magulladura y la pinza del pelo rota.

—¿Qué hiciste luego? Supongo que enseguida irías a casa y contarías lo que pasó. ¿O no? —insiste al ver mi cara.

—¿La verdad? Entré a una tienda que había cerca a buscar un litro de aceite

y dos kilos de patatas que mi madre me había encargado comprar con los tres euros que le quedaban —confieso para su estupor.

—A ver si lo entiendo. Un desgraciado te persigue, te acorrala y te ataca, y cuando consigues librarte, en vez de salir huyendo en busca de ayuda o refugio, te vas a comprar patatas y aceite. ¿Lo he entendido bien? O eres una de las personas más fuertes que conozco o bien la más pirada. Me cuesta decidirme, francamente.

—Bueno, si te alivia piensa que también me sirvió de refugio —digo en mi favor—. Ya sé que puede sonar extraño pero en ese momento solo pensaba en que tenía que comprar lo que me había pedido. No sé, supongo que la mente humana es muy incomprensible a veces.

—Ni que lo jures... ¿Y cómo reaccionaron en casa cuando lo contaste? ¿Porque lo contaste verdad?

—No lo conté hasta tres años después y porque estaba harta de otro tema —admito—. Cuando llegué a casa aquel día de verdad que pensé en contarlo, pero cuando mi madre me abrió la puerta y vi su mirada... Opté por lo de siempre: callar, tragar y apechugar.

—Callar, tragar y apechugar... —repite lanzando maldiciones por lo bajo— ¿Y cómo pudiste con ello? Era una carga muy pesada para una chica tan joven.

—Sí, lo era, y pronto me empezó a pasar factura. Los primeros días solo era malestar, renuencia a salir a tirar la basura, o a dar un paseo... Al principio creí que era normal, pero poco a poco se fue agravando hasta tal punto que la idea de salir de casa me dejaba casi sin aire. Además empecé a no tener hambre, a estar más débil y delgada. En poco tiempo ni siquiera podía casi tolerar el agua en mi cuerpo. Eso se tradujo en veinte kilos menos en apenas tres meses, y teniendo en cuenta que pesaba de inicio unos sesenta kilos como mucho... Calcula tú mismo.

—¿En casa no se alertaron? El cambio debió de ser muy brusco por lo que me cuentas.

—¡Por supuesto! Quedé hecha una porquería. Mi madre ya no sabía qué hacer conmigo, mi padre... bueno, él se iba muy temprano y hasta la noche no llegaba, y muchas de ellas cómo llegaba... Así que él sabía lo que le contaba mi madre y lo que veía en el poco rato que estaba en casa. Mi hermana pues... si te digo la verdad no recuerdo cómo reaccionaba, pero conociéndola seguramente era malmetiéndole a mi madre respecto a mí, y mi hermano... él cuando venía directamente se tenía que ir a la sala de estar a llorar por cómo me veía.

»Para rematar la situación el azúcar se me descompensó muchísimo y sufría una hipoglucemia constante. Para mí era normal un índice de doce cuando el

mínimo en ayunas es de setenta. Eso dejando de lado la pérdida de sensibilidad en la mano derecha. Ni siquiera podía agarrar un lápiz. De hecho, jamás me he recuperado del todo. No puedo escribir a mano más de un pequeño párrafo.

—¿Cómo te recuperaste? Debió ser muy duro.

—Pues supongo que fue un cúmulo de todo. Empecé a sanar psicológicamente del ataque, el tratamiento médico para superar la anemia y para estimular el apetito...

Una sonrisa se refleja en mi cara al recordar y eso llama su atención, frunciendo el ceño en una clara señal de desconcierto.

—¿Sabes que uno de mis mejores recuerdos es de esa época? Era sábado por la mañana, sobre las nueve y media o diez. Nunca solía despertar tarde, pero ese día sí.

»Al despertarme me senté en la cama y vi a mi madre fregando el suelo del pasillo. Me sentía extraña y recuerdo que me costó identificar qué me pasaba. *Mamá, tengo hambre*. Esas tres palabras tan simples provocaron que a mi madre se le cayera la fregona al suelo y empezara a llorar como una cría. Recuerdo que me hizo leche con chocolate y galletas, zumo... No se despegó de mi lado mientras comía y casi aplaudía hasta con las orejas a cada bocado que daba por pequeño que fuera. Mientras, iba llamando a toda la familia para contárselo, a mi padre, mis hermanos, mis tías, a sus dos mejores amigas y vecinas...

A partir de entonces empecé a remontar poquito a poco, iba teniendo algo más de energía, iba ganando algo de peso... El azúcar seguía mal pero al menos iba dando pequeños pasos hacia mi recuperación. Incluso pude reincorporarme al instituto. Faltaba mucho y cada dos por tres debía salir de clase para comer pero bueno, teniendo en cuenta que en el primer trimestre no pude pisar el centro salvo la primera semana... Fue todo un logro.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que estuviste bien del todo? ¿Meses? — pregunta con atención.

—Pues... El ataque fue en junio de dos mil uno y el último análisis y donde se confirmó que mis niveles eran ya totalmente normales fue en enero de dos mil cuatro, así que... Dos años y medio.

—Dos años y medio por guardar silencio... ¿No te arrepentiste nunca? Quizás tu recuperación se hubiera acelerado si te hubieras quitado esa carga de encima.

—Al contrario. La sola idea de provocar otro pesar a mis padres, sobre todo a mi madre, me hubiera supuesto otra carga que ni quería ni podía asumir. Jamás me arrepentiré de la decisión que tomé. Y sí, se lo conté a mi madre ese año, en dos mil cuatro, pero ya por hartazgo.

—¿Qué pasó? Tuvo que ser algo que te cansara de verdad si decidiste

contarle algo que sucedió tres años atrás y que no querías decirle de ninguna manera.

—Ah... Sí, la verdad. A ver... Mi madre tenía mil cosas buenas, pero también tenía algunos defectos, y uno de ellos es que era muy dada a las comparaciones. En ellas yo casi nunca era la ganadora. Nunca terminó de entender que mi manera de disfrutar, de evadirme de todo, era leyendo o viendo documentales, no yendo por ahí. Además tampoco comprendía cómo podía ser que no me gustara la moda, ni arreglarme ni las cosas que normalmente gustaban a las chicas de mi edad. Tampoco ayudaba el que mi hermana fuera como ella y yo más como mi padre. Muchas veces me hacían sentir infravalorada o como la bicho raro, aun haciéndolo sin querer, obviamente.

»El caso es que un día de ese verano nada más levantarme vino a mi dormitorio y comenzó a alabar las virtudes de una prima que, aparte de ladrona y varias perlas más, había admitido haber tenido y superado problemas con las drogas. Reconozco que ese día me había despertado con poca paciencia, pero al escucharla alabar tanto a alguien así y ver que nos comparaba y me decía que podría aprender de ella... Eso llenó mi vaso y ahí le conté todo lo que había tragado en esos tres años, el porqué de mi enfermedad, y le pedí que no me comparara más.

—¿Cómo reaccionó? Supongo que no debió ser fácil de digerir para ella.

—Reaccionó pues como ya sabía que lo haría. Se enfadó, me dijo que por qué no conté nada al momento, que si era tonta, etc, etc, y yo para variar callé. Callé para no herirla.

—Por protegerla —añade comprendiendo.

—Por protegerla —corroboro.

—¿Sabes? Me pregunto qué otras cosas hiciste para protegerla. Bueno, hiciste o dejaste de hacer.

—Pues desde fingir que se me olvidaba comprar el desayuno para el colegio y que ella pudiera tener esas monedas para comprar otra cosa más necesaria, a verme casi arrastrada cada domingo a salir con ellos porque, según ella, mi padre bebía menos si yo iba... Y así muchas cosas más. De hecho, ella siempre me recriminaba el que no buscara trabajo fuera de lo que era ayudar a mi padre con el papeleo, pero lo que ella no era capaz de comprender era que, si no lo hacía, era porque siempre me planteaba qué pasaría si, mientras yo estaba fuera, ella necesitaba ayuda con mi padre, o si liaba algún cirio con la empresa que me contratara, o muchas cosas más que podían pasar conociéndole.

»Para ella yo era algo así como un enigma. No entendía que mi forma de ser era, simplemente, diferente. Mi carácter, mi forma de vestir, mi apariencia...

Todo eso parecía ser defectuoso para ella. Siempre se dejó llevar en cierto sentido por mi hermana y yo era quien pagaba en ese aspecto. Por fortuna llegó un momento en que empezó a darse cuenta de que, el que fuera aparentemente más tranquila, no significaba ni mucho menos que no tuviera carácter. Era, simplemente, que tenía otros intereses intelectuales y que sabía controlar mis emociones mucho más que el resto de la familia.

—¿Los demás también se metían con tu forma de ser? La verdad es que no sé qué pensar de lo que me cuentas en esa faceta de tu familia.

—No... Solo era la parte femenina, por decirlo de alguna forma. Con mi hermano y mi padre lo cierto es que siempre me entendí muy bien entre otras cosas porque, pese a sus defectos, nunca me sentí juzgada por ellos. Aceptaban y respetaban mi carácter sin ningún problema. Quizás por eso me dolía tanto la indiferencia de uno y la adicción del otro.

—¿Tan peculiar eras? No sé, se me hace extraño lo que me cuentas teniendo en cuenta la devoción mutua que parece que os teníais tu madre y ti.

—Nos la teníamos. Sé a ciencia cierta que yo era lo primero para ella, que me quería con locura. Y peculiar... Bueno. Se podría decir así si se quiere. Nunca fui coqueta o femenina. Además siempre fui más formal que los demás niños, sobre todo fuera de casa. Ya luego con el problema de mi padre esa faceta se acentuó bastante, y sumado a que se supone que tenía una inteligencia más alta de lo normal... Pues ahí lo tienes.

—Una hija modelo por lo que cuentas —razona.

—Ni mucho menos... —niego con pesar—. Cometí muchos errores, muchos, y lo que más me pesa es que mi madre fue quien pagó por ellos. Sí, es verdad que fui estudiante modelo, que nunca recibieron una queja de mí, al contrario, pero quizás... No sé...

—Shhh... —calma el llanto que comienza a brotar—. Todos cometemos errores a esa edad, pero estoy seguro de que ella se sentía muy orgullosa de ti.

—Es que... Le fallé... Yo... Si murió fue por mi culpa, yo... Si yo... —rompo a llorar.

La conocida sensación de bola en la garganta me invade. Las amargas lágrimas riegan mi cara sin cesar, empapándonos. Sus brazos me rodean con fuerza mientras besa mi cabeza en un desesperado intento de apaciguar mi desconsuelo.

—Llora lo que quieras, mi guerrera. Los cristales rotos duelen cuando se sacan, pero una vez fuera la herida sana. Llora. Estoy aquí. Estoy aquí...

—Guerrera con armadura de cris... cristal, ¿no? —logro balbucear empezando a comprender.

—La fortaleza ha estado siempre ahí. No necesitabas ninguna armadura

porque tenías y tienes fuerza para ti y para un ejército entero si te lo propones. Bien es cierto también que todo guerrero necesita de vez en cuando parar para sanar, para aligerar la carga que lleve a sus espaldas. Como tú.

Sus palabras y la seguridad de sus brazos consiguen que poco a poco recupere, si no la calma, sí algo de alivio. Los recuerdos más amargos me golpean sin cesar, atormentándome, haciéndome buscar refugio en su calor en un gesto desesperado por conservar algo de la tranquilidad ganada durante los últimos minutos.

—¿Quieres seguir? Ya has hecho mucho camino y no sé si es bueno... —le interrumpo poniendo un dedo sobre sus labios, el cual recibe un tierno beso en respuesta—. ¿Cambiaron algo las cosas con tus padres después de saber lo que te pasó?

—No... No hubo tiempo, ella... Ella murió apenas veinte días después. Veinte putos días, ¿lo puedes creer? Si solo hubiera sabido cerrar la boca ella no hubiera tenido que saberlo nunca, podía haberle ahorrado eso...

—Era imposible que pudieras saberlo, Marena. Las cosas pasan cuando tienen que pasar —razona—. ¿Estaba enferma? ¿Qué le pasó?

—Mi padre. Eso es lo que le pasó.

—¿Fue... Fue él?

—No. Eso es lo más irónico del caso. No le hizo falta. Él provocó la causa y el cuerpo de mi madre remató la faena.

—Perdóname pero no termino de entender del todo. ¿Qué quieres decir?

—Domingo quince de agosto de dos mil cuatro. Ese día me planté y no quise ir con ellos en su paseo dominguero. Mi madre insistió pero me mantuve firme en mi negativa.

»En casa las cosas llevaban unos meses siendo duras y necesitaba un respiro, así que me negué y preferí ir al cine. Zafarrancho en el rancho. Al salir del cine veo varias llamadas perdidas de mi hermana. Mi padre está en su casa y me pide que vaya rápido porque mi madre ha sufrido un accidente. El cine estaba a apenas unos minutos a pie así que llego enseguida, y lo primero que veo es el coche de mi padre con el lado del copiloto lleno de sangre. El vello de la nuca se me erizó y todas las alarmas se me encendieron de inmediato.

Rápidamente subimos al coche y nos dirigimos al hospital donde tenían a mi madre. Yo iba atrás, con mi padre, y él solo balbuceaba que no era ningún maltratador, que él no había sido. Estaba ido completamente, atontado. Nadie en el coche le podía oír, salvo yo.

Cuando llegamos al hospital nos turnamos para poder entrar ya que estaba en urgencias. Al llegar mi turno, el último, recuerdo ir siguiendo la línea violeta tal

y como me indicaron las enfermeras. Me costó reconocerla. Estaba... Estaba irreconocible. Fue entonces cuando me contó todo lo sucedido, no sin antes hacerme prometer, jurarle, que no contaría nada hasta que ella estuviera recuperada del todo.

Cada domingo solíamos comprar la comida en un lugar y después íbamos a un prado cercano, a unos tres o cuatro kilómetros, a comer tranquilamente mientras disfrutábamos de las vistas, y ese domingo seguían ese mismo plan. Todo se torció tras comprar la comida. Apenas un kilómetro después mi padre comenzó a tener algún tipo de alucinación y, señalando hacia la parte del encendedor del coche, gritaba que ahora dónde se sentaría. Mi madre de inmediato comprendió que algo no andaba bien e intentó calmarle y convencerle para parar, pero no hizo caso alguno. Al contrario. Aceleró con la idea de despeñar el coche con ellos dentro en el primer lugar que encontrara. Mi madre entró en pánico y solo pensó en mí y en... en no dejarme sola y... Y se tiró del coche en marcha.

Se destrozó. Perdió casi todas las piezas dentales, la cara completamente magullada, las piernas, las manos... Él paró el coche y bajó, pero no la quería ayudar. Ella... Ella tuvo que rogarle, tuvo que jurarle que no contaría nada, que se inventaría algo, pero que la ayudara. Al final cedió y la llevó al centro médico que había justo al lado del lugar donde compraron la comida, y desde allí la evacuaron en helicóptero a ella y él partió hacia la casa de mi hermana para avisarnos.

—¿Cómo... Cómo reaccionaste? —pregunta tras unos instantes de doloroso silencio.

—Ah... Pasé por mil estados. Desconcierto, rabia, dolor, desilusión... Fueron mil sentimientos en un instante. Según la iba escuchando, sentía cómo dentro de mí la imagen de mi padre se iba desdoblado en dos. Por un lado estaba el que yo reconocía como mi padre, el hombre cariñoso, alegre, inteligente, familiar... El que adoraba a mi madre y a nosotros por sobre todas las cosas. En el otro lado tenía al que bebía, gritaba, insultaba, menospreciaba, degradaba... Al monstruo que hizo su presentación formal ese día.

—¿Cómo reaccionaste? Tuvo que ser muy duro para ti escuchar todo eso.

—No más que para ella vivirlo y tener que contármelo. Ahí la única valiente fue ella. Yo hice lo único que podía hacer en ese caso, que no era más que jurarle que esperaría a que sanara y, mientras eso pasaba, decidir cómo afrontarlo.

—¿Tus hermanos reaccionaron igual al enterarse? ¿Aceptaron esperar también?

—Fui la única a quien se lo contó. Nadie salvo ella, mi padre y yo conocíamos la verdad de lo sucedido ese día. De hecho ni siquiera mi padre era

sabedor de que yo estaba enterada de todo lo que ocurrió. Para el resto la versión que inventó mi madre fue que se había resbalado en una zona de grava cerca de ese campo y de ahí todas las heridas que presentaba en su cuerpo.

—Dudo mucho que hubiera sido capaz de contenerme en una situación similar. Imagino que encarar a tu padre no tuvo que ser fácil para ninguna de las dos. ¿Cómo lo llevasteis?

—Fue un infierno —afirmo sin duda—. ¿Sabes lo que sentí mientras sacaba a mi madre en una silla de ruedas y me encontré a mi padre de frente? ¿Sabes las ganas que tuve de ir hacia él y...? Bullí por dentro.

»La noche anterior se convirtió en la última que dormí en varias semanas. Mi madre tenía pánico a quedarse sola con él, por lo que yo debía estar permanentemente con ella o bien dejarla acompañada por alguien si tenía que ir al supermercado o a hacer algún recado. Mi jornada comenzaba a las seis y poco de la mañana cuando mi cuñado traía a mi sobrino a casa y no acababa hasta las once o doce de la noche que mi padre aparecía y le servía la cena. Luego me acostaba fingiendo dormir y vuelta a empezar.

—¿Fingiendo dormir? ¿Qué quieres decir? —demanda con algo de desconcierto.

—No dormía. Permanecía toda la noche en alerta con un cuchillo bajo la almohada por si debía hacer frente a mi padre en otro ataque de alucinaciones. De hecho me acostaba directamente vestida. Eso las dos primeras noches. Enseguida fue evidente que mi madre no podía pasar la noche en la misma habitación que mi padre así que lo que hacía era esperar a que mi padre se fuera a dormir para pasar a mi madre a mi cama y yo poder acostarme en el sofá. La excusa era que mi dormitorio era más fresco, pero la realidad era que mi padre a veces, por no decir casi siempre, se acostaba borracho y no tenía miramientos con nada, lastimando a mi madre. Eso dejando de lado el que de que ni mi madre ni yo estábamos tranquilas con ellos dos en el mismo espacio.

—¿Y en todos esos días no sentiste la tentación de contarle todo y acabar con toda la situación? —pregunta con toda la razón.

—Claro que sí. Decenas de veces. El problema era que sí, podía contarle, ¿y qué? ¿Qué sacaba mi madre con eso? ¿Sabes lo que hubiera pasado si hubiera roto mi promesa? Para empezar es obvio que mi padre hubiera estado fuera de

casa, sí. ¿Pero a qué precio? Si se nos hubiera ocurrido denunciar lo ocurrido, para empezar como mucho hubiera conseguido una orden de alejamiento y eso con mucha suerte, y te aseguro que eso no hubiera detenido a mi padre. En esa época ni mi madre ni yo reconocíamos a mi padre cada vez que le mirábamos a los ojos. Aquella persona no era mi padre. Era alguien ajeno, pero no era él. Y ese alguien no hubiera tenido reparos durante una borrachera o, peor, una nueva alucinación, en acabar con quien se le hubiera puesto delante, dígase mi madre, yo o quien fuera. Debíamos esperar, aguantar y luego actuar.

—Bien pensado tiene toda la lógica lo que dices, pero tuvo que ser muy duro para ambas. Vivir con esa tensión permanente... Tuvo que ser agotador en todos los sentidos.

—Lo fue, pero lo positivo fue que nos acercamos muchísimo, aún más de lo que ya estábamos.

—¿Tus hermanos no ayudaban? Quiero decir... ¿Ellos no contribuían en su cuidado de alguna forma?

—Mi hermano y mi padre en esa época no tenían buena relación por temas laborales, por lo que se limitaba a llamar a escondidas y yo fingía que era otra persona si mi padre estaba en casa en ese momento. Y mi hermana... Creo recordar que vino un par de noches y se quedó con mi madre un par de horas para que yo pudiera salir y despejarme, cosa que tampoco es que tuviera muchas ganas de hacer por el cansancio, pero bueno. Si soy sincera lo que pasó durante esos días lo tengo en una especie de nebulosa por el cansancio que llevaba encima. Recuerdo ciertas cosas pero otras...

Sus brazos me rodean con más fuerza, dándome a sentir todo el consuelo del mundo. Por primera vez siento la tranquilidad de saber que puedo sacar todo de dentro, y la sensación, pese a resultarme por momentos aterradora, me fascina. Jamás pensé que fuese a ser capaz de vaciar mi mochila como lo estoy haciendo, y sé que se lo debo a él. Como gesto de agradecimiento le doy un beso en el cuello, acurrucándome más aún a su lado.

—Unos días después mi madre empezó a encontrarse mal. Le costaba respirar. Cuando la enfermera vino a hacer las curas pertinentes no dudé en consultárselo, pero nos aseguró que seguramente se debía a que, debido al tamaño de mi madre, pesaba unos cien kilos, y el reposo, era frecuente que muchas personas presentaran esas dificultades. Nos dio ciertas recomendaciones y las aceptamos como válidas.

»El problema fue que esa misma noche el malestar había llegado a un punto insoportable, así que, tras preparar a mi madre como buenamente pude, desperté

a mi padre, que en ese momento dormía ya tras volver con su habitual estado. Eso no le sentó nada bien, y mucho menos tener que bajar a mi madre hasta el coche cargada a la espalda debido a las heridas que aún tenía en las rodillas.

Recuerdo que nos atendieron muy rápido en el centro médico. De inmediato revisaron a mi madre y le suministraron oxígeno. Cuando pude entrar con ella intenté animarla tal y como siempre hacía, pero sentía que algo no iba bien. No me preguntes el porqué. De pronto empezó a costarle más y más respirar hasta que de pronto dijo mi nombre y entró en parada. Su mirada... La desesperación que había en su mirada y en su voz en ese momento me perseguirán toda la vida. Un instante después me habían sacado de la habitación mientras metían el desfibrilador por la otra puerta.

Al salir lo primero que vi fue a mi padre. No dudé en darle a beber el calmante que solía tener que tomar y hacerle ir al coche a dormir. Admito que si lo hice fue porque no soportaba tenerle al lado sabiendo que, si mi madre estaba luchando por su vida en ese momento, era en gran medida por su culpa.

Los minutos se me hicieron horas. Estaba sola. Apenas si habían un par de personas más a la espera de ser atendidas y algún acompañante que otro en otra sala contigua.

Cuando la puerta se abrió y vi salir a dos médicos que se dirigían hacia mí, lo supe. Mi madre ya no estaba. Me había dejado sola.

Apenas puedo contener las lágrimas. Cada vez que revivo esa noche, sus últimos instantes de vida me persiguen. Durante mucho tiempo, mucho, tuve pesadillas casi constantes con ese momento, despertándome entre sollozos inconsolables en plena madrugada. De hecho, aún hoy sucede alguna vez.

—Lo cierto es que no recuerdo las palabras que usaron con exactitud. Solo que me dijeron que estuvieron treinta y cinco minutos intentando reanimarla y que, debido a que no se sabía la causa de la muerte, habría que practicar autopsia y prestar declaración ante la policía que ya venía en camino.

—¿Tuviste que declarar ante la policía en un momento así? ¿Sola? —pregunta indignado.

—Sí. De hecho si hay algo que recuerdo muy bien fue que debieron verme muy joven, porque se aseguraron de que fuera mayor de edad antes de hablar conmigo.

»Cuando tuve que relatar lo sucedido, por un instante estuve tentada de contar toda la historia, toda, pero ya no tenía sentido. ¿Iba a devolverme a mi madre? No. En todo caso iba a empeorar todo más aún si cabía. Así que me limité a narrar la versión oficial que ella inventó y a rezar porque no sospecharan que ocultaba algo y me presionaran de alguna forma. Supongo que tuvieron compasión de una cría de apenas veinte años que acababa de perder a su madre.

Luego, mientras esperaba a que llegara el furgón judicial para llevársela, tuve la agradable tarea de informar a mi familia. Como era de madrugada además costó que me contestaran, pero finalmente conseguí avisar a mi hermana, la cual se encargó de avisar a mi hermano e ir a buscarlo, y a mi tía, a la cual encargué que avisara al resto de mis tíos. También tuve que informar a los del seguro de decesos, los vecinos y amigos... Y, mientras, mi padre dormía lo que le quedaba de borrachera sedado tan a gusto en el coche.

Poco a poco fueron llegando todos mis tíos. Los últimos fueron mis hermanos. Recuerdo que, pese a que era el coche de mi hermana, quien conducía era mi hermano, y venía completamente desquiciado. No imaginas la pena que me dió verle así. Él adoraba a mi madre y ella también tenía cierta debilidad por él, y creo que todos temíamos el cómo pudiera reaccionar. Para rizar el rizo, su llegada coincidió con el momento en que sacaban el cuerpo de mi madre para llevarlo al anatómico forense y practicar la autopsia. Eso terminó de romper el poco o nulo resquicio de calma que le quedaba. Ver a un hombre de metro ochenta completamente deshecho llorando abrazado al cuerpo inerte de su madre...

—Tuvo que ser un momento trágico. No puedo imaginar vivir algo así, y menos con un ser tan cercano como la persona que más te quiere en el mundo. Debías estar destrozada.

—¿Sabes algo curioso? Todos lloraban menos yo. El único rastro de debilidad lo tuve un momento que fui a casa a por unos papeles y a cambiarme y, al entrar en su dormitorio, olí el jabón que usaba para asearla. Desde entonces no puedo olerlo ni mucho menos usarlo y eso que era mi favorito.

—¿Lo dices en serio? Debías estar en shock.

—No lo sé. Recuerdo que mi cuñada insistía para que lo hiciera y yo, para que me dejara en paz, le di la excusa de que a mi madre no le gustaba verme llorar y por eso no haría. Sé que ella lo hacía con buena intención pero, francamente, me estaban dando más ganas de mandarla a la mierda que de llorar, créeme.

Su torso se eleva ante la ligera risa que emite por mi comentario, aligerando algo el ambiente que nos rodeaba. Echando la vista atrás casi puedo seguir sintiendo el dolor que nos rodeaba a todos, sentir el manto de tristeza.

—No consigo entender cómo pudiste tener tanta cabeza fría para todo lo que viviste esa noche. Más aún teniendo el cuenta el cansancio que llevabas a tus espaldas.

—Nunca me lo he planteado, simplemente... hice lo que tenía que hacer. Supongo que intuía a lo que tendría que enfrentarme una vez todo hubiera pasado y era consciente de que no podía permitirme caer en ese justo momento.

—Tiene su lógica. ¿Y tu padre? ¿Cómo se lo dijisteis? Tuvo que ser bastante traumático también para él.

—A él se lo dijimos mi hermana y yo sentados los tres en el asiento trasero del coche, donde él había dormido durante tres o cuatro horas. Fue muy duro. Sobre todo porque vi el momento exacto en que mi padre, el que yo reconocía como tal, cedía el control al otro totalmente derrotado. Fue como si de repente apretara el interruptor de apagado y, al hacerlo, el que estuviera gobernando el cuerpo de mi padre no fuera él sino el otro.

—¿Cómo lo supiste? Debías de conocerle muy bien para notar algo así — reflexiona.

—Era su mirada, ¿sabes? Era... diferente. Cuando mi padre me miraba había cariño, complicidad... Pero hacía meses que esa mirada cada vez se iba alternando con más frecuencia con otra desconocida, fría, casi diría... vacía. Y fue justo esa mirada la que se adueñó de él desde ese mismo momento.

—¿Qué pasó luego? Sé que los días posteriores son los más duros, los de la vuelta a la rutina —pregunta con toda la lógica del mundo.

—Y lo fueron, créeme. El día del entierro sin ir más lejos fue demoledor en todos los sentidos.

»Recuerdo que el cementerio estaba lleno de familiares, amigos, vecinos... Creo que habían un mínimo de cien personas y sin exagerar. Hubo un momento al salir en que quedé parada en mitad de la plaza que hay justo delante, desorientada. Veía pasar a mis tíos llorando, a mis primos, a mis hermanos, a amigos... y yo no comprendía... Estaba saturada. Simplemente saturada. Luego, al subir al coche con mi padre, el cual se había quedado dentro supuestamente sedado y casi inconsciente, tuve que aguantar que me relatará con pelos y señales a quién había visto y a quién no de sus colegas de profesión o conocidos. De verdad que ahí sentí ganas de aprovechar que estaba ya en el cementerio y hacer un dos por uno.

A partir de entonces se estableció cierta rutina. Aparte de encargarme de todos los quehaceres, muchas veces me hacía ir con él y debía conducir durante horas aun cuando le explicaba que, por las secuelas que me quedaron por la hipoglucemia, no podía conducir durante tanto tiempo. Le daba igual.

Al llegar mediados de septiembre mi sobrino empezaba el nuevo curso y, como siempre, a las seis y media de la mañana ya estaba en casa. Eso hizo que

mi cansancio fuera en aumento, y unido al que ya arrastraba... Ya estaba a punto de colapsar. Hubo una tarde en que tuvimos que ir con mi padre. Se empeñó en ir por un camino de montaña cuando no llevábamos abrigo suficiente. Recuerdo ir atrás y abrazar a mi sobrino para darle calor, protegiéndole. Para mala suerte el coche se paró y él empezó a montar uno de sus números, asustando al niño. Ahí mi paciencia hizo amago de explotar. Textualmente le dije “o te calmas o te vas a pie”. Y eso hizo el buen hombre.

—¿De verdad? ¿Así? ¿Sin más? ¿Qué hiciste? —pregunta estupefacto por lo relatado.

—Pues lo más sensato. Arrancar el coche e irnos a casa. Él ya llegaría si quería —contesto con sinceridad.

—Chica, eso son ovarios —contesta con franca admiración—. ¿A qué distancia estabais de casa?

—No mucha, unos diez kilómetros más o menos.

El ulular de los búhos nos indica que la noche está bien entrada ya. Llevamos horas aquí tumbados y, salvo algún parón para ir al lavabo y coger alguna provisión de la cocina, no he parado de hablar ni él de escuchar o de hacer las preguntas concretas. Debo admitir que está siendo de gran ayuda su actitud. Me apoya, me conforta, pero no deja de hacerme contar y contar, sabiendo en cada momento darme lo que necesito, bien sea calor, tiempo, comprensión...

—¿Era la primera vez que le plantabas cara?

—No, ni mucho menos. Normalmente siempre le daba mi punto de vista le gustara o no, pero de una manera calmada, argumentada, sin embargo, desde el... accidente, esa fue la segunda vez que le hacía cara tan abiertamente. La primera fue una noche en que un ex trabajador vino a casa a reclamar un pago y él comenzó a montar uno de sus circos. Mi madre estaba convaleciente y la oía poniéndose nerviosa por lo que pasaba. Ahí exploté.

—¿Qué hiciste? Viendo cómo te las gastas hasta miedo me da saberlo —pregunta con cierto humor.

—Al trabajador le cerré la puerta en las narices diciéndole que no era el momento, y a mi padre le di un grito, le ordené irse al sofá y callarse de una vez.

—¿Y te hizo caso? —cuestiona escéptico.

—Lo cierto es que sí. No volvió a decir ni mu en lo que quedaba de noche.

—Me cuesta imaginarte así. Sí, desde que nos conocimos dejaste claro que tienes genio y que no toleras ciertas cosas, pero no te visualizo pegando nadie ni dando gritos de esa forma.

—Es que yo no doy gritos. Con uno bien dado ya suele valer —corrijo con cierta sorna.

—No lo pongo en duda —contesta besándome el cuello—. ¿Hubo alguna

más?

—Sí... La última. La última noche.

—¿Qué pasó? ¿Por qué dices que la última?

—Era mediados de septiembre. Yo ya no podía más. Me notaba al límite de mis fuerzas tanto física como psicológicamente. El día anterior ya casi había tocado fondo y tuve que hacer una de las cosas que más me ha dolido nunca, que fue decirle a mi hermana que no podía cuidar más de mi sobrino. En casa la situación pendía de un hilo, yo estaba al límite y si hay algo que necesita un niño es un ambiente relajado y estable, cosa que no había en casa en ese momento.

»Al día siguiente decidí pegarme a mi padre como un mejillón a una roca. Salimos de casa sobre las siete y media de la mañana. La primera parada fue un bar de una estación de servicio. Cuando el camarero le vio, le ofreció el café con licor *de siempre*, cosa que mi padre rechazó tras mirarme de reojo y ver que yo le

miraba con la ceja alzada. Y así estuvimos durante todo el día. Recuerdo que en una ocasión paró con la excusa de ir al baño. Esperé en el coche tres minutos, el tiempo suficiente que sabía que un camarero normal tardaría en servirle la bebida de turno. Lo primero que vi al entrar era a él en la barra con un vaso en la mano. Cuando me vio su cara fue un poema. *¿Qué haces aquí?*, me preguntó. Ni corta ni perezosa le dije que yo también tenía ganas de ir al baño y sed. La bebida de su vaso era color naranja y parecía un simple refresco, lo cual ya sabía perfectamente que no era, pero hice el amago de querer dar un sorbo sin dejar de mirarle. De inmediato me lo quitó de la mano y pidió un refresco para mí.

Al llegar la tarde ambos estábamos al límite, yo por controlarle y él por verse controlado y no poder beber todo lo que quería. Cuando llegamos a casa necesitaba un respiro, así que le dije que me iba al videoclub a dejar unas películas. Al cabo de una hora o quizás dos regresé y le encontré sentado en un banco a la entrada de la calle, enfadado como un niño de tres años. No recuerdo exactamente la conversación pero sí que le había dicho que sabía perfectamente lo que había pasado aquel día. Él lo negó, obviamente, pero al ver que yo le rebatí y le sostuve la mirada, se vino abajo y se apagó definitivamente. En ese momento recuerdo que le dije “como sigas así lo único que conseguirás será quedarte solo”. Tras eso subí a casa y me encerré en el baño a vomitar por la bola de nerviosismo que tenía en el estómago.

Tiempo después y cuando yo ya estaba en el sofá descansando un poco, llegó enrabiado. Nada más verme sus palabras textuales fueron: “según lo que me dijiste antes, hoy mismo quiero que te vayas de mi casa”, y se encerró en su dormitorio dando un portazo. Y eso hice. Cogí la maleta pequeña y la mochila que me había preparado esa misma tarde mientras él dormía la siesta y me fui.

—¿Así? ¿Sin más?

—Sí. Así sin más. Con un solo portazo quedé sin madre, sin padre, sin casa, sin dinero y sin trabajo. En ese instante lo único que tenía en el mundo era lo poco que pude guardar en esas dos maletas y cien euros en la cartera.

—¿Cómo es que tenías la maleta preparada?

—Porque, por raro que te parezca, conocía a mi padre demasiado bien y sabía que ese día sería el último en mi casa. La conexión que teníamos era muy especial, mucho, y solo con mirarnos podíamos tener conversaciones enteras. Por mucho que él estuviera trastornado, por decirlo de alguna forma, esa conexión seguía ahí, y sabía lo que sucedería perfectamente.

—¿Qué... Qué hiciste entonces? —pregunta con la voz rasgada.

—En un primer momento pensé en ir a casa de mi hermana, pero era más de medianoche y no quería molestarles. Así que busqué un taxi y fui a una pensión medio decente que conocía.

—Debiste pasarlo muy mal. ¿Cómo te sentías?

—Puedo asegurarte que esa noche fue una de las mejores de mi vida. ¿Sabes por qué? Por que me di cuenta de que, sí, mi presente era una mierda y como tal me sentía, pero solo yo sería responsable de mi futuro. Me di cuenta de que, a partir de ese momento, a partir de cuando cerré la puerta de casa, también dejé atrás todas las cadenas que durante años me limitaron. Mi vida podría ser tan buena o tan mala como yo decidiera que fuera. Y lo mejor de todo fue que, al fin, pude dormir sin miedo. Era una pensión del tres al cuarto y el colchón no era ninguna maravilla, pero ni en el mejor hotel del mundo hubiera dormido tan bien como lo hice esa noche. Poder cerrar los ojos sin el temor a despertar porque sucediera algo... ¡El simple hecho de poder ponerme un pijama! ¿Sabes la de días que hacía que no podía hacer ese simple gesto? Había pasado más de un mes acostándome vestida, sin casi dormir, vigilante en plena tensión. Solo por eso ya fue una de mis mejores noches.

—¿Y qué hiciste al día siguiente? A la luz del sol las cosas se ven distintas.

—Fue...desconcertante. No tenía obligaciones, nada que me retuviera ni nada que me anclara a ninguna parte. Era como... flotar, ¿sabes? La sensación de no tener ninguna atadura a nada. Nunca me había sentido así.

»No obstante no te confundas, mi estado general era catastrófico, para resumirlo en una palabra. Me sentía totalmente machacada, sin fuerzas para absolutamente nada aun cuando era consciente de que debía comenzar una nueva vida y luchar por ella.

Esa mañana cuando fui a ver a mi hermana al trabajo, enseguida me ofreció su casa, pero, como ya se sabe, si algo puede ir mal, irá mal.

—¿Qué sucedió? La verdad que no imagino qué más te podía pasar.

—Qué no. Quién. Mi padre, para variar...

»Ya llevaba unos días en casa de mi hermana, ocultándome sin apenas poder salir a la calle por temor a que me encontrara. El muy inconsciente ni siquiera recordaba haberme echado de casa. Él sostenía que me había ido por voluntad propia e, incluso, amenazaba con denunciarme por robar las joyas de mi madre si no volvía. Por suerte mi hermana le convenció para que no lo hiciera y además consiguió que pudiera ir a casa un momento a recoger el resto de mis cosas. Fue muy humillante meter toda mi ropa en un par de bolsas de basura. Mis veinte años de vida se veían reducidos a lo que cabía en apenas dos bolsas grandes y un trolley.

Pocos días después llamaron desde el hospital para informar que mi padre estaba en urgencias, y hasta allí fuimos los tres hermanos. Cuando hablamos con el médico que le atendía, le contamos los problemas que tenía con el alcohol y la situación que había. En un momento dado giré la cabeza y, a través de la puerta entreabierta, vi a mi padre sentado en una silla de ruedas. Su cara... En ese momento recuerdo que me dió tal ataque de ansiedad que acabé en posición fetal mientras repetía *me vio, me vio* muerta de miedo. La cara de mi hermano era un cuadro, e incluso aún hoy escucho su voz preguntando al médico si eso era normal.

Al volver a casa de mi hermana, ambas estábamos en la habitación donde yo dormía, que no era más que un cuarto a medio hacer en la parte alta de la casa. Esa noche me sentí un poquito más segura y comencé a contarle algunas cosas de las que sucedían en casa, así como lo que ocurrió realmente aquel día. Si llego a saberlo no lo hubiera hecho nunca.

—¿Por qué lo dices? ¿Tuvo problemas con tu padre por ello?

—No, nada de eso, no al menos entonces. Lo que ocurrió fue que, cuando apenas había contado solo una parte de todo lo que había pasado, se levantó hecha una furia y me dijo que, si mi madre estaba muerta, era... Era por mi culpa.

—¿Pero cómo se puede ser tan inconsciente?! —explota de pronto, levantándose de la cama hecho un basilisco y, tras apoyar las manos en la pared, inspirar hondo para calmarse.

A los pocos minutos vuelve a la cama y me estrecha contra su cuerpo con fuerza, no sin antes besarme con mimo en la cabeza repetidas veces.

—Siento mi reacción, pero no lo he podido controlar. Me parece despreciable decirle a una cría de apenas veinte años que su madre ha muerto por su culpa, y más aún sabiendo todo por lo que habías pasado. ¿Cómo reaccionaste? Supongo que le contestarías como merecía.

—No. Nada de eso. En ese momento me sentí como una flor que, cuando

estaba abriéndose, el sol se nubló provocando que ella volviera a encerrarse en su capullo. Esa noche asumí tres cosas muy importante. La primera, que jamás volvería a contar a nadie nada de mi vida si podía evitarlo. La segunda, que allí no podía seguir más. Debía marchar y cuanto más lejos, mejor. Y la tercera... La tercera fue que su afirmación era la constatación de lo que yo ya pensaba. Si mi madre había muerto era por mi culpa, por no saber defenderla o cuidarla como debía haber hecho.

De repente le veo frente a frente. Tras alzar mi cara me mira fijamente, completamente serio y con la mandíbula firmemente apretada.

—Dime que a día de hoy no piensas así. Puedo entender que en esos momentos de debilidad lo llegaras a pensar, pero no ahora.

—¿Por qué no? ¿Acaso no me has escuchado durante todo este rato? Fui yo quien no conté nada, ni pedí ayuda, ni la convencí para que cambiara de opinión, ni pude hacer que mi padre bebiera menos, ni pude controlarlo, ni p...

—Eras apenas una niña —me interrumpe—. ¿Acaso no lo entiendes? Es a los niños a quienes hay que proteger, no al revés. Eras tan víctima de la situación como tu madre. O dime una cosa. ¿Acaso te has planteado qué hubiera pasado si en lugar de tu madre hubieras sido tú la que iba con él cuando tuvo aquella alucinación? ¿Te lo has planteado? Tu madre tomó las decisiones más coherentes. Primero intentando sobrevivir y, luego, esperando a recuperarse para poder encarar el problema en igualdad de condiciones con él, porque quería poder protegerte. Soy padre, créeme, sé de lo que hablo.

—No lo sé, yo... —baluceo dubitativa.

—Por eso atacaste a aquel desgraciado. Ahora lo veo claramente. La defendías tal y como lo hacías con tu madre. Pero no fue tu culpa, Marena.

—Yo... Fue mi culpa. No hice todo lo que...

—Nada de eso. Lo único que hiciste fue apoyarla en llevar la situación como ella quiso. Él era tu padre, de acuerdo, pero era su marido. La última palabra la tenía ella. Fin. El asunto se tenía que llevar como ella quisiera. Ni tú ni tus hermanos podíais decidir por ella en ese momento. ¿Acaso ella no te contó sus planes?

—Sí... —contesto confusa—. Quería recuperarse y, una vez en perfecto estado, poder reunirnos a todos y darle un ultimátum. Ponía remedio al problema que tenía, o la perdía.

—Ahí lo tienes. Hiciste bien. Ella sabía lo que debía y quería hacer. Lo único que hiciste fue respetar su decisión y apoyarla en su plan.

Por primera vez en casi quince años la sombra de la duda planea sobre algo que, hasta hoy mismo, tenía asumido como verdad absoluta. *¿Tendrá razón en lo*

que dice? ¿He podido estar todo este tiempo torturándome sin tener por qué? La mente me va diciendo que tiene razón, pero el corazón... Eres una egoísta, una inútil que no supo cuidar ni proteger a quien más te quería, me grita.

Mi cara debe reflejar todo el dilema interno que estoy viviendo que, tras alzar mi barbilla y darme un tierno beso, no duda en abrazarme de nuevo con todo su cuerpo, dejándome completamente envuelta por sus extremidades.

—¿Qué hiciste después? Supongo que el ambiente se enrareció entre vosotras después de eso.

—No te creas. Ella me creía culpable, yo también... No había motivo de discusión —ironizo—. El caso es que un par de días después una amiga que vivía en la otra punta del país me ofreció su casa y su ayuda. Me daba pavor lo desconocido, pero comprendí que era la oportunidad perfecta para desplegar las alas al fin. Así que, para sorpresa de todos, acepté.

»Una semana después aterrizaba en el aeropuerto de Barcelona con mi pequeño trolley, una mochila y veinte euros que me quedaban. Lo positivo fue que, justo otra semana después, me ofrecían un trabajo con unos amigos de la madre de mi amiga, y ni me lo pensé. Acepté de inmediato.

—¿Cómo es que volviste? ¿Te pasó algo malo allí?

—No, nada de eso. Allí el trabajo absorbía la mayor parte de mi tiempo, de hecho solo libraba un día a la semana, pero me gustaba poder sentirme útil, valorada, ¿sabes?

»Por primera vez sentía que me veían a mí, no a la hija de, ni a la hermana de. Era, simplemente, Marena. Eso me ayudó mucho a comenzar a conocerme, a empezar a descubrir realmente quién era. No tenía que moderarme por nadie, ni preocuparme por nadie. Si quería ir al cine, iba. Si quería dormir, dormía. Si quería pasar las horas mirando la pared, nadie se metería conmigo por eso. Era libre. Simple y llanamente.

Pese a todo, algo me decía que necesitaba volver si quería terminar de sanar. Y la señal que necesitaba fue la muerte de mi abuelo, el padre de mi madre, apenas siete meses después de ella.

Un mes después estaba de vuelta. Lo curioso es que volvía con sobre equipaje y más de seis mil euros en el banco. Un gran contraste con cómo marché apenas unos meses antes.

Una vez de vuelta recalé unos días en casa de mi hermana, los que tardé en encontrar trabajo y un techo para vivir. Por suerte no me llevó más de tres semanas.

Al principio estaba muy tensa, agobiada, pero poquito a poco comencé a relajarme, a ser cada vez más yo misma.

Meses más tarde acepté ver a mi padre a petición de, cómo no, mi hermana.

Admito que no estaba del todo convencida, pero necesitaba verle y saber que estaba medianamente bien para poder seguir sanando. Él ya daba por hecho que yo volvía a casa, y tuve que dejarle bien claro que eso no iba a pasar. Su gesto se torció pero lo aceptó, claro que tampoco le quedaba otra opción...

A partir de ahí la relación se limitaba a que, una vez por semana, yo iba a casa y le llevaba algo de comida casera. Aunque había aceptado volver a verle, tenía todo muy presente y no me fiaba de él. Prueba de ello es que jamás supo dónde estaba mi casa o trabajo. De hecho le había advertido que, si le veía borracho o cuando le llamara detectaba el menor síntoma de ello, automáticamente se rompía la nueva relación que estábamos tejiendo.

Eso se mantuvo durante bastante tiempo, hasta una vez que le llamé y noté que había bebido. Ahí rompí lazos de nuevo. No fue hasta un par de años después que volví a tener trato con él. Tenía cáncer y, según los médicos, no le quedaba mucho. Como ellos no le conocían, no sabían lo testarudo que era, y el poco tiempo se convirtió en casi dos años. Se deterioró mucho físicamente, no era ni la tercera parte de lo que fue, pero su espíritu seguía igual de fuerte que antaño. Por suerte para nosotros la enfermedad le hizo mejorar, y volvió a ser él en cierto sentido. Continuó bebiendo, sí, pero cuando le miraba a los ojos al fin reconocía a ese padre que tanto quería y no a la bestia que nos lo quitó todo. Cinco años y quince días después de mi madre fallecer, mi padre dijo adiós a este mundo conmigo a su lado, al igual que lo hizo mi madre al llegar su momento.

—¿Llegaste a perdonarle alguna vez? —pregunta tras varios minutos.

—No tenía nada que perdonar. Me había dado tanto y tan bueno que la balanza estaba equilibrada. ¿Sabes? Durante mucho tiempo creí odiarle, lo creía de verdad, pero con el tiempo y después de analizarlo mucho, llegué a la conclusión de que echarme de casa fue la mayor muestra de cuánto llegaba a quererme que podía haberme dado. El que me alejara de su vida creo que fue el acto más generoso que podía haber tenido. Por propia voluntad creo que hubiera sido casi imposible que me alejara de su lado, y con su acción pienso sinceramente que me salvó de un destino que podía haber sido muy negro.

—¿Crees que podía haber llegado a hacerte daño?

—Sin querer, sí. De hecho ya lo hacía. Muchas veces se sentaba en la cocina mientras yo cocinaba o hacía algo y poco menos que me insultaba, todo lo hacía

mal según su parecer. Nunca estaba contento con lo que hacía, ya fuera ordenar facturas, guardar la comida sobrante o prepararle la ropa. Me hacía sentir una completa inútil. Sin embargo, al alejarme me brindó la oportunidad de desplegar las alas y ser totalmente libre. Siempre he pensado que fue el único momento, durante la etapa más negra, en que mi padre retomó el control de sí mismo para rescatarme de la única forma que pudo. Suena a locura, ¿verdad?

—No, de hecho tiene mucho sentido si se piensa fríamente. ¿Cómo le recuerdas a día de hoy? ¿Pesa más lo bueno o lo malo?

—A día de hoy... En tablas. Recuerdo su inteligencia, su generosidad, su humor, lo goloso que era, cómo le gustaba ver contenta a mi madre, recuerdo lo que le gustaba el aire libre, su paciencia para enseñarme o explicarme alguna cosa...Tengo mil recuerdos buenos de él, pero también son otro tantos los negativos, y eso hace que la balanza quede a cero. Es una sensación agrídulce, la verdad.

—¿Y a tu madre? ¿Cómo la recuerdas? —pregunta con sumo tacto.

—Ah... Confieso que su recuerdo también es agrídulce. Al igual que con mi padre, son miles los buenos recuerdos, pero también tenía actitudes conmigo que, francamente, ojalá no hubiera tenido nunca. Me hubiera gustado que me apoyara más, que me entendiera y no me juzgara tanto... Que no me comparara. Con eso hubiera sido en verdad muy feliz.

—Te marcó mucho su actitud, por lo que veo. El que te comparara —aclara.

—Pues seguramente, sí. Solo te pongo un ejemplo. Recuerdo una vez que llegó hecha una furia porque una vecina bastante metomentodo le preguntó si yo tenía algún tipo de atraso, porque iba siempre con la cabeza gacha, no hablaba mucho y no salía de casa.

—Vaya con la vecina... —murmura—. Entiendo que se enfadara tanto.

—Ya, pero el problema es que no estaba enfadada con la vecina, sino conmigo. Incluso llegó a pegarme en la cabeza ante mi estupor. Según ella, estaba atontada y debía empezar a espabilar, parecerme más a mi hermana, mis primas, mis vecinas, o tal compañera... Vamos, a cualquiera menos a mí misma. Lo curioso es que bien orgullosa que se mostraba cuando traía las notas plagadas de sobresalientes o alababan precisamente mi forma de ser.

—¿Lo dices en serio? —pregunta atónito.

—¿Tú qué crees? Por suerte en los últimos tiempos la cosa mejoró bastante. Supongo que fue dándose cuenta de que mi forma de ser no era tan mala después de todo, y más viendo cómo habíamos evolucionado esos ejemplos que ponía y yo.

—Escuchándote haces que me plantee si en verdad fuiste feliz alguna vez — comenta escéptico.

—Sí que lo fui. Parece raro, lo sé, pero lo fui. Además tenía lo más importante, y era la certeza de que ambos, aun con todos sus defectos, me querían por sobre todas las cosas. Los tres formábamos uno. Un uno imperfecto, pero uno al fin y al cabo.

—Me resulta curioso ver con qué cariño hablas de ellos pese a todo lo que me has contado —observa.

—Es que una cosa no quita la otra. Sí, es verdad que muchos recuerdos a su lado están regados de lágrimas amargas, pero también son tantos los buenos momentos... Tantos... Además sería muy ingrato por mi parte juzgarles. Nadie sabe las razones que tenemos para actuar como lo hacemos salvo nosotros mismos, y más cuando se es padre. Tú mejor que nadie entenderás lo que quiero decir.

—Ahí debo darte la razón. Ser padre es el trabajo más ingratamente mejor remunerado del mundo —corroboraba—. Y ya dejando de lado esa costumbre de compararte, ¿cómo era? Tu madre, digo.

—Ella...Ella era bastante contradictoria a veces. Para unas cosas era muy valiente, como para defender a los suyos, por ejemplo, pero para otras era muy insegura. También era bastante habladora, aunque podía ser tímida con los desconocidos. Reír. Le encantaba reír, ¿sabes? Y coser también. De hecho muchos de mis mejores recuerdos son de cuando íbamos en busca de telas o de ella cosiendo con su máquina de coser mientras yo estudiaba. También tenía algo que me irritaba, y era poco afán de superación personal.

»Desde que apenas tenía siete años comenzó a trabajar para poder ayudar a mis abuelos a criar a todos mis tíos, piensa que, con mi madre, eran trece, y ya en la adolescencia tenía dos trabajos. De día en la agricultura recolectando varias verduras dependiendo de la temporada, y, cuando salía de ahí, empalmaba con otro trabajo en una fábrica de aceite. Pues bien, debido a ello creció siendo analfabeta. Eso no tenía nada de malo, al fin y al cabo se sacrificó para poder alimentar a sus hermanos y fue algo muy noble por su parte, pero cuando ya pudo, no tuvo voluntad de aprender. Muchas veces quise enseñarle, pero lo máximo que conseguí fue que aprendiera a escribir su nombre completo. Nunca entendí eso, y mucho menos siendo una luchadora nata como era, una valiente.

También recuerdo lo bien que cocinaba. En casa era frecuente que, incluso desconocidos, tocaran a la puerta para preguntar qué cocinaba o pedirle recetas. Era muy divertido ver cómo casi se formaba cola para llenar un tupper cuando hacía lentejas o cualquier otro gui...

—Atención, en media hora vamos a sacaros de la casa. Estad listos —se oye de repente de no sé dónde.

LIBRES

En apenas unos segundos reaccionamos. El mensaje fue muy escueto y mil posibilidades me van pasando por la mente. Desde que haya un incendio hasta que sea por problemas referentes a la familia de Nico, pasando por una amenaza de tormenta bestial.

Nico apenas tarda un minuto en estar vestido y ya preparando su maleta. Bueno, eso de preparar es un decir, porque más bien se dedica a meter hecha un rulo toda prenda que se tropieza ya sea suya o no. Está de los nervios.

—Joder... Como les haya pasado algo por culpa de su cabezonería, ese imbécil me va a oír... Y como sean babushka, nonna o alguno de los Nicos... —divaga.

—No es por nada pero no te veo con esos vaqueros... Y ya de paso te aviso que esa camiseta te quedaría monísima con los zapatos rojos de tu izquierda —comento con ironía al ver casi la mitad de mi ropa hecha un ocho en su maleta.

Al oírme parece percatarse de lo que estaba haciendo y, algo avergonzado, no duda en sacarla, doblarla con cuidado y pasármela para que la guarde en la mía.

—Lo siento, es que... Joder, si ya sabía yo que durante este encierro pasaría algo. ¡Si es que no falla! Es irme aunque sea un día y me la lían —afirma a medio camino entre el derrotismo y el enfado, dejándose caer en la cama.

—Suelen darte dolores de cabeza, ¿eh? —pregunto sentándome a su lado.

—No lo sabes bien... A veces pienso que en vez de un hijo tengo cinco. Y eso sin contar con el taller, claro.

De pronto siento su mano agarrando la mía y llevándosela a los labios. Respira hondo, casi como si se sintiera superado.

—Siento que esta locura acabe así. Si en casa las cosas estuvieran menos revueltas te aseguro que hubiera mandado a freír espárragos al... ¿leprechaun? —afirma con cierto deje de humor al recordar el apodo.

—Tranquilo, al fin y al cabo me temo que seguramente tendrá reservada alguna sorpresita más, así que... —intento aliviarle.

—Si intentas consolarme créeme que no funciona. No me gustan las sorpresas y mucho menos las que me dejan incomunicado varios días.

—Vaya... Entonces irnos de retiro a una granja sin Internet ni teléfono como que lo descarto, ¿no?

—¿Tú, yo, una cama y nadie en varios kilómetros a la redonda? Firmaría

ahora mismo si tuviera la tranquilidad de que ninguno de aquellos cinco la liaría.

—Eres afortunado y lo sabes, así que no finjas —corrijo a sabiendas de que adora a su familia.

—Eso es lo que les salva, créeme, si no ya los hubiera metido en un avión rumbo a Groenlandia y sin billetes de vuelta —replica con una sombra de sonrisa en la cara.

Apenas bajamos la escalera con las maletas cuando vemos abrirse la puerta. *Madre mía, ¿pero este hombre viene de una pelea de gatos o qué?*, pienso nada más ver al leprechaun. Un cruce de miradas con Nico me dice que él piensa exactamente lo mismo que yo ahora mismo. La camisa a medio meter, el chaleco torcido, un bolsillo por fuera... Y ya del cabello mejor ni hablar. Si viniera de un huracán lo tendría mejor peinado.

—¡Hola! Tenemos que irnos, el... el teléfono... —balbucea mientras va rebuscando en los bolsillos del pantalón y del chaleco—. ¡Ah! Aquí están. Los teléfonos. Tú has recibido una llamada urgente de tu hijo y por eso os sacamos. Fue lo que acordamos, ¿no? Muy simpático, sí... Ya lo creo... —divaga mientras camina él solo hacia la misma furgoneta que usó cuando nos trajo.

Nico y yo quedamos plantados en la puerta de la cabaña esperando a ver si se da cuenta de que ni siquiera ha cerrado la puerta con llave, pero como ni se inmuta... Nos limitamos a mirarnos, alzar los hombros y seguirle. *Este hombre está fatal.*

Después de intercambiar los móviles que, cómo no, el leprechaun nos ha dado erróneos, Nico de inmediato comienza a revisarlo incluso antes de tomar asiento. Yo ni me molesto. Con mi familia hablo una vez al mes y eso siendo generosa, y como trabajo por mi cuenta y ya había avisado a clientes y amistades que estaría una semana incomunicada... Como mucho algún email de publicidad y gracias.

El camino de vuelta lo hacemos en un silencio casi total, solo roto por el teclear de Nico a toda velocidad, supongo que intercambiando mensajes con Pavlik por lo que va farfullando.

Ese silencio provoca que, poco a poco y sin ser realmente consciente de la causa, mi ánimo comience a decaer en picado.

Siento que ahora comienzo a ser consciente de todo lo que he sacado, y eso me abrumba y aterra como pocas cosas en la vida. Me siento tan expuesta y vulnerable ahora mismo que solo tengo ganas de encerrarme en casa bajo siete llaves.

Intento animarme diciéndome que no le he contado todo, apenas una parte, pero no funciona. Mi mente solo percibe que ahora alguien más sabe cosas de mi

vida y eso me hace vulnerable. Es... agobiante la sensación. Vuelvo a sentir cosas que hacía mucho que no sentía y eso hace que mi corazón vaya a mil por hora, desbocado casi por completo aunque por fuera aparente ser el sùmmum de la tranquilidad.

Con disimulo voy frotando las manos en el pantalón a fin de eliminar la prueba de mi estado, pero una de las veces mi mano derecha es interceptada por Nico, el cual me mira con tal intensidad que me deja por un momento sin aire.

—Todo estará bien. Además recuerda que ya has roto tu armadura de cristal, mi guerrera. Eso era lo más difícil de hacer y lo has hecho.

Cuando iba a contestarle un brusco frenazo me devuelve a la realidad. Al mirar a mi alrededor me percató de que, por suerte o por desgracia, ya estamos en el parking de la consulta. Por un instante quedo desorientada, aturdida, y casi sin darme cuenta siento un chasquido en mi interior. No sé exactamente a qué se debe o qué consecuencias me conllevará, pero ahora mismo creo que algo ha cambiado en mí. La cuestión es... ¿eran los cristales terminando de romperse o, por el contrario, reconstruyéndose con más firmeza?

Ambos bajamos en absoluto silencio. Por una parte agradezco sinceramente el no tener que esforzarme en parecer amable, pero por otro lado hubiera agradecido algún gesto de complicidad más allá de unas palabras.

Comprendo que esté preocupado por su hijo, al fin y al cabo se supone que los hijos se convierten en la prioridad de cualquier padre y más en sus circunstancias, pero una vocecita en mi interior me va acusando de tonta. *¿Ves?, no debiste contarle nada de tu vida, al fin y al cabo lo que pasó entre los dos fue por el encierro. Si hubiera sido cualquier otra la que estuviera allí hubiera pasado lo mismo. Eres demasiado complicada como para que alguien en sus cabales quiera algo más contigo.*

—Bien, en una semana justa os espero aquí a la misma hora del otro día. El jueves.

—Hoy es viernes —aclaró Nico sin apartar la mirada de mí, escrutándome con el rostro tallado en mármol mientras yo me noto cada vez más lejana.

—Oh. Bueno, pues eso. El viernes.

Como si aquí no pasara nada se larga tan tranquilo, con las mismas pintas desaliñadas con las que apareció en la cabaña. Nico y yo permanecemos de pie ante el edificio, él cargando su mochila y yo con el trolley a mi lado, casi como si deseara escapar lo antes posible de su lado.

—Bueno, pues espero que no sea nada la emergencia de Pavlik. Ya te llamaré para devolverte el coche y...

—¿Ya estamos de nuevo, encanto? ¿Qué pasó con la mujer que estaba hasta hace un par de horas desnuda entre mis brazos? ¿Dónde fue aquella mujer

valiente que se abrió a mí en todos los sentidos? ¿Ya la encerraste en la mazmorra?

La rabia bulle dentro de mí al oírle. Por suerte o por desgracia estoy demasiado curtida en esto de las provocaciones y uso mi careta de “cuando-te-canses-de-decir-tonterías-me avisas” para contenerme. Su reacción admito que me deja algo desconcertada. No duda en recortar los dos pasos que nos separan y, alzando mi barbilla, escudriñarme con detenimiento.

—Sí... Ya veo que a la guerrera no le ha gustado nada ceder las riendas.

—Yo al menos lo he hecho. ¿Y tú? Porque te recuerdo que tú mucho decirme eso de *rompe tu armadura* pero de tu vida apenas si has contado nada. Así que no me vengas con milongas ahora y guárdate tu discurso barato para quien te lo compre. Y ahora si no te importa tengo muchas cosas que hacer. Que te vaya bien —me despido agarrando el asa del trolley con tanta fuerza que temo romperla.

Sin remordimiento alguno comienzo a alejarme sin mirar atrás. El único sonido que me acompaña es el de la maleta sobre los adoquines de la acera.

—¡Marena! —oigo a lo lejos.

—¿Qué?! —contesto girando a desgana.

—Ho bisogno della tua luce, la mia lucciola. Aspettatemi.

—¿Y eso qué narices quiere decir?!

AÑORANZA

Arggg... Tercera noche que no puedo dormir. Desesperada, me cubro la cara con la almohada. Desde que salimos del jodido encierro apenas he conseguido pegar ojo, y el cansancio está ya pasándome factura. Dejando de lado las inevitables ojeras, lo peor es la sensación de soledad que me acompaña. No comprendo que, si he dormido sola casi toda mi vida, ahora de pronto se me haga muy extraño el que no haya nadie más en mi cama, o en la casa si más no. Para rematar, las pocas ocasiones en que he conseguido dormir, no he tardado en ser acosada por las malditas pesadillas.

Hacía tiempo que mis sueños no se veían alterados por nada, salvo cuando se acercaba alguna fecha señalada, pero desde que volvimos... *Malditos sean el leprechaun, Nico, y todas las jodidas terapias.*

De mala gana me dispongo a poner una lavadora con la ropa que usé en el encierro, y entre tanto churro me encuentro liada una camiseta de Nico. Sin darme apenas cuenta de lo que hago, me la acerco a la nariz para olerla. Sonrío al reconocer su perfume. No queriendo darle más vueltas al asunto me la enfundo, dejando aparcada la tarea que me ocupaba para irme hasta la cama de nuevo.

Todo está oscuro cuando vuelvo a abrir los ojos. *¿Las diez de la noche? ¿De verdad he dormido casi doce horas del tirón? Whao.*

Acurrucada en el sofá mientras bebo una taza de chocolate caliente no dejo de darle vueltas a las palabras que me dirigió al despedirnos. Reconozco que la curiosidad me pudo y las busqué. *Necesito de tu luz, mi luciérnaga. Espérame.* ¿Qué narices quiso decirme con eso? ¿Acaso no sabe que no puede lanzar un anzuelo así sin que nadie sienta curiosidad? Porque admito que yo al menos soy peor que un gato.

Recordando de pronto que aún debo recoger mi coche y entregarle el suyo, tardo nada y menos en coger el bolso y buscar su tarjeta. *Bien, vamos allá.*

Dos, tres, cuatro... Estoy a punto de desistir cuando oigo que descuelgan al otro lado de la línea. De inmediato siento la garganta seca y el corazón a mil.

—Quien sea espero que tenga un buen motivo para llamar a esta hora... — ladra como saludo.

—¿Devolverte un coche de quince mil euros es un buen motivo? Si no, cuelgo, no hay problema.

—¿Ya no soy un gilipollas? Ah, no, perdón, que era un predicador barato, no

un gilipollas —corrige con bastante sarcasmo.

—Algo rencoroso has salido, ¿no? —replico—. No pienso disculparme por lo que dije, porque lo sigo pensando, pero sí me disculpo por las formas. Estaba nerviosa por todo y...

—Luciérnaga.

—¿Qué?

—Yo también te echo de menos. De hecho apuesto a que te cuesta dormirte. —Frunzo el ceño al oírle.

—¿Y tú como lo sabes?

—Fácil. Me ocurre lo mismo.

Como una idiota me veo a mí misma apartando el teléfono de la oreja, mirarlo como una serpiente y volver a ponerlo. Francamente, tengo la impresión de estar en un mundo paralelo.

—¿Por qué no puedes dormir? —tanteo.

—Ni puta idea, la verdad —responde frotándose la cara por lo que deduzco—. Desde que salimos no he podido casi pegar ojo. Dejando de lado los problemas que tengo, admito, y que no se te suba a la cabeza, que echo en falta charlar contigo antes de ir a dormir.

—Ah. Vaya...

—¿Ah, vaya? ¿Esa es la mierda de respuesta que se te ocurre decirme?

—Estamos gruñón por lo que veo... —replico irónica—. ¿Y qué quieres que te diga? ¿Que yo también te echo de menos? Pues sí, jolín, te echo menos, y se me hace tan raro que estoy por llamar a Mulder y Scully para que resuelvan este expediente X.

De pronto una risa ronca se oye desde el otro lado de la línea. Lo dicho, un universo paralelo...

—Esto es lo que extrañaba. Por muy jodidos que estemos, siempre sabes cómo sacarme una sonrisa. Es una gran putada que el noventa por ciento del tiempo estemos discutiendo. Si no, serías casi perfecta.

—Perdona bonito pero yo no discuto. Me limito a indicarte tus defectos. No es mi culpa que tengas tantos. Que te hubieran fabricado mejor.

Tras un par de pullas más de ese estilo, quedamos en un silencio cómodo. Mientras, me he ido a la cama de nuevo, tapándome hasta las orejas y con la televisión con el volumen casi al mínimo.

—¿Cómo estás, mi guerrera? —sondea usando ese tono tan especial.

—Mal, yo... No paro de pensar en todo y en tener pesadillas y... —admito con voz entrecortada.

—¿Y qué es lo que ronda esa cabecita tuya?

—Doy vueltas a los recuerdos, a lo que hablamos, a... A todo. El contarlos

me ha hecho replantearme muchas cosas y... Ya no estoy segura de nada, ¿sabes?

—¿Sabes qué conclusiones saqué al escucharte? Para empezar, que tus padres y tú érais un todo, y, en segundo lugar, que no tuviste culpa de nada. Mi babushka siempre dice que cada persona tiene un tamaño de línea asignado y, por mucho que hagamos, cuando llega nuestro momento no hay nada que pueda cambiarlo. Eso y que a veces para que el árbol crezca más fuerte hay que quitarle las ramas.

—Creo que ya sé a quién saliste en lo de hablar en clave —intento aligerar el ambiente—. No sé, yo... Estoy muy confundida. Llevo mucho tiempo viviendo con la culpabilidad y el ver todo con otro prisma...

—No debe ser nada fácil. Intento ponerme en tu situación y no sé de hecho cómo reaccionaría a todo lo que has vivido.

—Tu vida tampoco ha sido un camino de rosas que digamos... Por cierto, ¿qué tal todo?

—Digamos que... revuelto. Pavlik es mayor de edad pero Sara, su novia, no. Cumplirá los dieciocho cuando le falten aún dos meses para el parto. El problema es que sus padres no están de acuerdo con el embarazo y la presionan de mil formas para que aborte aun cuando ni ella ni Pavlik quieren. Ahora mismo está de doce semanas y las dos que faltan serán un infierno. Aún así tememos que la presión pueda con la pobre chica y al final sus padres se salgan con la suya de una manera u otra. Necesita tranquilidad y es lo que menos tiene ahora mismo.

—¿Cómo es? Hablas con mucho cariño de ella.

—Es lo que se merece. Es una niña muy noble. Pavlik y ella se conocen desde pequeños. No iban a la misma clase pero sí al mismo colegio y luego instituto. Es peluquera, como su madre, de hecho trabaja con ella en la peluquería que tiene a dos calles de casa. Es amable, educada, pequeña, tímida... Es como un cervatillo. La nonna cada vez que la pilla la ceba como un pavo porque dice que teme que, en un golpe de viento, salga volando y aparezca en Nápoles.

—¿Pavlik la quiere de verdad? No me malinterpretes, es solo que, escuchando su descripción, me da la impresión de que ella sufriría muchísimo si no fuera así.

—Pavlik la adora. Me temo que está pillado hasta la médula, aunque por suerte es mutuo. El único delito de ambos es haberse adelantado diez años.

—Dijo la sartén al cazo —añado—. ¿Los padres de ella qué alegan entonces aparte de su juventud?

—Juventud, que Pavlik es un picaflor y la dejará tirada, que de qué van a

vivir... Parece que olvidan que Pavlik trabaja como el que más, cobra como todos y además tiene a la familia de apoyo en todos los sentidos. Aunque me temo que en el fondo la cosa viene más por mí que por él —confiesa con pesar.

—¿Por ti? ¿Qué tendrías que ver ahí?

—Ah... Digamos que el padre de Sara y yo fuimos juntos al instituto y bueno... Aparte de no ser precisamente amigos, le levanté la novia.

—La madre de Pavlik —deduzco sin problema.

—Esa misma. Llego a saberlo y se la hubiera regalado con lazo y todo. Lo único bueno que ha hecho en su vida ha sido incubar a mi hijo. Incluso se negó a colaborar en el parto y tuvieron que hacerle cesárea para sacarlo y salvarle la vida. A ambos, de hecho.

—¿Hablas en serio? Vaya mala pécora.

—Eso mismo dice babushka —comenta con ironía—. El caso es que la semana pasada Sara tuvo una amenaza de aborto y sus padres casi consiguen que se lo terminaran de provocar en el hospital. Por suerte Pavlik y mis abuelos estaban allí y lo pudieron evitar explicando la situación junto a Sara, pero están al límite. Les presionan demasiado.

—Pobres chicos entonces. Debe ser muy duro tener que luchar contra viento y marea para poder salvar a quien más quieres.

—¿Te suena eso de... “le dijo la sartén al cazo” ?

Continuamos hablando hasta bien entrada la madrugada. Todo lo que no había contado durante el encierro, lo hizo en unas horas. Gracias a eso logré conocerle bastante mejor. Lo grave es que consiguió gustarme un poco más y, por consiguiente, asustarme un poco más. Pese a ello pude evadirme de mis cavilaciones y pesadillas, consiguiendo dormir como un tronco otras quince horas aun ya habiendo dormido casi doce.

AYÚDAME

Navego concentrada entre negativos digitalizados cuando una llamada me saca de mi burbuja. Al ver el nombre de Nico en la pantalla no puedo evitar sonreír. Después de la llamada maratoniana del lunes, se sucedieron igualmente la del martes y la del miércoles. Cada una de ellas igual o más larga que las anteriores. Gracias a ello he conseguido conciliar el sueño, lo que se traduce también en que durante el día esté de mejor ánimo para poder hacer frente a los malos recuerdos que osan asaltarme en cualquier momento.

—¿No es algo pronto hoy? Apenas es mediodía. ¿No me dirás que te has vuelto un vampiro, verdad? Con tanta mezcla rara que tienes...

—No... Me temo que no soy ningún vampiro. Ojalá —replica con pesar—. Oye... ¿Estás liada?

—Pues... no. ¿Qué ocurre? Por tu tono parece que algo serio.

—Sí... Me temo que sí. Necesitaría pedirte un favor. De hecho no se trata de mí, sino de Sara. Ha sufrido una crisis de ansiedad. Ya está en casa pero me da la impresión de que necesita una amiga con la que hablar. Están babushka y nonna pero, aparte de la edad, ellas están implicadas en el problema. Creo que necesita hablar con alguien neutro y he pensado que tú eres la persona idónea. ¿Podrías venir?

—Claro —afirmo mientras me voy apartando del ordenador—. ¿Está en tu casa?

—Sí. Apareció hoy a las seis de la mañana con una maleta y la cara hinchada por el llanto. Luego la llamó su madre y fue cuando le dió el ataque. Ahora mismo está descansando pero no tardará en despertar.

—De acuerdo, cierro todo y voy. A todo esto... ¿Dónde vives? —pregunto mientras me dirijo al dormitorio para cambiarme.

—Justo sobre el taller. ¿Sabrás llegar o prefieres que vaya a buscarte? No me importa.

—No, tranquilo, ya me apaño. Si más no, ahora voy con un coche superchulo que lleva navegador.

—¿Te gusta eh? —pregunta sonriendo.

—Empieza a caerme bien —admito.

De fondo oigo cómo le van llamando y ruido de maquinaria, deduzco que del taller. Tras dejarme unos segundos en espera, le escucho hablar con algún

empleado que, por lo que se ve, no es que sea el rey del orden. *Caray con don encanto, cómo se las gasta.*

—Debo dejarte, Marena. Te veo en un rato. Si no sabes llegar llámame y te busco donde estés.

—¿Aunque sea el infierno? —pregunto sin pensar.

—Sobre todo si es el infierno.

Media hora más tarde estoy aparcando frente al taller. Debo quedarme un par de minutos dentro del coche observando todo. Vaya. Cuando vine la última vez no me fijé apenas en lo grande que era el sitio. Pese a ser una zona residencial, se trata de una calle tranquila y ancha. Por lo que veo tiene todo muy bien montado. Taller por un lado, concesionario por el otro.

Unos golpecitos en la ventanilla del copiloto me hacen dar un salto. Al mirarle le veo de pie con los brazos cruzados y una sonrisa ladeada en la cara, casi retándome a bajar. Muy bien, vamos allá.

Nada más bajar me repasa de arriba a abajo sin disimulo alguno. A ver si se creía que solo tengo zapatos planos.

—¿Cómo puedes conducir con esos zancos? Son enormes —suelta de pronto.

—No son enormes. Solo tienen ocho centímetros de tacón. Y no son zancos. Son botas.

—De eso sí que me he dado perfecta cuenta... —contesta al pasar por su lado mientras no quita ojo de mis muslos. Y eso que llevo leotardos y las botas llegan un palmo sobre la rodilla.

Justo antes de entrar por el taller se para, me coge de la mano y casi me arrastra hasta la esquina del edificio. Yo le voy siguiendo sin comprender qué hace.

—Iba a entrar por la puerta del taller pero mejor vamos por la principal.

—¿Por qué si aquella estaba más cerca? —cuestiono sin entender nada.

—Por esto.

De súbito me veo arrinconada y apresada por sus labios. Sus manos no dejan de recorrerme de arriba a abajo mientras su boca devora la mía como si hiciera un siglo que no probara unos labios. Aunque breve, ni el uno ni la otra escatimamos entusiasmo en demostrar al otro lo que llegábamos a extrañarnos.

—Pa... Oh, joder —oímos de pronto. Tierra trágame y no me escupas.

—Tener hijos para esto... —murmura en mi cuello antes de dar un beso y cubrirme para que me recomponga un poco.

—Espero que tengas un explicación para esto, jovencito —oigo decir a Pavlik con un deje de sorna.

—Sí, que mi hijo es un metomentodo.

—Va... Da gracias a que era yo y no nonna o babushka. Ahí sí que se te hubiera caído el pelo.

Ya recompuesta me decido a dar un paso al frente, situándome junto a Nico. De inmediato siento su brazo protector rodeándome el hombro.

—Hola, Pavlik —saludo.

—¿Usted no es la del coche cha... —comienza a decir frunciendo el ceño.

—Pavlik... ¿Qué quieres? Marena vino a comer —anuncia mirándome de reojo como aviso. Enseguida comprendo que no quiere que su hijo sepa su plan.

—Exacto. No pude rechazar una oferta así de tentadora, ¿verdad?

—¿Unos macarrones con salsa de bote y una ensalada de bolsa le resultan tentadores? —pregunta con escepticismo—. Vale. Muy bien. ¿Qué tramáis?

—Desde luego tonto no te ha salido —murmuro por lo bajini para que solo me oiga él.

—Hoy compré comida, así que te recomiendo cerrar ya y subir si no quieres comer las sobras.

—A las órdenes, señor Kórsakov —responde el chaval con humor—. Hasta ahora, señora.

No puedo evitar sonreír cuando se trata de este chico. Es un encanto. Ambos quedamos en silencio viendo cómo se dirige hacia el interior del taller. Es entonces cuando me puedo percatar de la tensión de sus hombros.

Por su parte, Nico parece igual de tenso que él. Un par de pasos por delante de mí, frota su nuca en un vano intento de relajarse.

—Joder... Odio verles en esta situación —murmura para sí mismo.

—Haces lo que puedes, Nico. Les apoyas en todo lo posible y eso es lo que necesitan ahora mismo. Más no puedes hacer.

—Lo sé, pero... Joder, esto era precisamente lo que quería evitarles a toda costa, ¿sabes? Sé lo que es tener una carga así siendo un crío. Sé lo que conlleva.

—Te equivocas. En tu caso estuviste muy jodido porque tuviste que hacer de padre y de madre, además de lo joven que eras, pero ten en cuenta que su situación es mucho mejor. Se tienen el uno al otro, se quieren, tienen profesiones estables y, sobre todo, tienen tu apoyo y el de toda tu familia. Además, admite que ese chico es lo mejor que te ha pasado nunca —le digo golpeando mi hombro con el suyo—. Se te ve a la legua lo orgulloso que estás de él.

—Gracias. Siempre consigues decir exactamente lo que necesito oír.

Me sorprende ver la decoración de su casa. Es... acogedora. Siendo el lugar donde viven dos hombres solos esperaba el típico sitio espartano pero con toda la tecnología del mundo. Al contrario. Es un sitio donde podría vivir perfectamente. En el sofá hay una chica muy joven que parece una muñeca.

—Hola Sara. ¿Has descansado? —pregunta Nico nada más verla.

—Sí... Dormí hasta hace media hora más o menos. Gracias —contesta con una voz tan débil que me choca.

—Hola, me llamo Marena. ¿Cómo estás? Soy amiga de Nico —me auto presento con toda la alegría del mundo.

—Ho...Hola. Soy... Soy Sara —contesta algo apabullada por mi actitud.

—Encantada al fin de conocerte, Sara. Por cierto, felicidades por el bebé. Un hijo cuando dos personas se quieren es un regalo, ¿no te parece? —tanteo.

—Ss... Sí, claro.

Nico me observa como si pensara que he perdido la cabeza, y no me extraña. Me temo que se debate entre tildarme de loca y echarme a patadas o bien darme las gracias y besarme en la frente.

—Nico, ¿podrías traernos algo de beber? Lo que quieras, ya sabes lo que no me gusta —aviso indirectamente—. ¿Quieres algo de beber, Sara? ¿Si, verdad? No hay nada como una bebida fresca antes de comer mientas se tiene una agradable charla.

—Como ordene la señora —contesta esbozando una medio sonrisa—. ¿Quieres una cola, Sara? —le pregunta con ternura.

—Sí, por favor —acepta con el mismo tono.

—Por cierto, os aconsejo haceros con la versión sin cafeína ni azúcar. En el embarazo no es recomendable beber muchas de las normales.

Ambos me miran como si estuviera loca. La verdad es que lo comprendo. Cuando me muestro así admito que puedo agotar a un santo.

—Cuando mi hermana estuvo embarazada mi cuñado no podía acompañarla al curso de preparación al parto, y me tocó la papeleta —aclaro.

Nico me mira alzando una ceja, casi como diciendo *¿además?*. Sara por su parte creo que debe pensar que le han suministrado algún alucinógeno.

Cuando al fin quedamos a solas, no dudo en ponerme cómoda a su lado en el sofá.

—Y dime, ¿qué opinas de todo esto? —disparo.

—¿Per...Perdón? —tartamudea poniéndose roja como una amapola.

—Pues eso. Eres una chica joven, guapa, educada, pareces inteligente, fuerte, tienes una profesión, una pareja que te quiere y que también tiene una vida estable, vas a ser madre... Digo yo que tendrás opinión sobre la actitud de los que te rodean, ¿no? ¿O acaso te limitas a esperar a que los demás decidan por ti? Si es así déjame decirte desde ya que eso tendrás que cambiarlo si no quieres que tú y tu hijo o hija sean unas marionetas en manos de los demás.

—Yo...yo... No quiero eso.

—Oh, lo sé. Lo sé. ¿Y sabes por qué? Porque algo me dice que, debajo de esa timidez que muestras, vive una mujer hecha y derecha que teme decir lo que

piensa o desea por si acaso hiere a los que quiere. ¿Me equivoco? —digo sin medias tintas—. ¡Vamos! Admite que estás harta de que te presionen. Estoy casi segura de que te sientes como una muñeca de trapo de la que unos tiran hacia un lado y otros hacia el otro.

—¿Cómo sabe eso? Es decir... ¿Alguna vez...?

—¿Si me he sentido así? Sí. Durante años. Solo cuando entendí que, si quería el respeto de los demás, debía empezar por respetarme a mí misma, conseguí ser feliz. No te hagas eso. No se lo hagas a tu hijo. Él o ella se merecen a una madre capaz de defenderle, de poner límites al resto. Por mucho que Pavlik os quiera y esté a vuestro lado, tú eres su madre, la persona más especial de su vida. Empieza a quitarte miedos.

—Yo... Es que... —balbucea acongojada.

De pronto rompe a llorar como una magdalena. *Ups. Al igual me he pasado...*, pienso mientras la abrazo consolándola. Cuando Nico llega viene con las bebidas y acompañado de Pavlik.

—¡¿Pero qué...?! ¡Joder, ¿qué le habéis hecho?! Sara, cariño... —maldice Pav al ver el cuadro.

—Oh, tranquilo, solo se desahoga un poco. Además, que sepas que las embarazadas tienen las emociones a flor de piel y ríen y lloran con mucha facilidad. Solo requiere paciencia y cariño.

Con todos ya alrededor de la mesa el ambiente se relaja bastante. Pav parece que quiera matarme pero una mirada de su padre basta para que se contenga. Protege a Sara como un león, el chaval. Nico por su parte creo que intenta descubrir qué me propongo con mi actitud. Y Sara, para sorpresa de la parte masculina, se muestra mucho más abierta que cuando llegué. Incluso me cuenta algunas confidencias entre plato y plato. La verdad es que estar con ellos durante este rato ha hecho que pueda evadirme de mis propios problemas, y eso es de agradecer.

Apenas si hemos empezado el postre cuando llaman al timbre casi como si hubiera un incendio. Todos quedamos con la cuchara llena en el aire mientras nos miramos unos a otros.

—Tranquilos, ya voy yo —anuncia Nico con seriedad mientras deja la servilleta en la mesa.

Unos gritos nos hacen levantar, alarmados. Pav abraza a Sara de inmediato, calmándola.

—Tú, a casa ahora mismo. Y tú... No quiero volver a verte cerca de ella —grita como un poseso un hombre de unos cuarenta años.

Nico y una mujer de su edad más o menos le siguen casi a la carrera. Él le reclama al intruso aguantando las formas, controlándose por los chicos. Pav y

Sara no se sueltan mientras yo me limito a observar a unos y otros. *¿Cómo es posible que estén tan ciegos? Todos, de hecho.*

—¿Alguien se ha molestado en preguntar a Sara qué es lo que opina? — exclamo de pronto.

—¡Ella no tiene que opinar nada! Además, ¡¿quién eres tú para meterte en esto?!

—Sandra, no te pases —advierte Nico chirriando los dientes—. Ella es una amiga de la familia y os recuerdo que estáis en mi casa. Exijo respeto tal y como nosotros os lo estamos teniendo.

—¡¿Respeto?! ¡Te recuerdo que tu hijo dejó embarazada a mi niña! Eso n...

—¿Y su hija qué estaba haciendo? ¿Punto de cruz? Además, digo yo que, si es lo suficientemente mayorcita como para tener relaciones sexuales, también lo será como para poder opinar sobre su propia vida, ¿no? —replico—. Sara, cariño, ¿recuerdas lo que hablamos antes? Pues sería un buen momento para que lo empezaras a poner en práctica.

—¿Ya estuvo malmetiendo a mi hija en nuestra contra? Si es que est...

—Basta —dice Sara dando un paso al frente y con voz algo baja pero segura.

Todos guardamos silencio, expectantes de lo que quiera decir. Personalmente me siento orgullosa de que dé un paso al frente y tome las riendas de su vida.

—Yo... Yo no quiero esto. Os quiero mucho... a todos —dice mirando alrededor—, pero estáis acabando conmigo. Me estáis asfixiando cuando solo quiero ser feliz. Quiero a Pav y quiero a mi hijo. ¿Tan difícil es de entender? También os quiero a vosotros. Os quiero en mi vida y en la de mi hijo, pero no así.

»Quiero saber que cuento con vuestro apoyo, ¿no lo entendéis? Solo quiero eso. Soy joven, sí, pero también soy responsable y madura. Quiero tener a mi hijo. Quiero tener un futuro con Pav y quiero poder seguir a vuestro lado, trabajando codo con codo con mamá y acompañando a papá a las subastas. Y Pav... Sé que me quieres tanto como yo a ti, pero no soy de cristal. Deja de protegerme tanto.

Es que hacéis lo mismo sin daros cuenta, ¿no lo veis? Queréis protegerme de todo lo malo y no os dais cuenta de que lo único que conseguís es amargarme, anularme. Os quiero tanto a todos que callo y callo y al final la única perjudicada soy yo, pero se acabó. Una... buena amiga me hizo ver que soy el mayor ejemplo para mi hijo, y no quiero que vea que su madre se deja mangonear por el resto solo por complacer. ¿Me apoyaréis? Dadme las riendas de mi vida, por favor.

Debo hacer un soberano esfuerzo por controlar la lagrimilla que pugna por salir. *Bien hecho, chica.* Nico se había situado a mi lado, dejando cierta

privacidad a los chicos y a los padres de Sara.

—¿Me despisto cinco minutos y conviertes a Bambi en Kill Bill? —Al ver mi gesto, sonrío—. Gracias. Es justo lo que necesita. Lo que necesitaban todos.

Los seis acabamos alrededor de la mesa con una taza de café en las manos. Sobre todo hablan Sara, sus padres y Pav. Nico apenas apostilla algo, como por ejemplo aclarar que el tema de dónde vivirían no sería un problema. Sus abuelos han comprado el otro piso que hay en el edificio donde viven para, según ellos, no aguantar a vecinos raros, y se lo cederían a Pav y Sara encantados. Eso hizo que los chicos ganaran muchos puntos a su favor, así como el que Pav asegurara que, en cuanto Sara quisiera, no tenía ningún inconveniente en formalizar la relación, más bien al contrario.

Yo apenas abro la boca, sobre todo porque me siento fuera de lugar. Considero que esto era un tema familiar, y no entiendo el que, ante mi amago de marchar, sobre todo Nico y Sara me retengan con la pobre excusa de que haga de árbitra por si la cosa se atasca. ¡Ni que fuera Cillit Bang para desatascar nada!

Lo que en un principio iba a ser solo una charla de, a lo sumo, un par de horas, se convirtió en una visita de casi diez horas que incluía comida, merienda, cena y con culebrón de por medio.

Son casi las diez de la noche cuando Nico me acompaña hasta mi... bueno, su coche. Ambos caminamos en un cómodo silencio, solo interrumpido cuando algún conocido se le cruza y se saludan.

—Bueno... Gracias por lo de hoy. Al final me has ahorrado tres comidas, ahí es nada —bromeo.

—Es lo menos que podíamos hacer, y más por todo lo que has hecho por los chicos. Por Sara sobre todo. Ahora no es ni mucho menos la misma que me encontré esta mañana en la puerta.

—Bah. Tarde o temprano su carácter hubiera salido a flote. Yo solo le di un empujoncito.

—Eres muy camaleónica, ¿lo sabías? Casi no te reconocía por cómo actuabas.

—¿Acaso no lo somos todos? Simplemente me limité a sacar a relucir mi lado más... ¿mandón?

—Eso desde luego —asegura—. Actuabas con tanta seguridad que me descolocaste, francamente.

—Es que soy así. Que normalmente me muestre más calmada y reflexiva no significa que no posea esa faceta. Es solo que la saco a flote cuando la necesito, como todas las demás. Como hacemos todos, de hecho. ¿O acaso tú actúas igual cuando estás conmigo, en el taller o con tus abuelos? Siempre, aun sin darnos cuenta, elegimos qué facetas mostrar en cada ocasión.

—Debo darte la razón. Si me comportara con nonna o babushka tal y como lo hago en el taller... Me habrían dejado sin orejas y boca hace años.

Sonreímos al imaginar a dos octogenarias de armas tomar torturando a un hombretón de su tamaño. La risa da paso al silencio, al no saber qué decir ni a cómo despedirnos. Es casi como si ni uno ni otro se decidiera a poner fin al encuentro.

—Oye... Ya me dirás cuándo recojo mi coche y te devuelvo este —comento mientras abro la puerta.

—¿No te gusta? —pregunta frunciendo el ceño.

—Sí, claro que sí, pero no es plan q...

—Pues entonces no hay problema. Además... Pav ha estado tan nervioso estos días que ha cogido tu coche como proyecto personal. Está cambiándole todo lo que encuentra mal o regular. Es su terapia antiestrés, por decirlo de alguna forma. Ya cuando acabe con él si acaso hablamos de cambios.

—Bueno... Vale. Si insistes... Aunq...

—¿Marena?

—¿Sí?

—Voy a besarte.

Atrapada entre su cuerpo y la carrocería del coche, ambos nos fundimos en un beso firme, plagado de deseo y de intenciones, donde cada cual parece saber qué teclas tocar del otro para hacerle anhelar más. Por suerte el sonido de un claxon nos devuelve a la realidad.

—Hasta dentro de un rato, luciérnaga.

LA SESIÓN

Estoy de los nervios. Hoy se supone que tenemos la sesión de control de después del encierro y estoy taquicárdica. Temo que el leprechaun nos haga alguna jugarreta, o que nos haga contar lo que hemos hablado y Nico suelte todo o parte de lo que le confesé.

Cierto es que desde que salimos no ha fallado ni una sola noche en su llamada nocturna, ni siquiera el miércoles después de pasar casi todo el día juntos, a sabiendas de que, si no hablamos, me es imposible dormir o hacerlo sin pesadillas. Además me lo había prometido, y será un cretino en muchas cosas, pero de momento su palabra la ha cumplido en todo.

A las seis en punto de la tarde atravieso el hall de la consulta con el mismo nerviosismo con el que vine la primera vez. *Por favor que acabe cuanto antes...*, ruego en silencio.

Nada más pisar la consulta tropiezo con la mirada de Nico. Apoyado en un mueble bajo y con los brazos cruzados sobre el pecho, parece estar bastante aburrido a la espera de la llegada del leprechaun y yo misma. Al verme se yergue de inmediato.

—Hola, encanto. Ya pensaba que dabas la espantada —saluda sin acercarse pero barriéndome de arriba a abajo con la mirada.

—Hola, *desencanto*. Por un momento lo pensé, no te creas —replico mientras tomo asiento en el sofá.

—Puedes relajarte, tranquila. Llevo un rato aquí y no he visto ningún caimán ni nada parecido.

Al escucharle suelto el aire que, sin darme cuenta, retenía. Como si me diera cuenta de lo absurdo de todo esto, dejo caer la espalda sobre el respaldo del sofá, respirando hondo en un claro intento de relajarme.

—Lo más complicado ya lo hemos pasado, luciérnaga. Relájate. Lo peor que puede pasar es que el leprechaun se confunda y nos tenga por ludópatas.

En ese preciso instante el susodicho entra en tromba. *¿Cómo narices puede alguien ser así de desastroso?* Hoy por suerte viene bien vestido, si no tenemos en cuenta la etiqueta que le cuelga del bolsillo del pantalón, claro está.

Mientras Nico y yo aguardamos en silencio a que él termine su rutina habitual, dígame buscar cuaderno, encontrar un bolígrafo que escriba entre veinte que prueba, beber agua, conseguir abrirse un caramelo de menta, recolocarse la corbata para, al fin de cuentas, dejarla peor de lo que estaba...

Cuando todo su ritual acaba, ¡al fin! Toma asiento en la butaca habitual.

¿Pero qué le pasa ahora? Se dedica a hacer caras raras, abriendo y cerrando los ojos sin ton ni son.

—Perdón, es que no encuentro las gafas...

—¿Las que tiene colgadas del bolsillo de la camisa al igual? —pregunto hartándome de paciencia.

—¡Anda! —exclama al tantearlas y ponérselas—. Llevaba todo el día buscándolas. No sé dónde tengo esta cabeza mía.

Nico y yo nos miramos de reojo, reprimiendo la sonrisa y teniendo, si no el mismo pensamiento, unos muy parecidos al respecto.

—Bien. ¿Cómo ha ido el encierro? —dispara.

—Pues... bien, supongo. Ambos salimos vivos y con todas las extremidades intactas. Yo diría que eso se tilda de éxito, ¿no? —contesto.

—¿Conseguiste que se relajara y te contara al fin su problema con el alcohol? —pregunta sin dirigirse a ninguno en particular.

—¿Perdón? —preguntamos ambos a la vez.

—Pues eso. Tú no soportas el alcohol y defendiste a aquella mujer como una leona, ergo no hay que ser Einstein para darse cuenta de que tienes un serio problema con la bebida debido, seguramente, a que alguno de tus progenitores, deduzco que tu padre, abusaba del uso del alcohol.

—No pienso contestar a eso. Lo hablado entre nosotros queda entre nosotros —afirma rotundo Nico, llenándome de confianza.

—Es que no hace falta que me lo cuentes. Llevo cincuenta años como profesional. ¿Acaso creéis que os emparejé por azar? Sabía perfectamente lo que hacía. Tú necesitabas su locura y ella necesitaba tu firmeza. Estoy seguro de que sabéis casi todo del otro y sobre lo que os llevó a actuar de la forma en que lo hicisteis.

Los tres quedamos en silencio. Él observándonos y nosotros bastante desconcertados por sus palabras. *¿Tan transparente soy que hasta él, con lo despistado que es, se ha dado cuenta?*, no paro de preguntarme.

—¿Te sigues culpando por lo sucedido con tu hijo?

—No —contesta Nico tras un largo silencio.

—¿Por qué?

—Porque entendí que ya es mayor y toma sus propias decisiones. Además ha actuado con responsabilidad y madurez, y eso me hace estar orgulloso de él.

—¿Y tú, Marena? ¿Te sigues culpando?

Aunque hago un soberano esfuerzo por hablar, por poder verbalizar un *no* y pasar página, las palabras se me atascan en la garganta. De pronto no estoy en la

consulta sino en la sala de un consultorio médico. Lo único que veo una y otra vez son los ojos de mi madre suplicándome ayuda mientras me llama y da su último aliento de vida.

La sensación de agobio se intensifica, no... No consigo oír, ni ver, solo... Solo siento el dolor al rasgarme por dentro. Siento como si una mano se hubiera introducido en mi pecho y me arrebatara el corazón sin contemplaciones.

—Yo... Yo... —baluceo mientras me pongo en pie y salgo huyendo como alma que lleva el diablo.

De fondo creo oír a Nico llamarme desesperado, pero ahora mismo lo primordial para mí es huir.

Corro hasta que las piernas no pueden más, sin ser consciente de hacia dónde me llevan mis pasos. Al alzar la vista tropiezo con un cuadrado de mármol negro, en cuya superficie figuran grabados los nombres de mis padres. Ahí me rompo sin remedio.

—Yo... Yo solo... Yo solo quise... No...

Caigo al suelo rota de dolor, llorando sin posibilidad de consuelo posible. Lloro por todo lo que fue, todo lo que perdimos por culpa de una maldita adicción. Lloro recordando las risas perdidas, y los abrazos que ya no volveremos a darnos, ni las discusiones tontas que ya no se producirán y que acabarán con un *Marena defíéndeme*, que decía mi padre entre bromas. Lloro por las lecciones de mi padre que ya no recibiré, y por las recetas que ya no cocinaré codo con codo con mi madre. Lloro por las dos personas que eran mis pilares, mis referentes, y que una maldita botella me quitó, nos quitó, dejándome en el limbo, sin ningún ancla a la vida.

Lloro durante horas, sola, con la única compañía de ese frío y mudo recordatorio de lo perdido. Por primera vez en casi quince años me permito soltar las riendas, soltar las cadenas y dejar que todo el dolor que llevaba encerrado dentro, aun cuando ni siquiera llegaba a ser consciente del todo, saliera a flote.

Una amarga risa brota de mi pecho. Casi me parece oír a mi madre soltarme una de sus típicas frases de madre: *¿qué haces ahí tirada, chiquilla? ¡Levántate del suelo! ¿No ves que está sucio? Cuando te pongas mala no me vengas con quejas*. Obviamente me levanto, secándome la cara como buenamente puedo, casi pensando que, conociéndola, capaz es de venir desde el más allá solo para darme una colleja.

Ya de pie y algo más serena aun cuando las lágrimas siguen su camino, respiro hondo con la vista clavada en los dos nombres.

—Lo siento. Lo siento, yo... Yo solo intenté hacer lo que creía que era lo mejor para los tres, para todos.

»Mamá... Siento no haberte podido proteger mejor. Intenté ayudarte como pude y supe, de la forma en que creí mejor. Quizás si hubiera actuado como tú querías hoy en día estaríais aquí y no ahí, pero eso nunca lo sabremos ya. Y me maldigo por ello, porque nos quité esa posibilidad. También me arrepiento de... Me arrepiento de no haberte dicho nunca cuánto te quería ni lo orgullosa que me sentía de ti, de lo que habías hecho y hacías por todos nosotros. Lo siento... Siento no haber sido todo lo que quisiste que fuera. No al menos a tu modo.

Papá... No imaginas cómo me dolía ver cómo te transformabas trago a trago ante mi vista sin poder evitarlo. Muchas veces intentaba sabotearlo, forzarte a irte del bar fingiendo sueño, o cansancio o cualquier cosa que se me ocurría. Algunas veces funcionaba y otras no, como cuando sufrí una indigestión sola en el coche mientras tú seguías en el bar y al final acabamos en urgencias.

Confieso que muchas veces, llena de hartazgo y de desespero, llegué a desear que murieras. Llegué a desear que desaparecieras y así poder vivir tranquila con mamá aunque me hubiera tenido que matar a trabajar para mantenernos. Pero enseguida se me pasaba. En cuanto venían a mi mente los momentos que vivíamos cuando estabas bien... ¿Sabes? En el fondo casi hubiéramos podido vivir con tu alcoholismo si hubieras sido siempre como muchas veces que bebías en casa. Esas veces te daba por hablar por los codos y luego te dormías como un bebé. Lo que nos amargaba eran las otras ocasiones, las que hacías fuera, las que te hacían lanzar insultos y menosprecios. Las que te hacían dejarnos en evidencia ante todo el mundo. Las que provocaban que mamá acabara gritándote llorando mientras yo me tapaba en mi cama hasta las orejas, llorando y presionándome los oídos con tanta fuerza para no oír que muchas veces creí que me quedaría sorda en el futuro. Eso tú nunca lo supiste. Mamá sí. Al igual que tampoco supiste nunca las veces que teníamos que oír cuchicheos de los demás a nuestras espaldas y fingir no haber oído nada. Tu alcoholismo nos torturó. Tú no.

Por suerte para ti tanto mamá como yo aprendimos a separar tus dos caras. Adorábamos al hombre, al padre, pero cómo odiábamos a la bestia.

Juntos vivimos muchos buenos momentos que tengo grabados en mi memoria para siempre. Las horas y horas que pasamos juntos por ahí, donde me enseñabas mil cosas que muchas personas ni sueñan en saber. Aun a día de hoy me encuentro en muchas situaciones donde, quienes me rodean, se sorprenden al ver que sé desde montar una cocina completa, diseñar y crear un mueble desde cero, o poner suelos o azulejos como el mejor albañil. O crear tal o cual invento para solucionar algo. Me enseñaste casi todo lo que sé en muchos sentidos y eso es algo que nunca, jamás, podré olvidar, porque eso formaba parte de ti. Eso eras tú. Conocimientos, paciencia para enseñarme, complicidad, risas, protección... Eso es lo que me quedo de ti. Me quedo con mi padre.

Tal y como le dije a mamá, siento no haberte dicho nunca cuánto te quería. Te adoraba, de hecho. Eras... Mamá era mi todo pero tú mi debilidad.

Lo siento. Yo... —respiro hondo, casi con cierta ligereza—. Siento que la vida nos separara de esta forma, pero siempre estaréis conmigo, porque sois mi base, mi ejemplo en todo. Mi vida... Mi vida en muchos aspectos se rige por todo lo que me disteis, lo que me enseñasteis directa o indirectamente.

Ahora... Ahora creo que es el momento de que empiece a sanar, a perdonarme, que no a olvidar. Eso jamás, porque, como os digo, siempre estaréis aquí conmigo, guiándome.

Yo... Hasta siempre, papá, mamá. Os quiero.

Dando un profundo respiro, cojo fuerzas para alejarme de la tumba. Paso a paso, lenta pero segura, me alejo cada vez más de los restos de mis dos mitades. Las lágrimas no han dejado de brotar en ningún momento, pero casi han tenido un efecto purificador en mí. Por primera vez en mucho tiempo, empiezo a sentir que la carga comienza a aligerarse.

Ya es de noche cerrada cuando me encamino hacia la salida. De hecho, hace ya bastante rato que el cementerio cerró sus puertas, pero el pobre cuidador debió ver que necesitaba más tiempo y aguardó hasta que estuviera lista para marcharse y cerrar del todo.

Según cruzo la verja de hierro, la primera imagen que tengo es la de Nico apoyado en su moto. La preocupación está fijada en su rostro. Al verme me escanea de arriba a abajo, casi asegurándose de que estoy sana y a salvo. A paso lento pero seguro no duda en acercarse a mí.

Cuando apenas un par de pasos nos separan, se para, y sus dedos no tienen reparo en secar con mimo las lágrimas que aún brotan de mis ojos.

—¿Mejor, mi guerrera?

—No lo sé, yo... Yo... —De pronto una ligera sonrisa se dibuja en mis labios—. ¿Sabes? Creo que estaba terminando de deshacerme de cierta armadura de cristal.

FIN.

EPÍLOGO

Hoy cumpla treinta y cinco años. Hace algo más de dos años que me embarqué en la terapia más surrealista y loca que exista. Lo que en un primer momento me pareció una tortura y la cosa más absurda del mundo, resultó ser una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida. Gracias a esa terapia conseguí poder enfrentarme a mi pasado. Y superarlo. Si no en su totalidad sí en gran parte.

Gracias a ella he logrado poder hablar de mis padres con los demás, contar cosas y experiencias que vivimos. Los buenos recuerdos. Los que deben perdurar al fin y al cabo.

Como compañero de viaje me asignaron a quien en un primer -y segundo y tercer— momento me pareció un cretino. Nico. Donde él era sol, yo era noche. Y viceversa.

Como el destino es muy juguetón, dos años después me encuentro en medio de una mesa llena de gente que me quiere tal cual soy, con mis luces y sombras. Con mis momentos de locura y mis momentos de necesaria soledad.

Nonna y babushka, las cuales han resultado ser unas aliadas de excepción a la hora de hacer putadas varias a su nieto. Los dos Nicos, que son los cómplices silenciosos y suministradores de material diverso para dichas putadas, dígame petardos, bombas fétidas, etc, etc. De Pav, Sara y la pequeña Olga, que es la muñeca de todos al reunir la delicadeza física de su madre pero el carácter explosivo de su padre. De los propios padres de Sara, que por suerte entraron pronto en razón y ahora son presidentes del club de fans de Pavlik y lo quieren casi tanto como a la propia Sara. Y Nico. Sobre todo Nico.

Durante todo este tiempo ha estado siempre a mi lado, disfrutando de mis buenos momentos y haciendo de roca en los momentos de debilidad.

La mayoría da por hecho que somos pareja aun cuando ni siquiera nosotros hemos puesto nombre a lo que tenemos. Salimos juntos, pasamos mucho tiempo en casa del otro, tenemos —mucho— sexo, acudimos juntos a la mayoría de sitios... También es obvio que nos une un sentimiento fuerte que ni uno ni otro ha querido definir. Estamos bien así de momento, y eso nos basta.

En cuanto a mi familia, he de admitir que la relación sigue siendo algo inestable, como el Guadiana, que aparece y desaparece. No obstante he

conseguido acercar mucho los puentes con mi hermano, logrando que al fin empiece a conocer a la mujer adulta que soy, borrando así la imagen de niña que aún tenía en su mente. Y con mi hermana... Bueno, a ella ya la acepto como es. Lo positivo es que, aun con la relación tan particular que nos une a los tres, todos tenemos la certeza de que, con nuestros defectos y virtudes, nos queremos y estamos ahí para apoyarnos en caso de que nos necesitemos en algún momento.

Está ya anocheciendo cuando me retiro a la terraza para despejarme un rato. Voy sonriendo. Las tres abuelas de Olga, díganse nonna, babushka y la madre de Sara, van discutiendo sobre a quién se parece más la niña, mientras Pav se dedica a torturar a su padre con bromas diversas. Sara por su parte se tortura perdiendo partida tras partida de ajedrez contra los Nicos.

Llevo ya un rato aquí arriba, disfrutando de la tranquilidad, cuando escucho unos pasos tras de mí.

—¿Cansada ya de tanto loco suelto? —bromea.

—En todo caso la más loca sería yo por elegir libremente su compañía, ¿no? —respondo con el mismo tono.

—Cierto. Aunque eso no sé bien en qué lugar me deja —replica mientras me abraza desde atrás y besa mi hombro—. ¿Todo bien?

—Todo bien. Solo... Meditaba.

—Uy. Miedo me da preguntar, pero... ¿Sobre qué?

—Sobre todo y... sobre nada. La verdad es que solo pensaba en cómo han pasado estos dos años.

—¿Y qué balance haces?

—Diría que...positivo. Cargo con un inconveniente de unos noventa kilos y algo borde pero... —bromeo.

—Al final saliste vencedora, mi guerrera.

—No. No hubo vencedores. Hubo dos víctimas, un testigo y un verdugo. Nadie ganó.

—Reformulo mi planteamiento —dice tras un cómodo silencio—. ¿Satisfecha con tu vida actual?

—Sí. Me siento... bien. En paz —confieso.

—Me alegro, aunque para mí siempre serás mi guerrera con armadura de cristal.